
IRRESISTIBLEMENTE
odioso
SARAH RUSELL

IRRESISTIBLEMENTE *odioso*

SARAH RUSELL

Primera edición.

Irresistiblemente odioso

©Sarah Rusell

©noviembre, 2025

©imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Epílogo

Capítulo 1

Dakota

Me sentía libre por primera vez esa semana. Olvidarme del trabajo, ponerme el mono, las botas, los guantes, el casco y, por último, montarme en mi Yamaha R1M totalmente negra, era el broche de oro para acabar con una semana de estrés.

La usaba poco para lo que iba a hacer hoy, solo en contadas ocasiones, pero cuando lo hacía me daba vida. Subirme a ella, encender su motor, hacerlo rugir y sentir cómo vibraba bajo mi cuerpo, me producía una especie de placer demasiado bueno.

Sentir cómo la adrenalina empezaba a correr por mis venas, anticipándose a lo que sabía que iba a ocurrir, me ponía los vellos de punta.

Todas esas sensaciones no las cambiaba por nada.

Salí por la puerta del garaje lentamente. No me gustaba correr por las calles de la ciudad ni por las autovías; en esos lugares iba a lo que marcaba la ley. Por eso mismo, cuando más lo disfrutaba era precisamente en el circuito de carreras, que era hacia donde me dirigía en ese momento.

Era un *hobby* que ninguno de mis compañeros conocía. No porque tuviera que ocultarlo, sino porque no hablaba de mi vida privada con ellos.

Simplemente, no sabían esa parte de mi vida, porque ellos no eran mis amigos; por lo tanto, no tenía por qué hablar de lo personal allí.

Esta pasión por las motos me venía por culpa de mi hermano mayor. Estaba claro que lo suyo era un nivel muy superior. Me daba igual; cada uno lo disfrutábamos a nuestra manera, y la mía era esta.

Reservar hora una vez al mes o cada dos y olvidarme de todo mientras tomaba las curvas a todo lo que daba la moto por aquel recinto cerrado era una pasada, de esas que te hacían olvidar todo, dejar la mente en blanco y disfrutar el momento.

No era tonta y sabía lo que podía llamar la atención una mujer en una moto, sobre todo en una como la mía.

No era mi intención hacerlo. Nunca busqué eso y nunca lo haría. No iba conmigo. No podía hacer nada: la vista era libre, y como tal podían mirarme; otra cosa era que yo me molestara en devolverles esa mirada. Desde luego, eso no iba a pasar.

Había quedado con Adriel allí para echarnos una carrera.

Adriel era mi hermano mayor. Sí, ese por el que me encantaba la velocidad y la adrenalina. Él me llevaba diez años, y quizás por eso siempre habíamos estado tan unidos.

Siempre me vio como a la niña de sus ojos: protegiéndome, velando por mí. Y yo, como tal, lo vi como un referente en todo.

Mis padres siempre contaban que cuando comencé a andar iba detrás de él, como si fuera su perrillo faldero.

Entre Adriel y yo estaba mi hermano Demian. También me llevaba bien con él; en realidad, los tres nos llevábamos muy bien. Lo único era que él no compartía la misma afición que nosotros, pero por lo demás éramos tres hermanos que podíamos contar los unos con los otros.

Con Demian me llevaba ocho años. Sí, efectivamente, fui la rezagada de los hermanos o, como decían ellos, *el error de nuestros padres*, porque llegué a este mundo sin que me esperaran.

Desde entonces fui la niña, la princesita de todos. Y mira que a mí eso de las princesas como que no me iba.

—Ya era hora —dijo mi hermano, apoyado en su moto con las piernas cruzadas por los tobillos.

—He tenido que arreglar unos papeles que corrían prisa antes de salir. —Puse los ojos en blanco—. Y mira que he corrido; creo que en mi vida había tecleado más rápido —dije con el casco puesto, por lo que yo podía ver su rostro, pero él no el mío.

—Te puedes bajar, todavía falta uno del grupo. —Al final me quité el casco, me bajé de la moto, puse la pata de cabra y me coloqué a su lado, usando la misma postura que él.

—Pues como no se den prisa, vamos a poder dar pocas vueltas.

—Dakota, no te tengo que decir nada, ¿verdad? —Estaba serio; siempre que yo participaba en las carreras, su actitud cambiaba un poco.

—Sabes que me gusta darle, pero eso no significa que no tenga la cabeza en su sitio. —Intenté tranquilizarlo, aunque eso dependía del día.

—Lo sé, es solo que no quiero que entres en el juego de los chicos cuando te piquen.

—Ahí no te prometo nada. Si me pican, yo respondo. —Se me dibujó una sonrisa de medio lado.

Él negó, resoplando. Sabía que conmigo no podía, y que cuando lo hacía era porque yo quería.

En cierto modo, entendía su preocupación. Era su hermana pequeña, y no era lo mismo que antes, cuando era más joven e iba en la moto de paquete con él, que ahora, que conducía mi propia moto, y no una cualquiera.

Aunque ya llevaba varios años haciéndolo, él no terminaba de hacerse a la idea.

El motivo por el que se preocupaba era simple: me conocía demasiado bien y sabía que, con un simple cruce de miradas, me picaba con quien hiciera falta.

Era uno de mis rasgos. Sí, sabía que en esta vida había que tener paciencia, y de verdad la tenía en la mayoría de los aspectos, pero en picarme en una carrera no lo podía evitar.

El principal motivo era que me daba mucha rabia que me subestimaran por el simple hecho de ser una mujer.

Y lo sentía mucho, pero por ahí no pasaba. Porque yo podía correr igual que ellos, e incluso mejor.

—Pero mira a quién tenemos por aquí hoy. —Uff, el que faltaba—. Si es nuestra Dakota.

—Ni aunque nacieras cien veces podría ser algo tuyo —resoplé.

—Gael, no empieces, que al final siempre terminas comiéndote el polvo que deja ella —le respondió Adriel. Me reí al escucharlo.

—Hoy va a ser ella la que me bese el culo.

—Ya quisieras tú que yo te besara algo. ¿Estamos todos o no? De repente me han entrado unas ganas locas de que algunos se traguen el humo de mi tubo de escape.

Cada uno se montó en su moto. Nos colocamos en la línea de salida, esperando que el semáforo se pusiera en verde para doblar puño y salir quemando rueda.

Antes quiero aclarar que ninguno de los que estábamos allí nos dedicábamos a las motos de manera profesional. Este era el *hobby* de todos nosotros y lo que hacíamos era soltar estrés.

Solo éramos un grupo de amigos que quedábamos de vez en cuando para pasarlo bien, aunque en ese grupo algunos nos llevábamos mejor con unos que con otros.

Le guiñé un ojo a mi hermano antes de bajarme la visera del casco. Lo tenía a mi lado derecho; en el izquierdo estaba Gael. El muy capullo tuvo la osadía de lanzarme un beso antes de dar un acelerón haciendo rugir el motor de su moto.

Le respondí cerrando la mano en un puño y levantando el dedo corazón. Vamos, lo que se dice una peineta en toda regla. Estaba claro que yo no iba a quedar por debajo, y ni él ni nadie me iba a vacilar, mucho menos faltarme al respeto en mis propias narices.

En cuanto el semáforo cambió de color, salí sin mirar a ningún lado. Tenía muy claro cuál era mi objetivo y no pensaba distraerme. Ni de broma iba a dejar que el capullo ese me ganara hoy.

Me daba igual quedar casi la última, pero iba a quedar por encima de él.

Brian aprovechó una curva para adelantarme. Me daba igual. Ni me cabreé ni me frustré; al contrario, me reí cuando me saludó con la mano.

Nos fuimos adelantando los unos a los otros, siempre bien, sin poner en riesgo nuestras vidas, porque no podíamos olvidar que entre las manos llevábamos algo peligroso que, por un descuido, podía costarnos la vida. Y estábamos allí para pasarlo bien, reír y no sufrir.

No sabía las vueltas que nos quedaban, pero casi llegando al final, Gael me adelantó sin que me lo esperara. Creía que lo tenía controlado. ¿De dónde había salido el capullo? Al pasar junto a mí, me volvió a tirar un beso. No podía verle la cara por el casco, pero sabía que estaba sonriendo.

Oh, cariño, no sabes lo que acabas de hacer, pensé.

Aceleré todo lo que pude. Faltaban dos curvas y una recta. Tenía que pasarlo como fuera; si no, se iba a poner insoportable.

Iba casi detrás de él. *Vamos, Dakota, demuestra que no puede contigo*, me animé.

En la última curva lo adelanté por el interior. La rueda de atrás patinó un poco, provocando que la moto se me fuera, pero la controlé bien. Podría haber

sido malo si no lo hacía.

No voy a mentir: pasé un poco de miedo cuando se me fue. Por un momento me vi comiendo asfalto.

Cuando la estabilicé, giré un poco el cuerpo para mirar detrás de mí y le hice otra peineta. Crucé la línea de meta antes que Gael y me sentí pletórica.

Al mirar a Adriel, supe que él lo había visto todo. Su cara lo decía sin necesidad de palabras. En cuanto me bajara de la moto, me tocaría soportar una pequeña bronca, pero el buen sabor de boca no me lo iba a quitar ni él ni nadie.

Capítulo 2

Dakota

Llegué a casa. Lo primero que hice al entrar fue darme una buena ducha. No podía entretenerme mucho: había quedado con Bera, y ella era un reloj. Vamos, que no había nadie más puntual que ella, eso sí, solo cuando sabía que se avecinaba una noche de diversión. El vapor aún llenaba el baño, empañando el espejo. Me miré un segundo y sonreí sin motivo. Por un momento, el reflejo que me devolvía el cristal parecía el de otra mujer, una que empezaba a reconocerse de nuevo.

Había algo en las noches con Bera que me hacían sentir viva, como si por unas horas el trabajo, los problemas y las dudas quedaran fuera del mundo real.

Como a ninguna de las dos nos apetecía salir a picar algo, lo haríamos en mi casa. Después de cenar, nos arreglaríamos con calma, cogeríamos un taxi y directas al bar de copas, que estaba en pleno apogeo.

A ese lugar nos gustaba llegar tarde, cuando sabíamos que ya estaría en su máximo esplendor, rebosante de gente dándolo todo en la pista de baile.

Evidentemente, no todo el mundo bailaba, pero Bera y yo sí. Nos encantaba movernos, darlo todo; era otra forma de desestresarme.

El agua caliente me había dejado el cuerpo relajado, la piel aún húmeda. En la radio sonaba algo suave, apenas un murmullo que acompañaba el silencio de la casa. Me encantaban esos minutos de calma antes del torbellino

que siempre traía Bera consigo. Estaba secándome el cuerpo cuando apareció por la puerta del baño.

—Hola, bombón. —No penséis que atravesó la puerta por arte de magia; tenía llaves de mi casa y yo de la suya—. ¿Cómo te fue la tarde? —No le hacía ni puta gracia lo de las motos; de hecho, las odiaba.

—Como siempre, divertida —contesté con una gran sonrisa.

—El día que dejes de ir a ese lugar me harás la amiga más feliz del mundo.

—Sabes que siempre voy con cuidado. Me gusta, me hace sentir libre.

—Esa libertad algún día te puede dejar encarcelada en una cama. —Apoyó el hombro en el marco de la puerta mientras yo me vestía con ropa cómoda.

—También te puede pasar yendo en coche o cruzando la calle. —Pasé por su lado y le di un pellizco en la nalga—. A ti no te gusta, pero a mí sí, así que mientras no lo hagas tú, vamos bien.

Volví al baño para cepillarme el pelo. Me quité el exceso de agua con la toalla y empecé a desenredarlo.

—Te ha crecido mucho desde la última vez que te lo cortaste —dijo mirando cómo pasaba el cepillo por los mechones.

—Demasiado. Ya me va tocando otro corte. —Nunca había llevado el pelo corto. Me gustaba largo, pero sin pasarme, y ya me llegaba casi a la cintura.

Normalmente, lo tenía más o menos por debajo de la tira del sujetador.

—¿Qué te vas a poner esta noche? —con Bera podías estar hablando de un tema y, de repente, saltaba con otro totalmente distinto.

—No tengo ni idea. Después de cenar miraré. Lo único que sé es que quiero ponerme un vestido o una minifalda. —Esa noche no me apetecía llevar pantalones; llevaba toda la semana usándolos.

—¿Y tú qué te vas a poner? Porque no he visto que trajeras nada —le dije con ironía. Sabía perfectamente que iba a asaltar mi armario.

—Había pensado que tal vez, si no es mucha molestia —me estaba haciendo la pelota descaradamente; lo peor era que ni intentaba disimular—, podrías dejarme el mono rojo que tienes.

Ese mono era una pasada: toda la espalda al descubierto, un escote caído en la parte delantera y abrochado al cuello.

—Era el que me iba a poner yo. —Me mordí el labio para no reírme.

—Pero si acabas de decir que no sabías lo que te ibas a poner. Además, dejaste claro que sería un vestido o una minifalda —dijo, fingiendo enfadarse.

—Ya, es que no me acordaba de ese mono hasta que lo mencionaste. —Me encogí de hombros.

—Dakota, eres demasiado cabrona hasta para ser mi amiga. —Se dio cuenta de que me estaba quedando con ella.

—Lo sé. Sin embargo, te encanta que sea así.

—Tampoco te pases; tanto como encantar, no diría yo. —Después la cabrona era yo.

—¿Preparamos algo de cenar o pedimos?

—Paso de cocinar. Pide mexicano. —Se relamió los labios—. Me apetece comida picante.

—Perfecto, a mí también me apetece.

Pedí la comida. Mientras la traían, aprovechamos para pintarnos las uñas de las manos y los pies. El olor a los esmaltes se mezclaba con el del incienso que siempre encendía cuando estaba en casa. Bera decía que olía a *templo zen*, y yo que a *domingo de limpieza general*, pero en el fondo nos gustaba a las dos.

Lo bueno de hacerlo juntas era que ella me pintaba las mías y yo las suyas. Ya sabéis, pintarse una misma cuesta más con una mano que con otra. *Para algo tienen que servir las amigas*, pensé irónicamente. Con Bera siempre había risas, incluso en los momentos más tontos. Era mi punto de equilibrio cuando el mundo se volvía un caos.

Bera quiso las uñas rojas; yo me decanté por el estilo francés. Las de los pies igual que las de las manos.

—¿Por qué siempre me toca lo peor a mí? —protestó en tono de queja.

—No tengo culpa de que elijas un simple color. —La verdad, las mías eran más entretenidas de pintar.

—La próxima te voy a pedir que me hagas margaritas.

—Eso no te va.

—Ya, pero al menos te doy un poco por culo.

—Capulla. —Reí al decirlo.

Después de cenar, entramos al baño a lavarnos los dientes. Como era fija en casa —léase con ironía—, tenía su propio cepillo de dientes.

En ese mismo baño nos maquillamos, esta vez a nosotras mismas. Luego tocó el pelo; en mi caso no hice mucho. Lo tenía muy liso y, como no iba a recogerlo, solo me lo cepillé de nuevo.

Bera se hizo ondas surferas.

Me quedé apoyada en el marco del vestidor un momento, observándola revolver entre mis cosas como si fuera su casa. Me hacía gracia verla tan cómoda; en realidad, lo era. Bera era ese tipo de persona que llenaba el espacio solo con entrar. No hizo falta que le sacara el mono del vestidor: lo cogió ella sin preguntar. *Qué asco da la confianza*, pensé con ironía.

Si permitía que alguien hiciera eso, era a ella. No tenía que decirle nada; sabía de sobra que todo lo mío era suyo, y al revés.

Compartíamos casi todo, menos los hombres. Esa era una norma que nos habíamos puesto desde jóvenes: jamás estaríamos con un hombre que hubiera estado con alguna de las dos.

Mientras ella se vestía, yo revisaba mi ropa para decidir qué ponerme esa noche.

Repasando cada una de las prendas que colgaban de la barra del vestidor, vi el vestido negro que tanto me gustaba. No había más que decidir: me pondría ese.

Era completamente negro, sin adornos, atado al cuello y con la espalda al descubierto. Por delante tenía un escote pronunciado y quedaba ceñido hasta la cintura. La parte inferior, con dos pequeños volantes, me llegaba a medio muslo.

Era muy sugerente y sensual, sin llegar a ser vulgar ni enseñar más de la cuenta.

Lo acompañé con unas sandalias altas del mismo color.

—Guau, estás impresionante —dijo Bera en cuanto me vio.

—Mira quién fue a hablar, creo que no te has mirado bien.

—Oh, sí que me he mirado, y por eso sé que este mono me queda mejor a mí que a ti —respondió con toda la seguridad del mundo. Desde luego, modestia no le faltaba—. Solo nos quedan los últimos toques.

Que no eran otra cosa que el perfume y la barra de labios, eso sí, fijo y rojo intenso, para que no se borrara en toda la noche.

El taxi nos esperaba en la entrada. En cuanto el taxista nos vio, nos comió con la mirada. No era para menos, aunque suene mal decirlo, estábamos espectaculares.

Durante el trayecto en taxi, reímos sin parar. El conductor nos miraba por el retrovisor con una mezcla de curiosidad y diversión. Nosotras hablábamos a la vez, nos interrumpíamos, recordábamos noches parecidas. Era nuestra

rutina: risas, planes imposibles y promesas que sabíamos que no cumpliríamos. Nos dejó justo en la puerta del local al que íbamos. Había una larga cola esperando para entrar, pero nosotras no tuvimos que hacerla; tenía sus ventajas conocer al portero.

—Chicas, estáis increíbles. Espero que no montéis ningún revuelo ahí dentro —dijo, abriéndonos el cordón para dejar que pasáramos.

—No te preocupes, cariño. Sabemos defendernos —respondió Bera con su habitual tono provocador.

A Bera le gustaba provocar, pero no a cualquiera. Lo hacía sin malicia, en plan broma, como con el portero o si alguien le llamaba la atención. Jamás se comportaba así con quien sabía que no lo tomaría como un juego. Para eso era tan cortante como yo; no dejaba que cualquiera se le acercara.

El local era una locura: luces de neón, música vibrando en el suelo, risas que se perdían entre la multitud. Nos fuimos directas a la barra. Necesitábamos una copa y, aunque no éramos mucho de beber, de vez en cuando caía alguna. Casi siempre la pedíamos al principio de la noche; después solíamos pasar a refrescos o agua.

—A la izquierda —me dijo, y con esas palabras ya sabía a qué se refería—. No mires. Él nos ha visto y no deja de mirarte.

—Que lo haga. La vista es libre; otra cosa será que pueda hacer algo más que mirar.

—No está solo. Acaba de llegar una tía y se ha puesto demasiado cerca de él. —Me tragué la rabia y me mordí la lengua.

Tragué saliva y fingí indiferencia, pero el corazón me latía tan fuerte que casi podía oírlo entre el ruido. Me odié por seguir sintiendo lo mismo cada vez que lo veía, por no poder apagarlo del todo. Me negaba a mirarlo. No era tonto; sabía perfectamente que Bera me había dicho que estaba allí. Mi amiga no se cortaba ni un pelo a la hora de observarlo, y no solo lo miraba: lo fulminaba con la mirada.

—Da igual, no mires más hacia su dirección. Pasa de él. Como si no existiera. Vamos a pasarlo bien sin pensar en nadie. —Aunque por dentro me estuviera muriendo de deseo por él, esta vez no iba a caer.

No podía permitírmelo, porque cada vez que lo hacía, me destruía un poco más.

—Tienes razón —asintió Bera, dejando de mirarlo y centrando su atención en mí.

—Dos *gin-tonics* —le pedí al camarero cuando se acercó.

Con las copas en la mano, nos fuimos a la pista. Estaba bastante llena, pero logramos hacernos un hueco. Terminaba una canción, y enseguida empezó a sonar la de Karol G y Becky G, *Sin tiempo*. Parecía escrita expresamente para mí.

Bailábamos de forma sensual, casi sin movernos del sitio. No hacía falta. Solo las caderas, los brazos, un poco las piernas.

Noté cómo algunos hombres no nos quitaban los ojos de encima. No eran feos; tenían su atractivo. Cada vez se acercaban más: uno a Bera, el otro hacia mí.

Lo dejé. Si hubiera sido otra noche, una en la que la angustia y la rabia no me comieran por dentro, seguramente no habría permitido que un hombre se acercara. Pero esa noche lo permití. Solo bailar. Cerré los ojos y me dejé llevar. El ritmo del bajo me recorría entera, vibrando por dentro. Por unos segundos, no existía nadie más, ni Bera, ni él, ni el mundo fuera de aquella pista. Solo la música y el calor del cuerpo detrás del mío.

No le pregunté su nombre, ni él a mí el mío. Simplemente, dejé que se pegara a mi espalda, que me sujetara por las caderas, sintiendo su pecho contra mi espalda. Nos movimos al mismo ritmo, siguiendo el compás de la música latina que el DJ hacía vibrar en el aire.

Capítulo 3

Nolan

Sabía que estaba aquí. Su amiga se lo dejó claro en cuanto me vio. ¿Y qué hice yo? Quedarme sentado en el mismo lugar donde estaba cuando llegaron, dejando que Katia se acercara a mí más de la cuenta. Me removí en el asiento, intentando concentrarme en cualquier otra cosa, pero era inútil. Sabía que ella estaba cerca. Podía sentir su presencia antes incluso de verla. El simple pensamiento de tenerla tan cerca me crispaba los nervios y me hacía maldecirme por no haberme ido antes.

La vi en cuanto entró en el local. Era imposible no hacerlo. Parecía como si su cuerpo tuviera un imán que me atrajera en cuanto notaba que estaba cerca.

No miró hacia donde estaba yo, y no la culpaba. La última vez que estuvimos juntos no terminamos bien, y no fue por ella, fue por mí. Siempre acababa haciéndole daño, incluso cuando no era mi intención.

Sabía que no era bueno para ella, pero eso no evitaba que deseara estar cerca, sentir su piel rozando la mía, respirar el mismo aire, tragarme sus jadeos cuando me hundía dentro de ella.

Dakota era como una droga. Sabía que no era buena para mí, pero el enganche me podía. Era completamente adicto a ella.

La vi marchar con su amiga hacia la pista de baile. Cuando la seguí con la mirada, tuve que apretar los dientes. Cada paso que daba parecía calculado

para retarme, para recordarme todo lo que había perdido por mi culpa. Esa forma de caminar era un castigo, y lo sabía. Empezó a moverse con esa forma suya de dominar el espacio, justo cuando sonó esa maldita canción que se me clavó como un cuchillo en el alma.

Mi mal humor creció con el paso de los minutos. Verla moverse, notar cómo los hombres no apartaban los ojos de su cuerpo, ese cuerpo hecho para el pecado… me encendía la sangre.

Dejé de mirar en su dirección cuando Katia me insistió.

—Nolan, ¿qué te pasa? Estás muy distraído esta noche.

—Perdona, se me fue la mente a unos asuntos del trabajo. ¿Qué decías?

—Que si te apetece que bailemos. —Me apetecía, sí, pero no con ella. Mejor callaba mis pensamientos.

—Vamos. —Le ofrecí la mano al levantarme del taburete donde había estado todo el tiempo.

La llevé hasta la pista sin soltarla, intentando mantenerme lo más alejado posible de Dakota. No quería estar cerca.

Llevábamos años enganchados el uno al otro, sin que nadie lo supiera, fingiendo que no pasaba nada. Era un juego silencioso que ninguno de los dos sabía cómo terminar. Cada intento de alejarnos solo servía para atraernos de nuevo, como si el universo se empeñara en mantenernos en el mismo punto, rotos pero unidos por algo que ninguno comprendía del todo. Por mi parte, jamás hablé de ello con nadie. Por la suya, sabía que Bera lo sabía todo. Era su mejor amiga, su confidente, su hermana de corazón.

Katia empezó a moverse entre mis brazos, rozando su cuerpo con el mío, insinuando lo que quería de mí. Algo que nunca le había dado y que debía haber dejado claro hacía mucho tiempo.

Sabía que estaba enamorada de mí desde hacía años, y cualquiera que nos viera pensaría que entre nosotros había algo más que amistad. Pero no era así.

Solo hubo una vez en la que crucé el umbral con ella, y fue porque había salido de casa de Dakota cabreado. No sé qué me llevó a llamarla, a quedar con ella, ni por qué terminé besándola como si lo necesitara.

No fue más que un beso. En cuanto mis labios tocaron los suyos, supe el error que estaba cometiendo. Ella no se merecía eso, no se merecía que jugara con sus sentimientos.

Le pedí disculpas al momento y vi en sus ojos el daño que le había hecho. No hacía falta que hablara. Me sentí como un cabrón.

Desde ese día mantuve las distancias. No dejamos de vernos ni de hablar, pero evité cualquier contacto más allá de lo necesario.

Hasta esta noche, en la que estaba permitiendo ese acercamiento, esos movimientos, esos roces que, sinceramente, no me provocaban nada.

Intenté concentrarme en la música, en Katia, en cualquier cosa que no fuera ella. Pero cada nota parecía llevar su nombre, cada movimiento en la pista me la recordaba. No había manera de escapar, porque el problema no era ella: era lo que sentía cuando la veía.

La rabia me recorrió las venas como lava recién salida de un volcán cuando la busqué con la mirada y la vi a pocos metros, bailando con un hombre. Él tenía las manos en su cintura, pegado a su espalda, moviéndose al mismo compás que ella. Cada movimiento de él era una puñalada silenciosa. Y, aun así, no podía apartar la mirada; era como mirarme sangrar por dentro.

Lo estaba haciendo para provocarme, no tenía duda. Sabía que estaba dolida y ese dolor la estaba empujando a cometer un error del que, tarde o temprano, se arrepentiría.

No podíamos seguir así. Aquello se había convertido en una guerra constante. Ella quería algo de mí que yo no era capaz de darle.

Katia seguía entre mis brazos, mientras Dakota seguía en los brazos de otro.

Sabía que sentía mi mirada clavada en ella, pero su orgullo —o su dolor— le impedía buscarme con los ojos.

—Nolan, de verdad no sé qué te pasa esta noche, pero es como si tu cabeza no estuviera aquí.

—Ha sido una semana larga de trabajo. Solo estoy agotado. —Bajé la mirada para verla a la cara. No me creyó.

—Creo que no me estás diciendo la verdad, pero no voy a presionarte. Solo quiero que sepas que siempre voy a estar para ti.

Le aparté un mechón de pelo, pasándoselo por detrás de la oreja. Mi mano rozó su mejilla en una caricia sutil. ¿Por qué lo hice? No lo sabía. Tal vez fueron los celos que me devoraban por dentro, o quizá la mirada de Katia pidiéndome algo que no debía darle.

La cuestión es que lo hice. Y ese gesto la llevó a pensar que, tal vez, esa noche las cosas entre nosotros estaban cambiando.

Se subió un poco de puntillas, abrazándome por el cuello, intentando que bajara la cabeza hacia ella.

—Nolan, ¿por qué te sigues resistiendo tanto? ¿No te atraigo ni un poco? ¿No sientes nada por mí?

—No es eso. Sabes de sobra que te quiero mucho, pero no de la forma en la que tú quieres que lo haga.

—Si me dieras una oportunidad, tal vez podrías empezar a verme de otra forma.

—Katia, es mejor que no. Terminarías sufriendo. No puedo darte lo que me pides.

—Me da igual —susurró—. Me conformo con poco, solo quiero una oportunidad. —Acercó su rostro al mío—. Por favor, una oportunidad.

No sé qué se removió dentro de mí, pero terminé inclinándome y posando mis labios sobre los suyos. Sabía que con ese gesto acababa de romper lo poco que quedaba entre Dakota y yo.

Al separarme, levanté la mirada buscando a Dakota. Esperaba encontrarla furiosa, pero lo que vi me desarmó: su mirada estaba vacía, sin vida, rota, aunque intentaba disimularlo. Por un segundo quise ir hacia ella, explicarle algo, cualquier cosa, pero mis pies no respondieron. La culpa me pesaba demasiado. En su mirada entendí que ya no había nada que decir. Lo habíamos roto todo, sin remedio.

Y eso me resquebrajó. Verla así. Porque no se lo merecía. Porque el culpable era yo. Siempre lo había sido.

A veces me pregunto en qué momento exacto la jodí. Quizá desde el principio, cuando supe que la deseaba y decidí quedármelo para mí. O tal vez cuando empecé a creer que podía tenerla sin darle nada a cambio. Conocí a Dakota cuando tenía unos veinte años. La primera vez que la vi fue en el despacho de su padre. Ella no trabajaba allí, todavía estudiaba. Había ido solo de visita.

Me llamó tanto la atención que no pude evitar acercarme y empezar a hablarle, sin saber quién era. Hubo una conexión inmediata. Nos reímos. La química fue evidente. Hasta que su padre salió de la reunión y supe que era su hija pequeña.

Ahí entendí que debía apartarme. Era más importante conservar mi trabajo que arriesgarlo por una chica a la que acababa de conocer.

Pero la vida se encargó de ponérmela delante una y otra vez. Coincidimos muchas veces, y la atracción fue creciendo. Al final, una noche quedamos. Le dejé claro que aquello debía quedar entre nosotros. Ella aceptó, supongo que creyendo que, con el tiempo, cambiaría de idea y querría algo más.

No la dejé avanzar. No porque tuviera algo contra ella, sino porque estaba cómodo con lo que teníamos: encuentros esporádicos, sin compromisos.

Nunca quise salir a cenar con ella ni ir a ningún sitio que no fuera su casa o la mía. Lo sé, no podía ser más cabrón, lo reconozco.

Ella me daba lo que yo pedía, y con eso tenía suficiente. Al principio lo aceptaba sin quejarse, pero con el tiempo empezó a pedir más. Y yo no quería atarme a nadie.

Así estuvimos los dos primeros años, hasta que ella se cansó —con toda la razón del mundo—. Desde entonces, nuestros encuentros fueron pura pasión y rabia, más instinto que sentimiento.

Hasta que, hace seis meses, dijo que había llegado a su límite. Que no quería volver a saber nada de mí.

Cambió las cerraduras de su casa para que no pudiera entrar con las llaves que me había dado. Me bloqueó en el teléfono y dejó de ir al despacho de su padre.

La verdad es que me aguantó demasiado, más de lo que merecía. Otra en su lugar no lo habría hecho. Y sé que lo hizo porque me quería, aunque no lo admitiera.

Pero cuando tensas demasiado una cuerda, se termina rompiendo. Y eso fue lo que hice con el amor que ella pudo sentir por mí.

En cuanto a mis sentimientos… mejor los guardaba para mí. No tenía sentido decir nada. Nunca había demostrado nada. El daño ya estaba hecho. No había vuelta atrás.

Capítulo 4

Tres años después…

Dakota

—Papá dice que te tienes que pasar por el despacho —me dijo mi hermano Demian.

—Dile a papá que no voy a ir, y que si quiere saber algo, me llame directamente. Que se deje de intermediarios.

—Dakota, solo me pidió que te lo dijera porque sabía que había quedado contigo.

—Pues no puedo ir.

—¿Pero si no sabes ni cuándo quiere que vayas?

—Me da igual. Sea cuando sea, no voy a poder ir.

—De verdad, no sé qué te pasa para que lleves tanto tiempo sin acercarte por allí.

—Demian, ¿viene él o alguien a mi trabajo? No, ¿verdad? Pues eso. Ya lo veo en su casa, no tengo necesidad de ir allí.

—Dice que necesita que firmes los papeles que le pediste que te preparara.

—Pues que se los lleve a casa y los firmo allí. O que venga él.

—Dakota, creo que necesita que vayas por algo importante. No te cuesta nada ir.

—Vale, después lo llamo y le pregunto a qué hora le viene bien que me pase. —Cedí solo para que dejara el tema.

—¿Cómo te va con Saúl? —preguntó con tono casual— Sé que no es nada serio, pero me da curiosidad.

—No hay mucho que saber. Como tú has dicho, no era serio. Lo dejé hace más de dos meses. —Encogí los hombros, restándole importancia.

—Dakota, ¿qué te pasa? Ya no nos cuentas nada ni a Adriel ni a mí, y no es de ahora. Esto viene de lejos.

—Demian, no me pasa nada. Simplemente, me di cuenta de que, por mucho que intentara sentir algo por Saúl, no lo hacía. Y no iba a hacerle perder el tiempo a él ni a mí.

—No lo digo solo por eso. Hace tiempo que te aislaste. Y no sé qué papeles has querido que papá te arregle, pero no me da buena espina.

—No seas tonto ni malpensado. Sabes que mi trabajo es estresante, y además estuve estudiando para ascender.

—Sigues dándome largas. Todavía no me has dicho qué papel es ese que tienes que firmar.

—Demian, eres mi hermano y te quiero, pero eso no te da derecho a exigirme nada. Lo que haga con mi vida es cosa mía. Y que sepas que no estoy enfadada contigo, solo me molesta que todo el mundo intente meterse en mi vida o manejarla, cuando yo no me meto en la de nadie —dije con calma, aunque por dentro hervía.

Era simple: si no quería algo, no lo hacía, y tenían que respetarlo. Siempre los había respetado yo.

—No es eso, Dakota, me preocupo por ti.

—Pero es que no hay nada de lo que preocuparse.

—No voy a insistir más. Cuando quieras hablar, sabes dónde encontrarme.

—Lo sé. Pero puedes estar tranquilo, todo está bien.

A veces me repetía esas palabras hasta creérmelas. Había aprendido a convivir con el silencio, con los huecos que dejan las cosas que ya no se dicen. Era más fácil fingir que todo estaba bien que admitir que todavía dolía un poco.

Pero ya no dolía igual. El tiempo había limado los bordes del recuerdo, volviéndolo menos punzante, más soportable. Tal vez si desde el principio hubiera hablado con él o con Adriel, el dolor habría sido el mismo, pero la carga habría pesado menos.

No sé en qué momento exacto todo cambió. Un día simplemente me levanté y decidí que no podía seguir esperando algo que nunca iba a llegar. Tal vez madurar era eso: entender que querer a alguien no siempre significa quedarse.

Llevaba tres años sin ver a la persona que más daño me había hecho en la vida. No fue fácil evitarlo. Tuve que dejar de ir al despacho de mi padre, faltar a sus fiestas o aniversarios, y cambiar por completo los lugares que solía frecuentar. Los primeros meses casi ni salía. Incluso tomé la decisión de mudarme.

Mentí a mi familia y amigos. Les dije que no podía revelar dónde vivía por seguridad. Ellos, que sabían a qué me dedicaba, lo creyeron sin hacer preguntas.

Decidí pedirle a mi padre que me recibiera al mediodía, cuando no hubiera nadie en el despacho.

Me reinventé a la fuerza. Aprendí a hacer las cosas sola, a no depender de nadie. A veces echaba de menos la sensación de confiar en alguien sin miedo, pero también entendí que la independencia era un refugio, no una condena.

Una de las cosas que más me dolió dejar fue el circuito de carreras. Sabía que no tenía por qué esconderme, pero como conocía mi propia debilidad hacia él, preferí evitarlo a toda costa.

No quería seguir cayendo en su juego. Porque, aunque ames a alguien con todo el corazón, si esa persona te hace más daño que bien, tienes que apartarla. Y eso fue exactamente lo que hice. Ya no me temblaban las manos al pensar en él, pero bastaba con escuchar su nombre para que el estómago se me encogiera un poco. Supongo que hay heridas que no sangran, pero siguen recordándote que existen.

Nunca pregunté por él. No lo hice cuando nos destrozábamos con nuestras idas y venidas, no lo iba a hacer después de haberlo sacado de mi vida.

—¿Cómo está Maddy? —pregunté. Maddy era su mujer desde hacía apenas dos años, aunque antes habían estado juntos seis.

—Bien, aunque esta recta final le está costando más. Se siente pesada y la espalda la está matando —dijo con un suspiro.

—Entonces no está tan bien. ¿Has probado a ayudarla con el peso de la barriga?

—¿Cómo se supone que puedo ayudarla? Ojalá pudiera.

—Por lo visto, hay una técnica que las alivia mucho. No puedes hacerlo todo el día, pero a ratos sirve.

—¿De verdad?

—Claro. No te mentiría con eso.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Ella nada. Lo haces tú —respondí, y esperé su gesto curioso—. Se pone de pie y tú te colocas detrás, pones las manos en la parte baja de su vientre y se lo levantas un poco. Dicen que así sienten bastante alivio.

—En cuanto llegue a casa lo pruebo.

Le pedí que me diera un momento para llamar a papá y concretar la hora para pasar por su despacho. Me dijo que al mediodía le venía perfecto.

—Me voy. —Me levanté de la silla—. He quedado con papá ahora y quiero ir cuanto antes, esta tarde tengo muchas cosas que hacer.

—Dale recuerdos a Bera, de parte de Maddy y mía —me pidió, acercándose para darme un beso en la mejilla.

—Se los daré —respondí con una sonrisa.

Cogí el casco, que tenía sobre la silla, y me fui directa al despacho de mi padre.

Él era un abogado reconocido, con uno de los bufetes más prestigiosos de la ciudad. Yo también estudié Derecho, pero nunca ejercí. Con el tiempo descubrí que me atraía más otra rama, una que me hacía sentir viva.

—Buenas tardes —saludé al portero, que no era el mismo de cuando solía ir antes—. Mi padre me está esperando.

—Buenas tardes, señorita. Sí, me avisaron de su llegada.

Subí en el ascensor y marqué el último piso, donde él tenía su oficina. Cuando las puertas se abrieron, avancé decidida por el pasillo hasta su despacho.

Di dos toques en la puerta y entré sin esperar respuesta.

—Cariño, cada día estás más guapa —dijo levantándose de su silla.

—Tengo buenos genes —le respondí con una media sonrisa, abrazándolo —. ¿Qué era eso de lo que querías hablar conmigo?

—Siempre tan directa —me dijo con un deje de reproche—. No pierdes el tiempo.

—Papá, es que tengo muchas cosas que hacer y no entiendo por qué insististe en que viniera aquí, cuando podía haber firmado el testamento en

casa.

—Justo de eso quería hablarte. No entiendo por qué te has empeñado en hacer uno con lo joven que eres.

—Sabes que en mi trabajo puede pasar cualquier cosa, y al no estar casada ni tener hijos, quiero dejarlo todo bien atado.

—A tus hermanos no les hará gracia —comentó mientras se sentaba en su sillón y sacaba una carpeta de un cajón—. Aquí tienes todo lo que pediste. Puedes leerlo antes de firmar.

—No hace falta —dije tomando la pluma que me ofrecía.

Estaba firmando los papeles cuando la puerta se abrió sin que nadie llamara. Quien entró debía de tener mucha confianza con él.

—Abel… —Una voz que conocía demasiado bien me congeló. El aire se me quedó atrapado en los pulmones—. Perdón, no sabía que tenías visita. Como habíamos quedado ahora, supuse que estabas solo. —Su voz sonaba más ronca, más grave que antes—. Vuelvo en otro momento.

—No te preocupes, es mi hija, Dakota —dijo mi padre con naturalidad. Yo seguía sin atreverme a moverme—. Creo que hace años os visteis alguna que otra vez, cuando ella pasó por aquí.

Mi cuerpo entero tembló, aunque por fuera fingí calma. Tenía que salir de allí cuanto antes.

—Bueno, papá, esto ya está. —Cerré la carpeta y dejé la pluma sobre ella —. Te dejo, tengo que irme.

—Hija, no puedes irte todavía. Saluda a Nolan. —Su tono fue amable, pero esas palabras me atravesaron como un cuchillo. *Por favor, no me hagas esto, papá…*

Tragué aire con fuerza. Apreté los reposabrazos de la silla y, antes de girarme, me puse la máscara de indiferencia que tanto me había costado aprender.

—Buenas tardes, encantada de volver a verle —dije con voz firme. No iba a notar lo que me seguía afectando, porque ni yo misma creí que aún doliera tanto.

Pero bastó verlo, tenerlo otra vez frente a mí, para que mi cuerpo se encogiera por dentro. Me había costado demasiadas lágrimas llegar hasta aquí.

—Dakota. —Pronunció mi nombre con una leve vacilación, con algo que parecía anhelo. Carraspeó—. La verdad es que hacía mucho tiempo que no te veía.

Mucho más debería haber sido, pensé, conteniendo el temblor en mis manos.

—Lo siento, pero tengo prisa. —Me giré hacia mi padre—. Hablamos otro día, ¿vale?

—Hija, en realidad este era el momento indicado. Por eso cité a Nolan a esta hora, porque necesito que lo ayudes.

Durante un segundo, el aire del despacho pareció volverse más denso. Podía sentir cómo la tensión me subía por la nuca, una mezcla de rabia y nostalgia que me quemaba por dentro. No quería mirarlo, porque sabía que bastaba un segundo para volver a caer.

La mano que estaba a punto de coger el casco se me quedó suspendida en el aire. El cuerpo entero se me paralizó.

El pasado, ese que había aprendido a enterrar, acababa de irrumpir por la puerta sin pedir permiso. Y comprendí que, por mucho que hubiera cambiado, había batallas que nunca terminan. Algunas solo esperan el momento justo para recordarte quién fuiste y cuánto te costó dejar de serlo.

Capítulo 5

Nolan

—No sé en qué podría ayudarle —dijo.

—La verdad es que tu hija tiene razón —respondí mirándolo—, no sé cómo podría ayudarme.

Después de tanto tiempo la tenía delante, más guapa de lo que la recordaba. Los años le habían sentado bien.

En todo este tiempo no la había visto ni una sola vez. Rompió todo contacto conmigo, no me permitió hablarle, se mudó, desapareció de todos los lugares a los que solía ir. Cambió de casa, y ni siquiera pude averiguar su nueva dirección.

Al final me rendí. Dejé de buscarla, y en ese momento cometí el mayor error de mi vida.

Le di una oportunidad a Katia. Se suponía que era un hombre listo, alguien que veía venir las cosas… pero con ella no fue así.

Creo que el karma tuvo mucho que ver. Todo el daño que le hice a Dakota, el karma me lo devolvió multiplicado por dos.

—Mi hija puede ayudarte a encontrar al tuyo —dijo Abel con firmeza—. Te aseguro que no hay nadie más capaz que ella.

—¡Papá! —protestó Dakota, y en su voz sonó más reproche que sorpresa —. Sabes que no puedo hablar con nadie de mi trabajo. De verdad, no entiendo qué se te ha pasado por la cabeza para hacerlo.

No entendía nada de lo que Abel intentaba decirme.

—Sigo sin ver qué tiene que ver tu hija en todo esto.

—Creo que si nos sentamos y le explicamos tu situación, tal vez podrías entenderlo —dijo él con calma—. Así sabrás por qué puede ayudarte.

—No puede hablar de mi trabajo sin mi permiso, y mucho menos con alguien a quien no conozco —dijo, y eso dolió por el tono con el que se dirigía a su padre.

—Sí que lo conoces —respondió Abel con una leve sonrisa—. A lo mejor no como a un amigo, pero sé lo que hago. ¿De verdad crees que pondría la vida de mi hija en riesgo? Confío en Nolan tanto como confío en ti o en tus hermanos.

—Abel, creo que no deberías meterla en algo de lo que no sabe nada, y menos si no le interesa.

—Te aseguro que en cuanto le diga el motivo, será la primera en ayudarte. Se toma su trabajo muy en serio.

Hubo unos segundos de silencio incómodo entre Dakota y yo. No sabía en qué podía ayudarme una secretaria, pero claramente no se trataba de eso.

—Nolan se casó hace casi tres años porque su novia se quedó embarazada —explicó Abel. Vi cómo Dakota apretaba los puños—. Poco después nació su hijo. Por lo que me ha contado, el matrimonio no fue bien. Ella solía amenazarlo con que, si la dejaba, se llevaría al niño y no volvería a verlo. — Noté cómo Dakota se tensaba más con cada palabra.

»Hace tres meses, Nolan me pidió que llevara su divorcio. No podía aguantar más. Y en cuanto su mujer recibió la demanda, desapareció con el niño.

—¿No has podido ponerte en contacto con ella? —preguntó Dakota.

—No. Es como si se la hubiera tragado la tierra junto con mi hijo —respondí, y tragar esas palabras me dolió más de lo que pensaba. El no poder verlo, no poder abrazarlo ni besarlo, me estaba matando poco a poco.

—¿Nunca te comentó que quisiera irse a algún sitio? —insistió ella—. Aunque fuera un comentario sin importancia, algo que nos dé un hilo del que tirar.

—No recuerdo nada, pero insisto —dije confuso—, ¿cómo podrías ayudarme tú?

—Soy agente encubierta de la Interpol —respondió sin pestañear.

Me quedé helado. No podía creerlo. Si era cierto, tuvo que ser después de que dejáramos de vernos.

—Perdona que te pregunte, ¿desde cuándo? —dije sin apartar los ojos de ella.

No contestó.

—Dakota lleva cinco años siéndolo —intervino Abel—, y es una de las que más casos ha resuelto en su departamento.

Cinco años. Me quedé paralizado. Eso significaba que ya lo era cuando estábamos juntos. ¿Me había mentido todo ese tiempo? ¿Era eso lo que me quería? No solo era el tiempo que llevaba dentro, sino el que debió de pasar preparándose.

—¿Cinco años? —pregunté, aún aturdido.

—Sí —respondió con serenidad—. Me costó mucho entrar, pero lo conseguí.

—Creo que lo mejor será que os deje solos para que podáis hablar tranquilos —dijo su padre mientras se ponía de pie—. Así ella podrá preguntarte lo que necesite saber.

—No puedo prometer ayudarte —dijo Dakota sin mirarme—, no hasta que lo sepa todo, haga un informe y lo revise mi superior.

—Lo sé, hija —respondió Abel con orgullo—, pero si alguien puede hacerlo, eres tú. La policía normal tiene las manos atadas, y sinceramente, tampoco se mueven mucho.

Se abrochó la chaqueta, dispuesto a marcharse.

—Me voy, que tu madre me está esperando. Podéis quedaros en mi despacho el tiempo que necesitéis —dijo, dándole un golpecito en el brazo al pasar—. Ve a ver a tu madre cuando puedas, hace mucho que no pasas por casa.

Cuando cerró la puerta, el silencio se hizo insoportable.

—¿Así que agente de la Interpol? —repetí, más por romper el hielo que por otra cosa.

—Ya te lo he dicho antes. Ahora, si no te importa, cuéntame todo lo que creas que pueda ser útil.

—Dakota… —di un paso hacia ella—, no quiero que te sientas comprometida. No me debes nada.

—Eso está claro —contestó con frialdad—. En cuanto al caso, no te preocupes. Se lo pasaré a mi superior y, si decide tomarlo, pediré que pongan a alguno de mis compañeros. Será lo mejor para todos. Así no tengo que verte, y tú tampoco a mí.

—No fue mi intención hacerte daño —dije con sinceridad.

—No te preocupes —respondió ella con una sonrisa fría—. No dolió tanto como te piensas. A fin de cuentas, nunca tuvimos nada serio. Solo un par de polvos cuando a alguno de los dos le picaba y listo. No te creas tan importante como para pensar que me dejaste huella.

Sus palabras me golpearon más de lo que imaginaba. Me dolieron. Y justo por eso supe que mentía. Porque la conocía mejor de lo que ella creía.

Aunque, pensándolo bien, tal vez no tanto, porque había conseguido ocultarme quién era realmente.

—Creo que lo mejor será que contrate investigadores —dije intentando mantener la calma—. No quiero que te sientas incómoda con esto.

—¿Y qué piensas hacer cuando den con ella? —preguntó con ironía—. Si es que lo hacen. ¿Cómo piensas traerla de vuelta? ¿Con una orden de extradición?

—Joder, no tengo ni idea —respondí, pasándome una mano por la nuca—. Solo quiero tener a mi hijo conmigo.

—Cómo es la vida, ¿verdad? —dijo con una media sonrisa que no llegó a los ojos.

—¿Por qué lo dices?

—Porque en todos los años que compartimos nunca quisiste dar el paso. Según tú, no querías atarte a nadie. El compromiso no iba contigo.

—No es así como piensas.

—Claro que sí —replicó sin vacilar—. ¿Y sabes de qué me di cuenta aquella noche en aquel local? Que para entonces ya llevabas tiempo con esa mujer. Por eso no querías que nadie nos viera juntos. Te faltaron cojones para ser sincero.

»Y ahora lloras porque tu mujer se ha llevado a tu hijo. —Su voz se quebró apenas, pero se recompuso enseguida.— A saber los cuernos que tuvo que aguantar la pobre.

—No tienes ni idea de lo que hablas —contesté entre dientes, sintiendo cómo el enfado me subía por dentro—. Ni puta idea.

—Yo creo que sí —replicó, firme—. Bastaba con ver cómo la mirabas y lo distinto que eras conmigo.

—Es verdad que, cuando estuve contigo, también estuve con otras —admití con un hilo de voz—, pero solo cuando estábamos separados. Jamás

estuve con otra mientras estaba contigo.

—Por favor, Nolan, no me tomes por tonta. No necesitas mentir, nunca lo hiciste, no empieces ahora.

—Te estoy diciendo la verdad. Si no me quieres creer, no lo hagas, pero lo es.

—¿Y me vas a decir que imaginé la complicidad que tenías con tu mujer aquella noche? No hace falta ser muy lista para saber quién era.

—Sí, Katia es la madre de mi hijo —aclaré, remarcando cada palabra—. Pero lo que viste fue una amistad de años.

—Bonita amistad —ironizó—. Si yo hubiera tenido esa con mis amigos de la universidad, me habría hartado de follar.

—No hables así —le pedí con cansancio—. Tú no eres así.

—Solo digo la verdad —replicó con dureza—. Quizás te duele porque no me estoy equivocando.

—Katia era mi amiga. Nunca tuve nada con ella. Es cierto que siempre estuvo encaprichada de mí, pero jamás le di alas. Solo aquella noche, porque los celos me comieron vivo al verte bailar con ese tipo. Quería ser yo el que bailara contigo, el que te tuviera entre sus brazos… y ni siquiera me miraste.

—¿Para qué querías que te mirara? —preguntó con una mezcla de rabia y tristeza—. ¿Por qué te apetecía echarme un polvo? Que yo sepa, nunca me quisiste para otra cosa. ¿Y sabes qué fue lo peor? Que cuando te rogué que nos tomáramos en serio, ¿recuerdas lo que me contestaste? Dilo.

Guardé silencio.

—Dilo, Nolan —insistió.

—Te dije que no iba a dar un paso cuando no sentía nada por ti —respondí al fin, bajando la mirada—. Que no iba a poner en riesgo mi trabajo por algo que no sabía si funcionaría.

—Exacto. —Su voz sonó cortante—. Así que no me vengas con celos ni con historias. No tienes ningún derecho. —Respiró hondo, conteniéndose—. Te lo di todo, una y otra vez. Cada vez que venías, te abría la puerta y los brazos, esperando una mísera migaja tuya. Hasta que me cansé. Porque si tú no me querías, tenía que hacerlo yo.

—No era así —murmuré—. Pensaba que podía conformarme con lo que teníamos. Y sí, es verdad, esa noche me acosté con Katia. Me arrepentí al instante, pero el daño ya estaba hecho. Te juro que no la volví a tocar. —Me pasé las manos por el pelo, frustrado.

»Después de eso intenté buscarte, pero no había manera de localizarte. Fue entonces cuando me di cuenta de que lo que sentía por ti era mucho más de lo que había querido admitir. Sé que llegué tarde, pero te juro por mi hijo que es verdad. Poco después Katia me dijo que estaba embarazada.

—Pues suerte tuviste de que yo no acabara embarazada también —soltó con sarcasmo—. Habría sido un drama verte entre tu novia y tu amante, las dos con barriga.

—Ella no era mi novia —repliqué—. Si hubiera tenido una, habrías sido tú.

—Ya da igual, Nolan. No sirve de nada hablar del pasado. Tú tienes tu vida y yo la mía. —Cogió el casco de la silla—. Mira, me tengo que ir. Le pediré a mi padre tu número. Te prometo que haré todo lo que esté en mis manos para ayudarte a recuperar a tu hijo. Que hayas sido un mal novio no significa que seas un mal padre, y ninguna mujer debería usar a un hijo para vengarse.

—¿Tienes pareja? —pregunté casi sin pensar.

Me miró sin entender el motivo de la pregunta.

—Lo digo porque has dicho que cada uno tiene su vida. Es normal que la tengas.

—Sí —respondió con calma—. Llevo dos años y medio con Gael, ¿te acuerdas de él? Era uno de los amigos de mi hermano. No lo conocías, pero te hablé de él alguna vez.

—Por lo que veo, no tardaste mucho en olvidarme.

—Ya sabes lo que dicen, el roce hace el cariño —replicó, sin rastro de ironía—. Estuvo ahí cuando más lo necesité. —Se ajustó el casco—. De verdad, me tengo que ir. Te prometo que te voy a llamar, y juro que encontraré a tu hijo.

Me puso una mano en el brazo. Fue un gesto pequeño, pero lleno de significado. Una despedida sin palabras.

—Gracias, Dakota —murmuré—. No sabes lo que significa esto para mí.

Hizo un leve movimiento de cabeza antes de marcharse.

Me dejé caer sobre una de las sillas, derrotado. Sentí un vacío enorme, un peso insoportable. Solo me quedaba un motivo para seguir: encontrar a mi hijo. Y esta vez, no pensaba fallar.

Capítulo 6

Dakota

—Me cuesta creer todo lo que me estás contando —dijo Bera, sentada en el sofá de mi casa.

Tenía las piernas sobre él, con las plantas de los pies apoyadas en el asiento, las rodillas dobladas y el rostro ladeado, apoyado sobre ellas, mientras se abrazaba con los brazos. Parecía una niña pequeña escuchando un cuento imposible.

—Sí, sé que suena todo muy surrealista —suspiré—, pero te prometo que te he contado palabra por palabra lo que pasó.

—Y ¿se puede saber por qué le has dicho que Gael es tu novio si os lleváis a matar?

—Yo qué sé, fue el primer nombre que se me vino a la cabeza. —Me pasé una mano por la cara—. A ver cómo coño se lo digo ahora a mis hermanos y a mis padres sin tener que explicar mi historia con él. Me tienen que cubrir la mentira como sea.

—Sin que sueltes todo por esa boquita, lo veo difícil —dijo riendo, divertida, como si esto no fuera mi crisis, sino su serie favorita.

—No te rías, hija de tu madre. ¡Madre mía, dónde me acabo de meter!

—Tú no pienses eso; piensa que, si tienes que hacer acto de presencia con tu supuesto novio, entonces sí que la has liado de verdad.

Era para matarme. No podía haber dicho Brian, que al menos me caía bien. No, yo tenía que invocar al demonio en persona. A veces parecía que mi boca tuviera voluntad propia solo para joderme la vida.

Con lo fácil que hubiera sido decir que no tenía pareja. Si no tenía, no tenía. Punto.

—Ains, Bera, en qué lío me acabo de meter yo solita por culpa del orgullo.

—¿Y si hablas con Gael? ¿No crees que te echaría una mano?

—Al cuello, más bien, porque ganas no le faltan.

—Mujer, no será para tanto.

—¿Qué no? —Bufé—. Llevamos años pinchándonos el uno al otro; cuando no es él quien me busca la boca, soy yo. Los demás ya nos dan por imposibles, y ni te cuento cómo nos picábamos en las carreras. Es como tener un enemigo al que, por algún motivo absurdo, no puedes dejar de mirar.

Estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas, como los budistas, frente a la mesa baja del salón. Dejé caer la frente sobre la madera y empecé a darme golpecitos, uno tras otro.

—Nena, que la mesa no tiene la culpa de que tengas la cabeza tan dura —dijo Bera, intentando no reírse—. ¿Y si llamas a tu hermano y le dices que venga con él? —Levanté la cabeza de golpe para mirarla como si se me hubiera ido la vida en ello.

»No me mires así, te lo digo en serio; a lo mejor lo convence para que se haga pasar por tu novio. Eso sí, reza para que no tenga novia, o vas a tener que inventarte una ruptura de telenovela.

—Qué envidia me da tu vida.

—Pero si mi vida es más plana que una tortilla sin sal.

—Pues por eso mismo.

—De verdad, Dak, lo que te he dicho puede ser la mejor opción. Y si los llamas ya, mejor, así no me pierdo sus caras cuando se lo cuentes.

—Grrr… tener amigas para esto.

—Te estoy dando mi apoyo —rio—, pero eso no significa que no pueda disfrutar del espectáculo.

—Ains, de verdad, no sé para qué me trajeron mis padres al mundo.

—Venga, tonta, llámalo. Cuanto antes te quites la tirita, mejor.

—A ti no te quitaba una tirita, a ti te ponía tres puntos en la boca —mascullé mientras cogía el móvil.

Un tono, dos tonos, y al tercero colgué, fingiendo que no me cogía el teléfono. Ni tiempo tuve de soltarlo cuando me devolvió la llamada.

—Hola —dije—. ¿Tienes un momento para que te comente algo? ¿O estás de guardia hoy?

—Hola, enana. —Lo escuché sonreír—. Estoy de guardia, pero salgo en media hora. ¿Por qué? ¿Te pasa algo?

—¿Gael tiene el mismo turno que tú?

—Sí, normalmente siempre lo tenemos. ¿Te ha hecho algo? Si es así, dímelo, que lo tengo aquí al lado y lo puedo matar rápido.

—No, no me ha hecho nada. ¿Podéis pasar por casa cuando terminéis la guardia? Sé que estaréis cansados, pero necesito hablar con vosotros.

—¿Con Gael también? —Escuché un murmullo al otro lado—. Me estás preocupando.

—No, de verdad, no es grave. Solo es eso. ¿Podéis pasar o no?

—Muñeca, ¿tanto me echas de menos que quieres que vaya a tu casa? —Esa voz burlona… sabía que le había quitado el teléfono.

—Te odio, capullo.

—Ja, ja, ja. Es mutuo, amor. —Lo de «amor» lo dijo con tanta ironía que casi pude ver su sonrisa idiota al otro lado del teléfono.

—Adriel, quítale el teléfono al imbécil ese y dime si vais a venir.

—Cariño, si quieres que vaya a tu casa es porque necesitas algo de mí, así que trátame con cariño o no voy.

—¡Tío, no la piques más, dame el teléfono! —gritó mi hermano de fondo.

—En cuanto salgamos, vamos para allá. Más vale que tengas un buen desayuno preparado, porque estamos muertos de hambre.

—No te preocupes, ahora mando a Bera a por churros y chocolate.

—Ay, que también está ahí Bera.

—Esto se pone emocionante —dijo Gael, disfrutando demasiado del caos que causaba.

—¿Y por qué tengo que ir yo? —gruñó. Me iba a volver loca entre los tres.

—Sí, Bera está aquí; anoche se quedó a dormir, y no la iba a echar a la calle recién levantada. Que menos que darle algo de comer. Ahora nos vemos, te quiero.

—Yo también a ti, enana.

—Yo te odio, amor.

—Más te odio yo, imbécil.

—Ja, ja, ja. —Bera no paraba de reírse—. Es mejor que una comedia romántica. Ay, Dios, me va a dar algo de la risa.

—Tú no eres más hija de puta porque el día no tiene más horas.

—Sí, sí, todo lo que tú quieras, pero no me digas que no es para morirse de la risa.

—Pues ríete, pero baja por los churros, que lo último que me falta es que, con el hambre que traen, me toque contar todo con el estómago vacío.

Mientras Bera bajaba a por los churros y mi hermano llegaba con la pesadilla que tenía por compañero, me fui a vestir.

No me apetecía lo más mínimo que el imbécil ese me viera con el pijama de nubecitas que tenía puesto.

Me di una ducha rápida; necesitaba despejarme y ganar tiempo mental. Me puse unas mallas negras, un jersey de cuello alto rojo, y me recogí el pelo en un moño improvisado. Calcetines, cara lavada y actitud: lista para enfrentar el desastre que yo misma había creado.

El aroma del café llenó la cocina. Puse la vieja cafetera italiana en el fuego y me quedé mirando cómo el vapor subía. Tenía la absurda esperanza de que el café también sirviera para calmar los nervios.

—Ya están aquí los churritos, amores. ¡Mira tú por dónde, hoy vas a mojar algo! —gritó Bera desde la puerta.

—¿No me digas que mi muñequita no se lo pasa bien mojando? —Esa voz. No podía ser.

—Ay, coño, ¿pero de dónde habéis salido vosotros? —dije, girándome.

El día no podía ir peor.

—Amor mío, si estás necesitada, yo me presto voluntario. —Entró en la cocina como Pedro por su casa. Ni siquiera había estado antes aquí.

Se acercó por detrás, y antes de que pudiera apartarme, el muy idiota me plantó un beso en la mejilla. Me quedé helada.

¿Desde cuándo hacía eso? Que yo recordara, nunca. Y no pensaba empezar hoy con esa costumbre.

—Tú te quedas quietecito, y cuanto más lejos, mejor.

—*Amore*, te recuerdo que has sido tú la que ha pedido que viniera —dijo, sonriendo con descaro. No tenía ni idea de cuánto me estaba arrepintiendo.

—Anda, lleva al salón las tazas, el azúcar, los platos y las servilletas —le solté, cruzada de brazos.

—¿Y qué vas a llevar tú?

—Mi presencia, ¿te parece poco?

—Mmm… me encanta cuando te pones mandona.

—Tío, córtate ya, y déjala tranquila. —Entró mi hermano a tiempo. De no ser por él, le habría lanzado la taza.

—Qué piel más fina tenéis —resopló Gael—. Como para decir que no sois hermanos. —Salió con las cosas, silbando.

—¿Qué pasa, Dakota? Porque no es normal que me hayas pedido que viniera ahora, y menos con Gael, que siempre estáis de uñas.

—Mejor os lo cuento cuando tengamos el estómago lleno.

—Creo que esto no me va a gustar mucho.

—No es tan malo, solo que no sé por dónde empezar. Pero venga, antes de que se enfríen los churros. —Le empujé suavemente por la espalda para sacarlo de la cocina.

Y ahí estaba yo, en el ojo del huracán, esperando el desastre, con churros y café.

Capítulo 7

Dakota

—Me vas a tener que repetir la historia de nuevo, porque no me lo puedo creer —dijo mi hermano, todavía aturdido.

—Pues tío, más clara no ha podido ser —respondió Bera encogiéndose de hombros.

—Yo no es que no me lo crea —añadió Gael, con su tono insoportable—, es que a mí me ha dejado tocado. Sobre todo por el enorme honor que me ha concedido de acordarse de mí para tan inmensurable tarea. —Se llevó una mano al pecho con fingido dramatismo.

»Amor mío, no sabía que me tuvieras tan presente en tu memoria. Ahora solo me falta que también me dejes ancladito en tu corazón, y podré morir en paz y feliz.

—Imbécil. —Le saqué el dedo corazón.

—Uy, no, así no vamos bien —replicó, divertido—. A partir de ahora me vas a tener que hacer la pelota. Y si hace falta, besarme el culo, eso si quieres que te ayude. —Sonrió con chulería—. Me das un besito y sellamos el trato. —Sacó los labios y empezó a lanzar besos al aire.

—Ja, ja, ja, ¡ay, que me da algo! —Bera estaba doblada de la risa en el sofá.

—Adriel, dile algo, si no quieres que me lo cargue. Y créeme, sé cómo cometer un asesinato y que no me pille nadie.

—Esto va a estar bueno: una policía contra otro policía —dijo Bera con la boca grande.

—¡Bera! —le grité—. ¡Te quieres callar la boca! —Se tapó los labios de inmediato, consciente de la cagada. A buenas horas, mangas verdes.

Por dentro sentí cómo se me encogía el estómago. No era miedo exactamente, pero sí esa punzada incómoda de quien vive con secretos demasiado tiempo. Hablar de mi trabajo nunca era buena idea, y menos delante de alguien que conocía mis puntos débiles mejor de lo que me gustaría admitir.

—¿Cómo que policía? —preguntó Gael, incrédulo.

—No le hagas caso, todavía está borracha desde anoche. —Intenté hacerme la tonta, pero su cara lo decía todo: no se lo había tragado.

—No, cariño —Gael sonrió—, si vamos a empezar una relación, hay que hacerlo sin mentiras. Que después las cosas se hacen bola y ¡boom!, explotan. Y las explosiones, ya sabes, son peligrosas.

—Es policía encubierta de la Interpol —dijo mi hermano, antes de que yo pudiera hablar. Lo miré con el ceño fruncido.

—Enana, no me mires así —añadió—. Que el imbécil este puede chincharte todo lo que quiera, pero no hay nadie mejor que él para entender lo importante que es tu trabajo.

—Joder… —Gael se pasó una mano por el pelo—. ¿Desde cuándo?

—Desde hace cinco años —contesté sin rodeos.

—Llevamos más de cinco años corriendo juntos por el circuito y nunca dijiste nada. Ni tú tampoco, capullo. —Señaló a mi hermano.

—Gael, no seas un niño. Sabes que no podía decir nada.

—Joder, pero yo también soy policía.

—Sí, pero tú no eres encubierto.

—No lo digo por eso —gruñó—, lo digo porque podríais haber confiado en mí.

—Hombre, para ser sinceros —intervino Bera—, no erais precisamente amigos.

—Pues para no ser su amigo, ha pensado en mí para hacer de su novio —replicó con sarcasmo.

—Solo en caso de que haga falta —aclaré enseguida—, por si mi padre organiza alguna celebración o algo así. Mientras tanto, seguiremos igual que siempre.

—No, amor mío —replicó con dramatismo—, porque el juego ha cambiado. Y a todo esto… ¿qué me vas a dar por hacerme pasar por tu novio? Porque no será tarea fácil.

Sabía que bromeaba, pero me pinchó un poco. Por alguna razón, esas palabras me tocaron más de la cuenta. Por un instante me pregunté si acaso había sido mi culpa que Nolan nunca quisiera dar un paso más. Pero no, me corregí mentalmente: él fue quien no supo valorar lo que tenía. Este idiota ni siquiera me conocía lo suficiente como para hacerme daño.

Me prometí a mí misma que nunca más dejaría que un hombre tuviera ese poder sobre mí. Ni Nolan, ni nadie. Había tardado demasiado en recomponerme como para que una simple broma de Gael me hiciera tambalear.

—Creo que lo mejor será decirle que hemos roto. Olvida lo que te he dicho. Solo tengo que asegurarme de que mi familia diga lo mismo si les pregunta.

—Por mí perfecto —respondió Gael, encogiéndose de hombros—. Ya tengo bastante con aguantarlo en el trabajo, como para encima aguantarlo de cuñado.

—Pues te fastidias —dijo mi hermano riendo—, porque ahora él quiere hacerlo por puro orgullo.

Gael se levantó, cruzando los brazos con una sonrisa arrogante.

—Eso sí, tendré que decírselo a mi novia, no vaya a ser que se lo tome mal.

—Ah, no. Por ahí no paso. Si tienes novia, ni se te ocurra —repliqué con firmeza—. Aunque sea ficticio, no me meto entre una pareja ni loca.

—Tranquila, Dakota —contestó con media sonrisa—, estaba bromeando. No tengo novia.

Claro, como para creérmelo. No es que todos los hombres fueran iguales, pero ya tenía callo.

—No, de verdad, Gael, te agradezco la intención, pero prefiero prevenir que curar. Le diré que lo dejamos y listo.

—Si le dices eso, va a intentar algo contigo —replicó, más serio esta vez.

—Enana, ahí le tengo que dar la razón —añadió mi hermano.

—Yo también —intervino Bera, mirándome con preocupación—. No me gustaría que volvieras a caer en sus manos. Ya lo pasaste mal demasiados años.

—Bera, sabes que no volvería a tener nada con Nolan. Ya no soy la misma tonta enamorada de antes.

Y no lo era. Había aprendido a sobrevivir a base de golpes, de noches sin dormir y de morderme la lengua. Había cambiado la ilusión por control, el corazón por la cabeza, y aunque a veces dolía, era mejor así. Al menos el dolor lo manejaba yo.

—Dakota, que no tiene novia, ha sido una de sus bromas —dijo mi hermano acercándose—. Sabes que no te mentiría en algo así, y Gael… por muy idiota que parezca a veces, tampoco lo haría.

Suspiré. Sabía que Adriel tenía razón.

—Vale, seguimos como al principio.

—Esto me encanta —dijo Bera, entusiasmada—. Venga, sentaos otra vez.

—¿Y ahora qué más hace falta? —pregunté, agotada.

—Bueno —empezó mi amiga, pensativa—, si tu padre llega a preguntarle algo a Gael, podrá defenderse más o menos bien porque es amigo de tu hermano. Pero si te pregunta a ti por él… ahí sí que estamos jodidas.

—Sé que tiene treinta y nueve años, que es policía y que le gustan las motos.

—¿Y con eso piensas apañarte? —Rio—. Digo yo que tendrás que saber si tiene hermanos, cómo se llaman sus padres… yo qué sé, las cosas básicas que se conocen entre una pareja. —Sonrió con malicia—. O las no tan básicas.

—Ni se te ocurra —advertí, alzando un dedo—. Conozco esa sonrisa demasiado bien.

—Bera, no me dejes con la intriga —pidió Adriel.

—Adriel, no le digas eso, que sabes cómo es.

—Ya, pero me puede la curiosidad —respondió encogiéndose de hombros.

—No sé, podrías empezar por saber cómo la tiene… si se mueve bien, si te hace poner los ojos en blanco, si…

—¡Calla ya! —interrumpí, roja como un tomate—. Ya se han hecho una idea de lo que querías decir.

Mi hermano y Gael se partían de la risa.

—Me mide metro y medio —soltó Gael muy serio—, y con esa longitud es difícil que me mueva mucho, sobre todo porque pesa una barbaridad. —Pausa

dramática—. Pero te aseguro que con solo la puntita, hago que se le pongan los ojos en blanco.

—Joder, entonces tú no follas, tú haces brochetas con las mujeres —soltó Bera entre carcajadas.

—Ay, que me meo —gritó Adriel, doblado de la risa—. Amigo, tú no cojeas de una pierna; cojeas de las dos exteriores, y solo te toca el suelo la central.

Tuve que salir corriendo al baño; un segundo más y me meaba de la risa.

No podía negar que Gael era gracioso. Nunca había visto ese lado suyo porque, sinceramente, nunca le di la oportunidad. En el circuito nos picábamos con tanta intensidad que era imposible ver más allá de la rivalidad.

Cuando regresé, seguían riéndose.

—Amor mío, ¿cuándo empezamos con el entrenamiento? —preguntó con tono sugerente.

—¿Entrenamiento? —Arqueé una ceja.

—Sí, para que no nos pillen en nuestra actuación.

—Como te dije, no sé si hará falta o no. Si llegara el caso, con cogernos de la mano bastará. No creo que seas tan torpe como para no saber hacerlo.

—Oh, amor mío —repitió con ese tono que me repateaba—, créeme, sé hacer mucho más que coger de las manos. Estoy dispuesto a sacrificarme y demostrártelo.

—No hace falta, cariño. No vaya a ser que te dé alergia estar tanto tiempo cerca de mí. Y para que veas que soy buena, no te haré pasar el mal rato de tener que verme más de la cuenta. Mándame por mensaje la información que pueda servir, solo la relevante.

—Nunca en mi vida había visto cómo una mentira podía dar para tanto —soltó Adriel, riendo.

—No recuerdo la última vez que me reí tanto —añadió Bera—. Lo de esta mañana está siendo brutal.

Poco tiempo después, mi hermano y Gael se fueron cada uno para su casa; el cansancio les podía, y no era para menos, después de toda una noche de guardia.

Cuando la puerta se cerró, la casa se quedó en silencio. Aún olía a café y a churros, a risa y a complicidad. Me quedé de pie en medio del salón, mirando las tazas vacías sobre la mesa y preguntándome en qué momento mi vida se había convertido en una comedia improvisada.

Bera seguía en el sofá, con una sonrisa de esas que solo ella podía mantener después del caos.

—¿Ves? Te dije que todo tendría arreglo —dijo, con esa calma suya que siempre me desconcertaba.

—Sí —contesté, intentando creerme mis propias palabras—, todo tiene arreglo.

Pero mientras recogía las servilletas y los platos, no pude evitar pensar que, a veces, las mentiras más pequeñas son las que abren las puertas más grandes. Y que la mía acababa de empezar a hacerlo.

Capítulo 8

Nolan

Dakota me había llamado la tarde anterior para quedar conmigo en una cafetería que fuese algo tranquila, o si me parecía mejor, en mi despacho. Lo hizo porque dijo que teníamos que hablar sobre mi caso, darle datos y toda la información que pudiera hacerle falta sobre Katia.

La verdad es que no sé qué respuesta esperaba que me diera cuando le pregunté si tenía pareja.

Lo más normal era que la tuviera: era una mujer auténtica, que lo daba todo por las personas a las que quería. A la vista estaban todos los años que había aguantado mis idas y venidas, y, como también es normal, todo el mundo tiene su límite.

Dakota había demostrado que el suyo estaba muy por encima de la gran mayoría, porque otra mujer no habría soportado tantos años enganchada a un hombre, esperando recibir lo que él quisiera darle, y encima esperándolo siempre con los brazos abiertos.

Le dije que, si quería, podíamos quedar en su casa —que por cierto, seguía sin saber dónde estaba— o en la mía. No era lo más indicado, por su relación con ese hombre. Si me ponía en el papel de él, a mí no me gustaría que mi pareja quedara con otro hombre a solas en casa de alguno de los dos.

Creo que por eso mismo me dijo que no, que no le parecía buena idea. ¿O quizás era porque todavía sentía algo por mí y le daba miedo quedarse a solas

conmigo? La verdad, no sé por qué me hice esa pregunta, cuando estaba completamente seguro de que lo que alguna vez sintió por mí estaba más que muerto.

No podía ser de otro modo. Y a mí no me quedaban más cojones que aguantar su decisión.

Demasiado que iba a ayudarme a encontrar a mi hijo y traerlo de vuelta, porque, en el fondo, sabía que sería ella quien se encargara personalmente del caso. Aunque me hubiese dicho que se lo pasaría a otro compañero, no creía que lo hiciera.

En el fondo de su corazón aún sentía algo por mí, por mucho que lo negara. Y no digo que fuese amor, pero sí, quizás, un poco de cariño por lo poco —o mucho— que habíamos compartido.

Sonó el teléfono interno de mi despacho. Ese solo lo utilizábamos para comunicarnos entre oficinas.

—Dime —le dije a mi secretaria.

—Señor, el señor Davies quiere que en cuanto pueda vaya a su despacho —me informó.

Supuse que Abel quería entregarme un nuevo caso. Normalmente, me llamaba por ese motivo, o para que le informara sobre alguno de los que llevaba en ese momento y que considerara más importante que otro.

—Perfecto, voy ahora mismo.

Colgué el teléfono, le di el último sorbo al café que quedaba en la taza, cerré el archivo del caso que estaba revisando y fui a ver qué necesitaba Abel de mí.

—Buenos días, Nolan —me saludó al entrar en su despacho.

—Buenos días, Abel. ¿En qué puedo ayudarte?

—Siéntate, por favor. —Estaba más serio que de costumbre—. Te voy a preguntar una sola cosa y quiero que me digas la verdad, porque si me mientes me decepcionarías, y mucho.

—Sabes que siempre he sido sincero contigo en todo. Me conoces desde hace muchos años y sabes que te aprecio mucho.

—Yo también te aprecio y pensaba que confiabas en mí, pero por lo visto no es así. —Me miró fijamente—. ¿Por qué nunca me dijiste que tenías algo con mi hija? —No me esperaba que se hubiera enterado, y si lo había hecho después de tantos años, había sido porque ella se lo había contado—. ¿Por qué lo habéis mantenido en secreto? Ahora me cuadra por qué mi hija dejó de venir aquí.

—Abel, la verdad es que no sé qué decirte, porque doy por hecho que si te has enterado de esto también te habrá contado el resto de nuestra relación.

—Sí, y eso es lo que más me ha sorprendido, porque nunca te había visto como un hombre de esa clase. Está claro que me has tenido engañado por completo.

—Nunca fue mi intención hacerle daño. Sentía algo por ella, pero yo mismo me negaba a reconocerlo.

—¿Te negaste a reconocer esos sentimientos que dices que sentías por mi hija durante tantos años? —Se notaba lo dolido que estaba conmigo—. Déjame decirte que lo que hiciste con ella no lo hace una persona que siente algo por otra. Te he tratado como a uno más de mis hijos, y me lo has estado pagando, riéndote de mí y de mi hija durante años.

—Sé que puede ser difícil de entender, y no te voy a quitar la razón en nada de lo que digas, pero te prometo que tenía sentimientos por ella. Lo que pasa es que me di cuenta demasiado tarde, y cuando quise arreglarlo ya no había nada que arreglar. —Me pasé las manos por el pelo; la frustración de todo lo que estaba ocurriendo con mi vida me superaba—. Nunca quise hacerle daño intencionadamente.

—Pero se lo hiciste. Y que te quede claro que ella no me ha hablado mal de ti; simplemente nos ha contado vuestra historia tal y como fue.

—Sé que Dakota no ha hablado mal de mí, y lo sé porque, aunque no lo creáis, la conozco muy bien. O por lo menos la conocía. En tres años puede haber cambiado mucho, pero no lo creo.

—También nos contó que no os habíais visto en tres años.

—No. Ella cortó toda posible comunicación conmigo.

—Ahora comprendo a qué se debió el cambio de vivienda, y por qué nos dijo que no podíamos dar su nueva dirección a nadie. Nos mintió, diciendo que era por un caso en el que estaba inmersa.

—Te prometo que intenté arreglarlo, pero no me dejó opción.

—Creo que fue mejor así, porque para Dakota habría sido mucho más doloroso darte una oportunidad para, después, descubrir que la misma noche en la que decidió hacerlo tú habías dejado embarazada a Katia.

—Tienes razón. No sé cómo disculparme contigo, no tiene nombre lo que hice con ella.

—Si mi hija fue capaz de dejarlo en el pasado y rehacer su vida, yo también lo voy a dejar ahí. —Suspiré con alivio—. Lo que sí quiero que me prometas es que, ahora que estás de nuevo soltero, y después de haberos reencontrado, la vas a dejar en paz. No remuevas ese pasado ni las heridas que ya cerró.

No podía prometerle eso. Iba a mantenerme al margen de su vida porque tenía pareja, y si era feliz con ese hombre, yo no iba a interponerme.

Otra cosa muy distinta sería si estuviera soltera: ahí sí intentaría lo que fuese necesario para que me diera otra oportunidad.

—Te lo puedo prometer mientras ella tenga pareja, pero si algún día esa relación se rompe, voy a intentar que me dé una oportunidad. Desde que la vi el otro día, mi corazón volvió a latir de nuevo.

—Solo mantente alejado y habla con ella únicamente por el tema de tu hijo. Una vez que se haya solucionado, no la vuelvas a buscar.

—Abel, entiendo que eres su padre y que solo quieres protegerla. Lo sé, porque yo haría lo mismo por mi hijo. Pero si tengo la más mínima oportunidad, la voy a aprovechar.

»Te prometo que no voy a intentar nada, pero si ella me da el más mínimo indicio de que puede estar interesada en mí, voy a luchar por ella con uñas y dientes. Porque más vale tarde que nunca.

—Ese dicho no siempre es el más acertado. También está el otro, que dice que más vale una retirada a tiempo que una batalla perdida. —Dentro de la tensión del momento, no pude evitar que se me escapara una leve sonrisa.

—Si ya está todo dicho entre nosotros, voy a volver al trabajo. Eso sí, sigo manteniendo lo que te he dicho —respondí, con la esperanza de no verme en la calle, aunque no me dio esa impresión durante la conversación.

—No voy a prescindir de mi mejor abogado, ahora que ya no hay solución para lo que ha pasado —negó con la cabeza—, pero si me hubiera enterado en aquel momento, te habría cortado los huevos y después te habría puesto de patitas en la calle.

—Gracias por la advertencia, y sobre todo, gracias por no echarme.

—Nolan, no te voy a mentir: me he sentido dolido al enterarme, pero eso no significa que te aprecie menos. Eso sí, te voy a estar vigilando cuando Dakota venga por la oficina.

—Buena suerte con eso, jefe —le dije bromeando justo antes de salir de su despacho.

Iba a mantenerme al margen, y aunque antes dije que no pensaba meterme en medio de una relación, si Dakota me daba el más mínimo indicio de que entre nosotros aún podía quedar algo, no me iba a detener nadie.

Capítulo 9

Dakota

Gael: *Buenas tardes, amor mío. ¿Quieres que quedemos para que te dé los datos de mi familia?* —No pude evitar sonreír al leer el mensaje que me había mandado.

Dakota: *Buenas tardes, grano en el culo. Gracias, pero no puedo quedar; mándame la información por aquí.*

Gael: *¿Grano en el culo? Un poco desagradable el mote, ¿no crees? Yo creo que me pega más algo del estilo bombón, hombretón, guapetón…*

Dakota: *Grano en el culo o dolor de muela; creo que te van mucho mejor.*

Gael: *Por una vez, y que sirva sin precedentes, no te voy a llevar la contraria. ¿Se puede saber por qué no puedes quedar con tu novio ahora?* —Este hombre era imposible.

Dakota: *Porque he quedado con Nolan. Necesito que me cuente todo lo que pueda sobre su mujer.*

Gael: *Demasiado pronto me estás poniendo los cuernos, muñeca. Eso no se hace. Acabas de romper mi pobre corazón.*

Dakota: *Imbécil. He quedado en una cafetería, y jamás osaría ponerte los cuernos. Te amo demasiado para hacer tal cosa.* —¿Quería jugar? Pues yo le iba a dar ese juego.

Gael: *Esa declaración de amor hay que celebrarla por todo lo alto. No todos los días se cumplen los sueños. ¿Qué te parece una cena los dos solos, en tu casa o en la mía?*

Dakota: *Cariño, no te emociones tanto, que ese amor se puede ir tal y como vino.*

Gael: *Vamos a hacerlo un poco más interesante.* —A saber qué se traía entre manos; algo me decía que no iba a ser muy de mi agrado—. *Si consigo que te enamores de mí, me gano tu moto.* —Los cojones, a ver si era capaz de acercarse a ella.

»*Y si, por el contrario, consigues que yo caiga rendido a tus pies, te ganas la mía.* — Joder, solo de pensar en conducir esa máquina, se me hacía la boca agua. Y era una Aprilia RSV4; no es moco de pavo.

Dakota: *Suena muy tentador, pero yo con mi bebé no juego. Sin embargo, si me dejas conducir la tuya en la próxima carrera, te prometo que te deberé una cena, y que serás tú quien decida dónde cenaremos. ¿Hay trato o no?* — Levanté la vista cuando una sombra se puso delante de mí— *Cariñito, te dejo; acaba de llegar Nolan.*

Gael: *Uff, qué mal empezamos. Que dejes plantado a tu novio por un ex no dice mucho de mí. Creo que voy a tener que esforzarme al máximo para que eso no vuelva a ocurrir.*

—Hola, ¿cómo estás? —le pregunté antes de enviarle la última respuesta —. Un segundo, vete sentando.

Dakota: *Imbécil.*

Gael: *Bruja infiel.* —Sonreí; no lo pude evitar. No sé qué tenía conmigo, pero dentro de nuestras guerras dialécticas siempre acababa riendo.

—Hola. —Se sentó en la silla frente a mí—. Parece que te diviertes mucho con la persona con la que hablabas.

—Lo normal cuando hablas con alguien con quien te llevas bien. Pero bueno, mejor centrémonos en ti, que para eso estamos aquí. ¿Cómo estás? Sé que es una pregunta tonta, porque tienes que estar hecho polvo.

—Como tú has dicho, estoy hecho polvo. No sé cómo tengo fuerzas para seguir trabajando o saliendo de casa. Si fuera por mí, estaría todo el día encerrado con algo de mi hijo entre las manos.

Que mi relación con él no hubiera sido sana y que terminara así no significaba que no me doliera verlo tan roto, ni que no me afectara saber que lo estaba pasando tan mal.

—Duele mucho, es el dolor más grande que he sentido nunca —continuó.

Me dio mucha pena. Estiré la mano y la posé sobre la suya para darle un poco de consuelo. No fue otra mi intención, solo eso: apoyarlo, que no se sintiera tan solo.

—Era consciente de que cuando tomé la decisión de separarme iba a tener que vivir viendo a mi hijo solo cuando me tocara, pero es muy distinto a que se lo hayan llevado de tu lado, no verlo, no poder tocarlo. —Sus ojos se le llenaron de lágrimas—. Solo quiero tenerlo aquí conmigo.

—Ya verás que lo vamos a encontrar rápido, y podrás tenerlo contigo.

Ahora cuéntame cómo es ella, por dónde crees que puede haberse movido; necesito saber todo ese tipo de cosas para dar con Katia cuanto antes.

Cuéntamelo, aunque te parezca que algo no tiene importancia. Créeme, todo lo tiene.

Cuando noté que giraba la mano para entrelazar los dedos con los míos, la retiré con discreción. No quería que lo viera como un desplante, pero una cosa era consolarlo y otra muy distinta lo que él intentaba.

—También necesito una foto de ella y otra del niño, a ser posible las más actuales que tengas. —Lo miré para que viera la verdad en mis ojos—. Quiero que sepas que esto no se hace así; lo estoy haciendo como un favor, pero el protocolo es otro.

»Esto es solo para preparar un informe y presentarlo a mi superior. Después de eso, la investigación pasará a ser oficial.

—Lo entiendo, y no sabes cómo te agradezco que hagas todo esto por mí.

Pidió un café y yo un té. Si conseguía recuperar a su hijo, no iba a tener vida suficiente para agradecérmelo, dijo.

Lo dejé hablar, contarme todo: cómo era la convivencia, el comportamiento de ella con el niño… Y lo que no me contaba, se lo iba preguntando.

Estuvimos más de dos horas centrados en ese tema. No tocamos nada personal, hasta que, poco antes de levantarnos para irnos, él mismo abrió la puerta al pasado.

—Sé que ya me he disculpado contigo, pero quiero hacerlo otra vez. —Cogió aire—. No sabes cuánto me arrepiento de mi comportamiento. Si no hubiera sido tan cabrón, podríamos haber seguido juntos, y quién sabe, a lo mejor habríamos estado casados y con algún hijo. La cagué desde el primer momento contigo.

Sentí un nudo en la garganta que apenas me dejaba respirar.

—Primero, por miedo a perder mi empleo, y después porque estaba cómodo así. Te tenía cuando quería y con eso me bastaba. Siempre pensé en mí y nunca en cómo te hacía sentir.

—Nolan, no vale de nada hablar del pasado. Si pasó así, es porque no estábamos predestinados a estar juntos.

—Sabes que nunca he creído en el destino. Soy más de pensar que el destino nos lo buscamos nosotros mismos, y yo, con mi actitud, me busqué el mío… uno que ahora está muy lejos del tuyo.

No diré que sus palabras no me removieran sentimientos que creía muertos o, al menos, muy enterrados. Pero estaban saliendo a flote, empujadas por su voz. Y yo no quería que eso pasara. Si se lo permitía, volveríamos a lo de siempre. Aunque dijera que estaba arrepentido, no podía creerlo.

—No creo que debamos hablar más de esto. Será mejor que me vaya. —Iba a levantarme, pero su mano me lo impidió al sujetarme por la muñeca—. Nolan, de verdad, no quiero tocar más el pasado. Déjalo como está.

—Si no quieres que hablemos, es porque todavía queda algo de mí dentro de ti. Y te juro que si existe la más mínima oportunidad de luchar por ti, lo voy a hacer. Me da igual que tengas pareja o no.

—No puedes venir a decirme ese tipo de cosas. No merezco que intentes jugar de nuevo conmigo. Ya no soy la misma de antes.

»Ahora, antes de querer a alguien, me quiero a mí misma. —Me cabreé un poco—. Y para que lo sepas, soy feliz con Gael. Lo quiero, y me da todo lo que tú no me diste.

—Tú lo has dicho: lo quieres, pero no lo amas. Al menos no como me amaste a mí. Y si lo hiciste una vez siendo yo un cabrón, lo volverás a hacer, y esta vez con mucha más fuerza.

—Estás realmente mal si piensas así, Nolan. Déjalo estar. —Logré que soltara mi mano.

—Puedes decir lo que quieras, pero sé lo que he visto en tu mirada.

—Nena, ¿cómo lo has mirado? Mira que te tengo dicho que no puedes mirar a todo el mundo igual.

Me sobresalté al oír a Gael justo detrás de mí. Sin darme tiempo a reaccionar, me rodeó la cintura y me acercó a él. Y me besó. Pero no fue un beso cualquiera: fue suave, lento… y, por Dios, este hombre sabía cómo hacerlo.

—Perdona por interrumpir. —Lo miré con los ojos entrecerrados, intentando que Nolan no notara esa mirada—. Como sabía que ibas a venir en taxi, quise pasar a recogerte. —Miró a Nolan—. Hola, Nolan, ¿verdad? —Estiró la mano para saludarlo—. Soy Gael.

La tensión en Nolan era palpable: se le endurecieron las facciones y su mirada se oscureció. Se levantó despacio de la silla y, sin apartar los ojos de él, le estrechó la mano.

—Encantado, Gael. —La frialdad se podía cortar—. No hacía falta que vinieras, yo podría haberla acercado.

—Oh, no te preocupes, no me cuesta nada. Además, hemos quedado con mi cuñado.

Ahí estaba, dejando claro que era mi novio, pensé con ironía.

—¿Nos vamos, nena? —me preguntó con una sonrisa arrogante en los labios.

—Claro. —Le di la mano cuando me la ofreció—. Estamos en contacto; te iré informando —le dije a Nolan.

Salimos de la cafetería y el aire frío me golpeó la cara, obligándome a respirar hondo. Caminé unos pasos en silencio, intentando recomponerme. Aún podía sentir en los labios el eco del beso de Gael, ese maldito beso que había llegado en el peor momento posible.

No sabía si agradecerle el gesto o matarlo por lo que acababa de hacer. Había jugado su papel a la perfección, sí, pero también había removido algo que creía bajo control.

Por un instante, mientras me subía al coche, miré el reflejo del cristal y vi en mis propios ojos la mezcla de rabia, confusión y deseo que tanto me esforzaba en esconder. Y supe que la partida acababa de empezar.

Capítulo 10

Gael

Uy, la que me iba a caer encima no iba a ser moco de pavo, pero lo que disfruté al ver la cara que puso ese tío no tenía precio.

Y la de Dakota… fue para descojonarse. Me costó la misma vida no soltar la carcajada allí mismo, sobre todo cuando la besé.

Por cierto, le tenía que decir que debería interpretar mejor su papel, porque parecía un palo cuando la besé. Menos mal que la giré un poco para que él no la viera; de lo contrario, no hubiera colado.

Cuando estuvimos lo bastante alejados para que no nos oyera, habló ella:

—¿Se puede saber qué cojones has hecho? —dijo, visiblemente cabreada.

—Salvarte. Hubiera quedado fatal que cayeras rendida de nuevo a sus pies.

—Yo no hubiera hecho eso. Sé muy bien lo que quiero en mi vida, y a él no lo quiero en ella.

—Oh, amor mío, no puedes negar lo que se ve a simple vista —ironicé.

Me jodía que fuese tan terca. Podía decir misa, pero yo sí vi las miradas que se lanzaron el uno al otro.

No entendía cómo una mujer con el carácter de Dakota podía dejarse manipular de esa manera por un tío que la había tratado con la punta del pie. ¿No tenía un poco de amor propio? Era una auténtica mierda verla rebajarse así.

Soy de los que opinan que quien nace con una condición, muere con ella. Puede parecer que uno cambia durante un tiempo, pero tarde o temprano la máscara se cae sola y la verdadera personalidad termina saliendo a la luz.

—Estás muy equivocado, Gael. ¿Y a qué ha venido ese beso?

—Hombre, si no te hubiera saludado, habría sido raro. Y, por cierto, hablando del beso… creo que la próxima vez deberías implicarte un poco más si quieres que dé el pego.

—Me pillaste desprevenida. Además, no tenía pensado que nos besáramos, porque no pensaba que nos vieran juntos. Te dejé claro que solo nos haríamos pasar por pareja cuando no hubiese más remedio. Esto no estaba dentro de los planes.

—De igual modo, besas muy mal. ¿No te han enseñado nunca? —mentí, claro. Aunque ella no se había movido, sentir sus labios suaves me provocó un temblor interno—. Yo me ofrezco voluntario para enseñarte. No me costaría nada practicar. Pero solo como favor, ¿eh? No vayas a pensar que me hace mucha ilusión.

La pinché a propósito. Me encantaba verla sonrojada por la rabia contenida. Lo sé, era un capullo… pero era su capullo, aunque ella todavía no lo supiera.

Conocía a Dakota desde hacía muchos años. Tantos, que ni recuerdo cuántos. Y no voy a mentir: desde el primer día me pareció preciosa. Sería ridículo negarlo. Tenía una cara angelical, con rasgos suaves, dulces, unos ojos que te atrapaban con solo mirarte, y unos labios carnosos, rosados, con forma de corazón. Unos labios que, desde la primera vez que los vi, quise probar.

No lo hice. Hasta hoy. Y me jodió haberlos probado por una mentira, por un papel falso, cuando lo que hubiera querido era que me besara alguna vez

por voluntad propia.

Sabía que eso no iba a pasar en la vida. No sé qué falló entre nosotros, pero desde el primer día me hizo la cruz. Creo que no encajó la primera broma que le solté y desde entonces nos metimos en una guerra dialéctica de la que ninguno sabía salir.

Ella, porque no podía dejar sin respuesta una provocación mía. Y yo, porque era la única forma que tenía de llamar su atención.

Me gustaba desde que la conocí, y el único que lo sabía era Adriel. Un día me pilló haciéndole una foto a su hermana a escondidas. No fue con fines raros ni mucho menos.

Simplemente, no pude evitarlo: estaba montada en su moto, con el mono ajustado que usaba para correr… madre mía, el cuerpo que le hacía ese mono. Una auténtica tentación para cualquier hombre. Tenía un codo apoyado en el depósito, la cara girada hacia su hermano, el pelo cayéndole sobre el hombro y esa sonrisa… joder, esa sonrisa.

La hice porque quería tener un recuerdo, sabiendo que nunca la iba a tener a ella.

—Te puedo asegurar que no necesito que me enseñes a besar; sé hacerlo muy bien. —Pensé: *sigue así, preciosa*—. Si quisiera hacerlo, te aseguro que jamás podrías olvidarme. Lo que pasa es que la miel no está hecha para el asno.

Tan directa y con la lengua tan afilada como siempre.

—¿Me acabas de llamar burro? —No pude disimular la sonrisa—. Lo de burro no será por lo que dije el otro día sobre mi miembro, ¿verdad? —Y mi valiente peleona se ruborizó aún más.

»No le tengas miedo; entre tú y yo —me acerqué un poco, rozándole casi el lóbulo con los labios—, no es tan grande, pero sí lo suficiente para hacerte temblar.

Conseguí lo que quería: dejarla callada. Y aunque lo negara, disfrutaba de esta guerra tanto como yo, sobre todo desde que empezó el juego.

—¿Te ha comido la lengua el gato, amor?

—Para ya. No hace falta que me sigas buscando la boca. Hoy has ganado tú.

—Cariño, me gustas más cuando eres peleona y no te rindes. Que me plantes cara. La Dakota callada y sumisa no me va. Yo no soy como el imbécil ese que jugó contigo tanto tiempo. No te quiero en silencio ni diciéndome que sí a todo. —Acorté la distancia entre los dos.

»Así que, delante de mí, jamás te des por vencida. Aunque puedo entender por qué lo has hecho… soy tan irresistible que te he puesto nerviosa.

—Eres irresistiblemente odioso. —Solté una carcajada al oírla.

—Puedo llegar a serlo un poco más. Eso va a depender de ti. —Le guiñé un ojo y le tendí el casco de repuesto—. Póntelo, te llevo a casa. ¿O tienes que ir a otro sitio?

—No, lo que tenía que hacer por hoy ya lo he hecho. —Se montó en la moto—. ¿Por qué tengo que ir de paquete?

—Porque la moto es mía. Además, no recuerdo haber dicho que te la iba a dejar.

—No, pero sí hiciste una apuesta.

—Todavía no la has ganado —le contesté—. Me pregunto qué voy a hacer con dos motos. Sí, definitivamente, creo que la tuya la venderé.

Ahí le di donde más dolía.

—Antes de que hagas tal cosa, despedazo la tuya pieza a pieza —dijo, subiéndose por fin—. Hace años que no iba de paquete.

—¿Recuerdas que tienes que sujetarte o tengo que dar un acelerón para que lo hagas? —bromeé. No pensaba correr, pero quería que me rodeara la cintura. Quería sentirla.

—Tú encárgate de conducir, que ya veré yo cómo hago para no caerme.

Así me gustaba: dura y con respuesta para todo.

Al final me rodeó con los brazos, y lo que no esperaba era sentir sus pechos rozándome la espalda. Me cagué en todo. Dios, esto era demasiado.

Me estaba viendo venir que iba a acabar quemándome, y nunca fue más cierto que en ese momento: por mi cuerpo corría puro fuego.

Llegamos a la puerta de su casa. No me bajé, no porque no quisiera, sino porque no quería que notara la erección que se me había formado. Me quité el casco y me pasé los dedos por el pelo. Ella se quitó el suyo, me lo entregó y se dispuso a irse.

—¿Ni un gracias? Aunque, si me das un beso de despedida, sería mucho mejor. —Pasé la lengua por mis labios para humedecerlos.

—Gracias por el trayecto. Ahora entiendo por qué siempre te gano en las carreras. Cariñito, te hace falta aprender mucho. —*Capulla*, pensé.

—¿Sabes dónde no necesito aprender nada y te ganaría en resistencia?

—Ni lo sé, ni me interesa.

—No importa, te lo voy a decir igual, para que lo imagines… y sueñes conmigo. —La sujeté por la cintura antes de que se apartara y la atraje hacia mí—. En la cama. Bueno, para eso ni siquiera hace falta una cama —susurré cerca de sus labios, sin apartar la mirada—. ¿Sabes cuál es una de mis fantasías? Hacerlo encima de mi moto.

—Gael… —Su voz sonó más a deseo que a protesta—. No puedes decirme esas cosas —me miró con súplica—, no cuando nos odiamos.

—Yo no te odio. Nunca lo he hecho. Simplemente, nunca me has dejado acercarme. ¿Tú sí me odias?

—No te odio, pero creo que no deberías seguir por el camino que estás tomando.

—¿Por qué? ¿Todavía sigues enamorada de ese tío? —No debería haberlo dicho, lo sabía. Me precipité al mostrar mis cartas tan rápido. Mi idea era conquistarla poco a poco. Pero me pudieron los celos.

—No. Es verdad que, cuando lo vi, algo se removió dentro de mí, pero no lo quiero. Quizás solo fueron los recuerdos. No lo quiero, y mucho menos lo quiero de vuelta en mi vida. No te voy a negar que pensé en el típico «¿y si…?», pero hasta ahí llega la cosa.

Era la primera vez que me hablaba tan en serio. Y la primera vez que yo le mostraba que me importaba.

—Con el tiempo te haré cambiar de opinión —le dije—. Conseguiré que me veas como algo más que tu enemigo.

La dejé ir. Por el momento, no quería tensar tanto la cuerda.

La vi caminar hasta la puerta y meter la llave en la cerradura sin mirar atrás. Joder, esa mujer iba a ser mi perdición.

Encendí el motor solo para disimular lo que realmente me estaba quemando por dentro. El rugido de la moto fue lo único que logró acallar el eco de su voz en mi cabeza.

Lo tenía claro: si quería jugar, yo también sabía hacerlo… pero esta vez pensaba ganar.

Capítulo 11

Dakota

—Se ha vuelto loco, te lo juro, Bera —le dije a mi amiga por teléfono mientras caminaba de un lado a otro del salón, con el móvil pegado a la oreja.

—Estoy flipando, tía. Con lo mal que os habéis llevado siempre, y ahora sale con esto.

—Como lo oyes. Y lo más increíble de todo es que sentí mariposas en el estómago cuando me besó. ¡Mariposas! Joder, Bera, esto no me puede estar pasando.

—Amiga, estás en serios problemas. Ya sabes lo que dicen, del amor al odio hay un paso… pues tú lo estás dando al revés.

—A ver, tampoco es que lo odiara. Simplemente, no nos llevábamos bien. Él me picaba, yo le respondía, y así hemos estado años. Una guerra continua.

—Tía, sé sincera conmigo. —Su voz sonaba divertida, como si estuviera disfrutando del drama—. ¿Nunca te ha gustado? Pero antes de que empezara todo el tira y afloja, ¿no pensaste que era guapo?

—Bera, por favor. Tienes ojos en la cara, ¿qué crees que pensé? Es un bombón de hombre, eso no lo voy a negar. Solo con mirarlo sabes que tiene peligro. Pero en aquel momento estaba ciegamente enamorada de Nolan, y para mí no existía otro hombre en el mundo.

—No sé, Dakota. Desde ya te digo que ni se te ocurra volver a caer en manos de ese cabrón. Nolan no fue bueno para ti antes, y no lo va a ser ahora.

Tenía la cabeza hecha un lío monumental. Jamás habría imaginado que Gael pudiera verme como algo más que la hermana de su mejor amigo, o peor aún, como su enemiga número uno. Y, sin embargo, ahí estaba, diciéndome esas cosas, mirándome de esa forma.

Y lo más aterrador era que yo también había sentido algo. No sabía qué, pero algo.

—Eso lo tengo clarísimo. Si ahora mismo tengo trato con él es porque quiero ayudarle, nada más. Si no fuera por el caso, ni le hablaría. Tú, mejor que nadie, sabes lo que me costó recomponerme después de Nolan.

—Vale, vale. Pero pongámonos serias. Si pusieras en una balanza a Nolan y a Gael, ¿con quién te quedarías?

—No lo sé. Nolan está completamente descartado, eso lo tengo claro. Pero Gael… —Me quedé pensativa, mordiéndome el labio inferior—. Gael me descoloca.

—¿Gael, qué? —Su tono se volvió cómplice.

—Es que no sé explicarlo. Hoy, por primera vez, he sentido algo diferente. No sé si fue por el beso o porque me defendió delante de Nolan, pero… hubo una conexión. No de esas románticas, más bien eléctrica.

—¿Y por qué no te das una oportunidad de averiguarlo? Total, como mínimo te llevas un par de orgasmos memorables —dijo riendo.

—Bera, por favor. —Aunque, en el fondo, su comentario me arrancó una sonrisa—. No puedo hacer algo a lo loco. Además, si las cosas salieran mal, se complicaría todo. Mi hermano es su mejor amigo, no quiero meterme en medio.

—Tía, si un hombre me dice que quiere hacerlo conmigo encima de su moto, me tiemblan las piernas. ¿Sabes el morbo que da eso?

—Dímelo a mí, que se me erizó la piel solo de escucharlo. Lo malo sería que se rompiera el soporte central y acabáramos los dos en el suelo.

—Mientras sigáis «conectados», no pasa nada. —La muy perra se moría de risa.

—Eres una cabrona por reírte de mí. Y Gael, otro, por hacer que esa imagen no se me vaya de la cabeza.

—Dakota, ahora en serio. —Se serenó un poco—. Si yo fuera tú, lo llamaría. Lo invitaría a cenar. No tienes que hacer nada raro, solo dejarte llevar. Si surge algo, genial. Y si no, al menos te reirás un rato.

—O encontrarán nuestros cuerpos flotando en el río —ironicé.

—Mujer, tampoco exageres. Alguno de los dos saldría vivo.

—Sí, pero con secuelas. —Reí con ella—. No sé en qué estado, eso sí.

—¿Sabes lo que pienso? Que vosotros dos, en la cama, seríais dinamita pura. Fuegos artificiales.

—Bera, por favor, que no ayudas nada.

—Todo lo contrario, te estoy ayudando más de lo que crees —suspiré. Sabía que, aunque bromeara, en el fondo decía la verdad.

—Ya veré qué hago. No puedo tomar decisiones a lo loco. Hoy me ha removido algo, pero… eso no significa nada.

—Haz lo que quieras, pero te lo digo en serio: Gael es el hombre que llevas años esperando sin darte cuenta. Lo siento aquí. —Se dio unos golpecitos en el pecho—. Es un pálpito.

—Pálpito el que te daba yo a ti. Y aunque fuera verdad, ni loca lo admitiría. Si lo hago antes que él, se queda con mi moto.

—Eres tonta. Si él se queda con la moto y tú con él, sales ganando por goleada. Te quedas con el bombón y con las dos motos. A veces me pregunto

cómo llegaste a ser policía.

—Haciendo favores, no te jode.

—Oye, cambiando de tema —dijo entre risas—, ¿tú crees que os costará mucho encontrar a Katia y al niño? Aunque Nolan no me caiga bien, me da pena lo que está viviendo.

—A mí también. Independientemente de lo que pasó entre nosotros, nadie debería pasar por algo así. Es inhumano.

—No soy madre, pero por mucho que intente ponerme en su lugar, sé que ese dolor solo lo entiende quien ha tenido un hijo.

—Sí… —Me quedé en silencio un momento—. Tengo la sensación de que este caso no será difícil. Cuando mañana empiece a tirar del hilo, seguro que los localizamos rápido. Y al ser una intervención nuestra, la extradición será inmediata. En cuanto sepamos dónde están, viajaré yo misma a por ellos.

Me despedí de Bera poco después. Tenía la mente a mil por hora.

Me senté frente al ordenador, intentando concentrarme en el informe, pero las imágenes de Gael seguían apareciendo. Su sonrisa arrogante, su forma de mirarme, la calidez de su cuerpo pegado al mío en la moto. Joder, todavía podía sentir su olor en la chaqueta.

Quería terminar ese caso rápido, por muchas razones. Nolan merecía tener a su hijo, sí, pero también porque necesitaba alejarme de los dos. De Nolan, por lo que representaba. De Gael, por lo que empezaba a representar.

Mis pensamientos iban saltando como una montaña rusa. Una parte de mí quería encerrarse en casa y no volver a verlo. La otra, la que hablaba más bajito pero con más fuerza, quería volver a sentir ese temblor en el estómago.

Con lo tranquila que estaba hace unas semanas, y va mi padre y me mete en este lío.

Al principio se lo tomó fatal: por mí, por Nolan, por todo. Menos mal que mi madre ayudó a calmarlo, como siempre.

Demian fue otro cantar. Se puso hecho una furia. Dijo que no quería cruzarse con ese hombre, y si lo hacía, se lo dejaría bien claro. Cuando mi hermano se encabezonaba, no lo paraba ni Dios.

Mi madre, en cambio, solo dijo una cosa, con esa sonrisa suya de medio lado:

—Por lo menos, algo bueno ha salido de todo esto. Tendrás que pasar más tiempo con Gael.

Una capulla, con todas las letras. Y, por si fuera poco, ya estaba planeando una comida «casual» en casa. Una de esas en las que nada es casual. Invitaría a Nolan, claro, y yo tendría que aparecer con mi supuesto novio. Lo dicho: una capulla. Pero de las grandes.

Capítulo 12

Nolan

El superior de Dakota pidió que fuera a la central. Aunque ella había hecho un informe minucioso y muy detallado, él y el resto del equipo querían hacerme varias preguntas.

No fueron incómodas; las contesté todas con naturalidad. No tenía por qué mentir, ni mucho menos, no había nada que ocultar.

Me informaron de que ya se habían puesto en marcha, pero no podían asegurarme cuánto les llevaría. Entendía que no pudieran darme un plazo aproximado: por mucho que pensaran que sería rápido, las cosas podían complicarse, o Katia podría haber dejado pistas falsas para despistar.

No sabía hasta qué punto era inteligente, pero mala leche tenía, y mucha. Había sabido engañarme como nadie. No solo me engañó en su forma de ser: lo peor fue que me hizo la vida imposible desde el momento en que nos casamos.

Esos casi tres años de matrimonio fueron como vivir dentro de una prisión invisible. Me controlaba todo: los horarios, las llamadas, las amistades. Poco le faltó para cronometrarme el tiempo que tardaba en el baño.

Ahora estaba de moda decir que habías tenido una pareja «tóxica», pero al lado de Katia, esas personas parecían santos.

Si no intenté separarme antes, fue por mi hijo. Tenía miedo de que hiciera exactamente lo que acabó haciendo, aunque si soy sincero, nunca creí que fuera capaz de llegar tan lejos.

Aprovechó un día en el que tenía un juicio largo para coger todo lo que pudo y marcharse con el niño. Desde entonces no había vuelto a saber nada de ellos.

Le pregunté a su familia, pero me juraron que no sabían nada. No los creí. Por eso me aposté cerca de sus casas varios días, vigilando por si la tenían escondida. No la vi, y por lo que parecía, tampoco había pasado por allí.

Esa impotencia me comía por dentro. Saber que tu propio hijo puede estar a kilómetros de ti, sin poder abrazarlo, sin saber si está bien, te revuelve el alma. A veces me despertaba en mitad de la noche pensando que lo oía llorar, y no había nada que doliera más que abrir los ojos y darme cuenta de que no era real.

Al salir de esa reunión, me crucé con Dakota. Ella no había estado presente, así que le pregunté si quería tomar un café conmigo. Me dijo que estaba muy ocupada con otro caso y que lo sentía, pero no tenía tiempo.

Fue una simple excusa, lo supe en cuanto desvió la mirada. Aunque hubiera cambiado en estos años, seguía teniendo gestos que la delataban. Y también sabía que, si no quedaba conmigo, era por ese hombre con el que estaba.

No sabía qué estaba pasando entre ellos, pero algo no iba bien. Cuando él se acercó y le dio ese beso, noté cómo Dakota se tensaba; no le correspondió como lo hacía cuando la besaba yo. Otro indicio claro de que algo no marchaba bien.

Eso no fue todo. Los observé desde la mesa en la que me quedé sentado. El tipo tenía la moto aparcada en la acera de enfrente, y desde allí podía ver sus gestos y miradas mientras hablaban. Todo me llevó a pensar que su relación estaba más muerta que viva. Y ahí, justo ahí, sería cuando intentaría reconquistarla.

Tenía que jugar bien mis cartas, porque ahora no iba a ser tan fácil convencerla como antes. Me iba a costar lo mío, pero, a como diera lugar, lo iba a intentar.

Nuestra historia no podía terminar como lo había hecho. Y si el destino nos había vuelto a cruzar, sería por algo. Puede que suene a locura, pero me negaba a aceptar que fuera de otro modo.

Uno de los problemas era que el capullo con el que estaba tenía a todos a su favor, mientras que yo los tenía a todos en contra.

Su mejor amiga no podía ni verme. Hacía tres años que no la veía, pero estaba seguro de que eso no había cambiado. Tampoco la culpaba: en su lugar, habría hecho lo mismo.

Mi jefe ya había dejado clara su postura. Y sus hermanos… bueno, mejor no hablar de ellos.

Aun así, no pensaba rendirme. No podía hacerlo. Nuestra historia no podía acabar así.

A media tarde la llamé con la excusa de preguntar si tenían alguna novedad. En realidad, no era excusa: me moría por saber de mi hijo. Pero aproveché la llamada para insistirle en que cenáramos juntos, que de algún modo tenía que agradecerle su ayuda.

Le costó aceptar. Lo noté en sus silencios, en las pausas entre frase y frase. Pero al final accedió, y quedamos para esa misma noche.

Habíamos acordado encontrarnos directamente en el restaurante. No quiso que la recogiera, y además me lo dejó claro: *«Esto no es una cita, Nolan. Estoy muy bien con mi pareja y te estoy diciendo que sí, porque entiendo lo que estás pasando.»*

Me hizo gracia cuando la vi aparecer, no por cómo venía vestida, sino por lo bien que me conocía.

Llevaba unos pantalones de vestir marrón oscuro, un jersey de punto suelto color *beige* y unas bailarinas del mismo tono. Venía preciosa, eso no lo podía

negar, pero supe enseguida por qué había elegido esa ropa: me estaba enviando un mensaje.

Sabía perfectamente que, cuando la veía con vestidos o faldas, me volvía loco. Por eso, con su atuendo de esa noche, me estaba dejando claro su postura. Era como si su atuendo fuera una barrera: una forma de decir «no pienses que vengo a reconquistarte».

Claro, pensé. *Demasiado tarde, nena, un pantalón no me iba a detener.*

—Buenas noches —dijo al llegar hasta mí. Me levanté para saludarla, besándola tan cerca de la comisura de los labios como me atreví—. Espero que no lleves mucho tiempo esperando.

—Buenas noches. No te preocupes, acabo de llegar. —Le sonreí como solía hacerlo antes—. Estás preciosa.

—Gracias, Nolan, pero mejor no vayas por ahí… que te conozco demasiado bien. —Sonreí de medio lado.

—No he dicho nada malo, solo que estás preciosa. —Levanté las manos en son de paz—. ¿A tu novio no le importa que hayas quedado con tu ex?

—Tú no eres mi ex, Nolan. No lo eres porque nunca tuvimos una relación como tal. No nos engañemos.

—Estuvimos muchos años juntos. —Me defendí.

—Sabes que no fue una relación. Solo venías a verme cuando te apetecía, y eso no es estar juntos, ni aquí ni en ninguna parte del mundo.

—Sin embargo, estabas enamorada de mí. —No empezábamos con buen pie la noche.

—Eso no te lo voy a negar. Tanto digo una cosa como digo la otra. Pero como tú bien has dicho, estaba enamorada. Ya no siento nada por ti. —Nos sentamos frente a frente—. ¿Qué es lo que buscas, Nolan? Sé sincero.

Muy bien, si eso era lo que quería, eso le daría.

—Busco que me des una oportunidad, que me dejes estar a tu lado. Que tengamos lo que antes no tuvimos por mi culpa. Quiero estar contigo en todos los aspectos; que dejes a ese hombre, que sé que no quieres, y que me dejes demostrarte que he cambiado y que ahora voy en serio. —Me escuchó atentamente, sin interrumpirme.

»Nunca te he mentido. He podido ser un cabrón contigo, pero he sido un cabrón sincero.

—Y por eso mismo sé que ahora no lo estás siendo.

—¿No te entiendo?

—Tú lo que quieres más que nada es sexo, por eso tanta insistencia.

—No, no lo niego, pero tampoco voy a fingir. Mucho menos sabiendo lo bien que nos iba en la cama.

—Una relación no es solo sexo, Nolan, por mucho que disfrutáramos cuando lo hacíamos. He quedado contigo porque pensé que necesitabas apoyo, porque de verdad creí que estabas destrozado por tu hijo.

»Pensé que querías desahogarte con alguien que te conociera, dejar salir tu dolor y tus miedos. No soy tonta: sabía que ibas a intentar algo, o al menos soltar algún comentario, pero no esperaba que fuese de este modo.

—Me pediste sinceridad, y eso es lo que te he dado.

—Y te lo agradezco. Pero te pido que no sigas por ese camino. No vuelvas a insinuar nada, porque yo sí respeto a mi pareja. Lo quiero. Soy feliz con él. No necesito a nadie más, porque Gael me da todo lo que tú no supiste darme. Con él me siento bien, querida, valorada, como pareja y como mujer.

—Entonces no entiendo qué haces aquí, si tanto lo quieres. Fuiste tú quien pidió sinceridad, y eres la que está mintiendo.

—Tienes razón, no sé para qué cojones he venido. Tal vez porque sigo siendo la misma tonta de siempre, la que sufre al ver cómo alguien se hunde. Pero ahora me doy cuenta de que en realidad no estás sufriendo por tu hijo como pensé. Desde que he llegado no me has preguntado ni una sola vez por la investigación.

Había cambiado, y mucho. Antes no me habría hablado así. Antes, con un par de palabras bonitas, la habría tenido comiendo en la palma de mi mano.

Pero ahora no se dejaba llevar por los halagos. Ahora presentaba batalla, ahora era fuerte. Y esa nueva versión suya, tan segura, tan firme, me gustaba más de lo que debería.

¿Había sido mi imaginación la que me hizo creer que aún podía haber algo entre nosotros? Quizás. Porque, después de oírla, me di cuenta de que no.

No quería que se sintiera incómoda conmigo, ni mucho menos obligarla a revivir algo que para ella ya era pasado.

Solo me quedaba aceptar que no había marcha atrás, que por una vez en mi vida tenía que asumir que la había perdido para siempre.

El peso de la culpa volvió a caerme encima.

Tenía que aceptar que, si ella era feliz, me tocaba aprender a verla volar… aunque fuera de la mano de otro.

Me disculpé con ella después de asumir mi derrota. Le prometí que no volvería a intentar nada ni a insinuarle cosas, pero también le dejé claro que estaría ahí siempre que me necesitara, aunque solo fuera como amigo.

Salí del restaurante con un nudo en el estómago y la sensación de haber cerrado una puerta que nunca debería haber abierto. Pero, aun así, mientras la veía alejarse, no pude evitar pensar que tal vez no todo estaba perdido. Que, en algún rincón de su mirada, aún quedaba algo.

Y si existía una mínima posibilidad… iba a encontrar la forma de hacer que me volviera a mirar como antes.

Capítulo 13

Gael

No sé para qué mierda me dijo que tenía que fingir que era su pareja, si después la muy tonta quedaba con él.

Esto era para mear y no echar ni gota.

Y jodía mucho, porque a él, que la había tratado durante años con la punta del pie, le aceptaba una puta cena, y a mí ni siquiera se planteaba aceptarla. Joder, ya sabía que siempre habíamos tenido nuestros más y nuestros menos, pero en todo momento desde el respeto. Jamás salió de mi boca una mala palabra dirigida a ella. Al contrario, siempre la valoré. Vale, nunca lo dije en voz alta, pero me parecía una mujer de las que ya no se fabrican.

Y aquí estaba yo, en mi casa, pensando que ella estaría con él. Y encima, si pasaba algo entre ellos, iba a quedar como el mayor cornudo de la historia. Aunque lo que pensaran o dijeran los demás, básicamente, me importaba una mierda.

La rabia que me daba era que ese imbécil se iba a creer de verdad que ella me había engañado con él. En qué momento accedí a hacer este papel que me estaba poniendo enfermo.

Más me hubiera valido decir que no y seguir quedando ante ella como el borde y el imbécil que no la podía ni ver, aunque la realidad fuera otra muy distinta.

No. Yo tenía que quedar como un gilipollas ante ella, reconociendo que me estaba volviendo loco. Que me gustaba. Joder, Gael, es que más tonto y no naces. Vamos a ver, si en todos los años que nos conocemos no se había fijado en mí, no lo iba a hacer ahora.

Me levanté por una cerveza. No me iba a emborrachar, ni me gustaba perder la cabeza por culpa del alcohol, pero necesitaba algo que me ayudara a calmar la rabia… o la impotencia.

Estaba en la cocina sacando la botella del frigorífico cuando sonó el timbre. Me pareció raro por la hora y porque no estaba esperando a nadie.

Fui a abrir, descalzo. En casa me gustaba andar así, libre, sin nada que me apretara. Llevaba un simple pantalón de pijama y nada más. No esperaba visita, pero eso era lo de menos.

Cuando abrí la puerta, la sorpresa me dejó congelado. No me lo esperaba. Ella, delante de mí. Dakota. Y para colmo, recorriéndome con la mirada como si estuviera valorando cada centímetro de piel que tenía al descubierto.

—Hola —dijo con timidez. ¿Desde cuándo ella era tímida conmigo? Si normalmente me dejaba hecho polvo con solo una frase—. Mi hermano me ha dado tu dirección, espero que no te importe que me presente de improvisto y a estas horas.

¿Molestarme? No por Dios, más bien todo lo contrario.

—Hola. Te hacía en tu cita con ese tío.

—¿Vamos a hablar en la puerta o me vas a dejar pasar? Oye, que si estás acompañado y no quieres que entre, lo entiendo. Solo dime que no es buen momento y me voy por donde he venido.

Le recorrí el cuerpo con la mirada. Venía vestida de forma sencilla, sin nada provocativo, pero con ella la sencillez era un arma. Unos pantalones de vestir marrón oscuro, un jersey de punto suelto color *beige* y el pelo algo despeinado. Perfecta sin quererlo.

Al no contestarle de inmediato, se giró para irse.

—¿Dónde vas? —La detuve, cogiéndola de la mano—. ¿No te parece que me has hecho una visita muy corta?

—Te he preguntado si me dejabas entrar y no me has contestado. He dado por hecho que no querías que lo hiciera.

—Ese es uno de tus problemas, que das por hechas muchas cosas. Y no todas son ciertas. —Me eché a un lado, abriendo paso—. Entra, si no te da miedo quedarte a solas conmigo.

—Si me diera miedo, no hubiera venido, ¿no crees? —Así me gustaba más, cuando no se quedaba callada.

—Todavía no me has dicho qué haces aquí, cuando deberías estar en tu cita. —Lo de «cita» lo solté con toda la ironía del mundo, aunque por dentro ardía.

—Fui a cenar con Nolan, pero no dejaba de pensar en ti. No llegué ni a los postres. No sé qué cojones le has hecho a mi mente, y me da rabia —admitió, y juro que en ese instante me sentí el puto rey del mundo.

»Yo solo quería darle la oportunidad de hablar conmigo. Me sentía mal si no lo hacía. Pero… —Con ese «pero» se detuvo, y mi corazón también.

—¿Pero qué? —Quise saber. Si había pasado algo, iba a buscarlo y dejarle las cosas claras.

—Pero, en lugar de hablar de su hijo, se dedicó a soltarme indirectas. Bueno, directas, más bien.

Apreté los puños. El muy imbécil seguía sin entender nada.

—¿Y tú qué hiciste? —pregunté, necesitándolo casi como el aire.

—Me estás viendo aquí, creo que con eso te contesto todo. Pero si quieres las palabras exactas… —Se acercó hasta quedar frente a mí, tan cerca que podía oler su perfume—. Le dije que no pensaba engañar a mi novio. Que lo quería. Que no le iba a dar una oportunidad ni ahora ni nunca. Que tú ya me dabas todo lo que necesitaba. Que me hacías sentir una mujer amada y deseada…

No la dejé terminar. La cogí por las mejillas y acerqué mis labios a los suyos. Quería asegurarme de que ese deseo era compartido. La miré, buscando una señal. Ella asintió.

No lo dudé. La besé con todas mis ganas, recorriendo con mis labios el contorno de los suyos, calentándolos, tentándolos. Sabor a fuego, a piel, a lo prohibido.

Su lengua se abrió paso entre la mía, explorando, reclamando, devorando. Las respiraciones se entrecortaban, los cuerpos se pegaban, y el mundo dejó de existir.

Separé nuestras bocas solo para respirar, con la frente apoyada en la suya.

—Joder, Dakota… la de años que hemos estado haciendo el tonto cuando podríamos haber estado así.

—¿Tú crees que necesito aprender a besar?

—Todavía te queda algo por aprender.

—Entonces será mejor que me vaya y practique con otros. —Capulla.

—No te preocupes, a mí no me cuesta nada enseñarte. ¿Para qué buscar a otros cuando me tienes a mano?

—No quiero que te sientas incómodo… ni en la obligación. —Dios, cómo disfrutaba esta guerra.

—Serán incómodos los primeros cincuenta besos. Después, podré ir tolerándolos mejor. Si nos quedamos toda la noche practicando, mañana por la mañana podrías aprobar.

La cogí por la cintura y la empujé suavemente hacia la pared.

—Tienes que empezar con besos suaves, repartidos por aquí y por allá… tentando a tu pareja —susurré antes de besarle el cuello, la mandíbula, el lóbulo.

—Otra cosa que pone mucho es que te cojan el labio inferior entre los dientes y tiren con suavidad —lo hice—. Y cuidado con las babas, eso es asqueroso.

Ella gruñó, y no pude evitar sonreír sobre sus labios.

—Gael, como sigas por ahí, me voy a ir y te vas a quedar con las ganas de enseñarme nada.

—Muñequita, hasta que no hagas el máster completo…

—Cariñito, ¿sabes lo que va a pasar?

—¿El qué, muñequita?

—Como me vuelvas a llamar así, te voy a enseñar el máster que tengo en cascar pelotas. Y te aseguro que obtuve mención honorífica.

Madre mía… en vez de bajarme la temperatura, me la subió el doble.

—¿Entonces cómo prefieres que te llame? ¿Amor mío? ¿Conejita? ¿Cielito? ¿Ratoncita?

No lo pensó dos veces. Me cogió de los testículos. La primera impresión la dejó boquiabierta, aunque se repuso rápido. Apretó un poco, solo lo justo para advertirme.

—Ni uno de esos nombres, ¿me has entendido?

—Nena, alto y claro. Pero como sigas tocando ahí, el máster va a acabar en prácticas.

—Eres irresistiblemente odioso.

—Voy a empezar a creerme que de verdad me ves irresistible. Es la segunda vez que me lo dices.

—¿Solo te quedas con la primera palabra? La de «odioso» no te dice nada.

—La primera tiene mucho más peso, te lo aseguro.

—Te crees que eres muy gracioso, y esa gracia te la voy a meter por el culo.

—Mmm, me encanta cuando eres peleona. Aunque lo de meter por el culo prefiero hacerlo antes de que me lo hagan… pero si te hace ilusión, te puedo dejar que me metas la puntita del dedo. Total, dicen que los hombres tenemos el punto G ahí.

—Eres imposible. —Empezó a acariciarme el pene, ese mismo que estaba a punto de reventar.

—Te encanta que sea así, no lo niegues. —Ronroneé cerca de su oreja.

Saqué la lengua y se la pasé por el lóbulo. A Dakota se le escapó un suspiro.

—Todavía no estoy segura de que me encante, pero tú, por si acaso, sigue. A lo mejor eres capaz de conseguirlo… o, por el contrario, me causas el efecto opuesto.

—Mmm… —Restregué mi miembro con su mano, haciendo un movimiento de cadera—. Me encantan los retos, y no suelo perder ninguno.

—Te recuerdo que pierdes siempre que te reto con la moto —murmuró después de morderme en la línea de la mandíbula.

—Creo que tenemos demasiada ropa. Tú un poco más que yo, y aquí dentro empieza a hacer demasiado calor, ¿no crees?

Capítulo 14

Dakota

Esta no era mi idea cuando decidí venir a su casa. Bueno… quizá, en el fondo, sí. Tal vez una parte de mí lo había deseado, aunque mi mente se negara a reconocerlo. Quería hablar, aclarar las cosas, poner límites, entendernos… o eso me repetía.

Pero a veces la cabeza y el cuerpo van por caminos distintos. Y, en ese momento, los dos parecían hablar en idiomas opuestos.

Me había quitado el jersey y los pantalones, quedándome ante él en ropa interior. Un conjunto negro sencillo, sin encajes, sin adornos, sin la más mínima intención de resultar provocativo. Me lo había puesto por pura comodidad, sin pensar en que alguien lo vería.

Y, sin embargo, ahí estaba yo, semidesnuda frente a Gael, con la respiración entrecortada y las piernas flojas.

—Madre mía, Dakota, si cuando te veo con el mono de carrera me tengo que controlar para no saltar sobre ti, viéndote así no me detendría ni Dios —dijo con esa voz grave que le salía desde algún lugar muy profundo.

Aquellas palabras me atravesaron como una descarga. Estábamos en el salón, la luz tenue filtrándose desde la lámpara del rincón. Me giró, pegando mi espalda a su pecho ancho, cálido y sólido como una pared viva.

Sentí su respiración sobre mi cuello. Su pecho subía y bajaba despacio, y el roce de su piel me hizo estremecer. Podía oler el jabón de su ducha mezclado con el aroma masculino de su cuerpo.

Dios… qué error haber venido. Qué error, y qué bendición.

Porque cuando me abrió la puerta, medio desnudo, con ese pantalón de pijama colgándole bajo las caderas, me quedé muda. No pude mirar a otro sitio. Era una visión de pecado: pectorales definidos, abdominales marcados, y esa V que se perdía bajo la tela fina.

Creí que me iba a dar algo, y antes de morir tenía que saber cómo se sentía tocarlo.

Con él detrás de mí, me guio despacio hacia otra zona de la casa. Mientras caminábamos, metió una mano por dentro de mis bragas. El tacto de sus dedos fue lento, pero seguro, como si conociera el mapa de mi cuerpo de memoria.

—Mmm… depilada. No sabes cómo me pone eso. —Ronroneó sobre mi cuello y, para que notara que era verdad lo que acababa de decir, restregó su miembro, todavía cubierto por el pantalón del pijama, contra mi trasero.

No tenía ni idea de a dónde nos iba a llevar todo esto. Si acabaríamos como siempre, discutiendo, o si cruzaríamos un punto de no retorno. Pero en ese instante no me importaba nada. Solo quería sentir, disfrutar del ahora, del hoy, segundo a segundo.

Sus dedos se iban moviendo sobre mi pubis, provocando con cada roce, sin llegar a profundizar, tentando el camino que sería mi perdición.

Con la otra mano me bajó la copa del sujetador, dejando mi pecho expuesto. Sentí el aire fresco rozando la piel.

Sus dedos se movían con destreza, trazando círculos, rozando, tentando. Era tan paciente… parecía disfrutar más del recorrido que del destino.

Su otra mano subió hasta mi pecho, bajó la copa del sujetador y lo dejó libre. Sentí el aire fresco sobre la piel y, un segundo después, su palma firme

abarcando mi pecho. Lo acarició, lo amasó, lo pellizcó con suavidad.

Mi cuerpo respondió con un gemido bajo, casi un suspiro, que me salió sin permiso.

—Eso es… así —susurró contra mi cuello, y cada palabra me encendía un poco más.

Dejé caer la cabeza sobre su pecho, cerrando los ojos. Su respiración chocaba con mi mejilla y me hacía temblar.

Llegamos a una puerta cerrada. La de su dormitorio. Supe que si la cruzaba, ya no habría marcha atrás.

—Nena, abre la puerta, porque yo no pienso apartar las manos de tu cuerpo —dijo antes de deslizar un dedo entre mis labios íntimos—. Joder, estás empapada.

—Gael… —Jadeé, sin poder pensar con claridad. Solo quería que siguiera, que no se detuviera nunca.

—¿Qué quieres, nena? Habla. Entre nosotros tiene que haber sinceridad —me susurró, dibujando círculos sobre mi clítoris con movimientos lentos, expertos.

—No quiero que dejes de tocarme… quiero sentirte más.

—¿Así? —preguntó, hundiendo un dedo dentro de mí. Gemí, más fuerte de lo que pretendía—. Me encanta cómo te dejas llevar, pero no pierdas nunca tu fuerza conmigo. Te quiero guerrera, no sumisa.

En cuanto estuvimos a los pies de la cama, sacó el dedo de mi interior, provocando que sintiera un gran vacío. Fue subiendo las manos poco a poco, acariciando mi cuerpo con las yemas de los dedos. Era un leve roce, pero hacía que los vellos de mi piel se erizaran.

Gael no estaba siendo de esos típicos que van a meterla y listo. No. Él te tentaba, te excitaba, te provocaba, te hacía sentir especial. Era como si estuviera venerando mi cuerpo.

Subió las manos por el centro de mi abdomen lentamente, rodeó mis pechos, los acarició de pasada, llegó hasta los hombros y, mientras iba tocando cada centímetro de mi piel, dejaba un reguero de besos desde mi oreja hasta el hombro, haciendo ese camino con sus labios una y otra vez.

Sus manos descendieron lentamente desde mis hombros hasta la espalda, deslizándose con seguridad hasta encontrar el broche del sujetador. Lo desabrochó con destreza, sin apenas demorarse, y enseguida deslizó las tiras por mis brazos, dejando que la prenda cayera a mis pies con suavidad.

Con un gesto delicado, apartó mi melena hacia un lado, dejándome la espalda completamente al descubierto, y fue entonces cuando sentí el primer roce de sus labios sobre mi nuca. Comenzó a besarme con ternura, trazando un camino descendente por el centro de mi espalda, dejando una estela de calor a su paso, hasta detenerse justo en la curva de mi trasero.

Sin apartar sus labios de mi piel, se arrodilló detrás de mí. Sus dedos encontraron los bordes de mis bragas y las fue bajando lentamente por los laterales de mis caderas. Cuando la tela llegó al suelo, levanté los pies uno a uno para sacarlos de la prenda, quedando completamente desnuda ante él.

—No te haces ni una idea de las ganas que tengo de saborearte —dijo antes de darme un lametón sobre una de las nalgas. En cuanto terminó de pasar la lengua por esa zona, me dio un pequeño mordisco—. Inclínate sobre la cama, te voy a saborear desde atrás.

Más tonta no podía haber sido todos estos años.

Hice lo que me pidió. Me cogió ambas piernas por el interior de los muslos, instándome a que las abriera.

—Unas vistas inmejorables.

—Inmejorables van a ser cuando me toque el turno y te quite ese pijama.

—Estoy deseando averiguar qué es lo que puedes hacer. A lo mejor te tengo que enseñar también.

—¿Eso quiere decir que has comido muchas para saber cómo hacerlo? —Solté una carcajada cuando lo escuché gruñir.

—Eres una provocadora —dijo, metiendo la mano entre mis piernas y pasando la palma por mi sexo—. Tan mojada… —murmuró.

El primer contacto de su lengua sobre mi zona íntima fue como si una corriente eléctrica me atravesara por completo. Las piernas me temblaron, mis brazos cedieron y terminé apoyando el pecho sobre el colchón.

Me separó los labios vaginales con dos de sus dedos, y fue en ese momento cuando comenzó a lamer fuerte e intenso. Daba largas pasadas con la lengua, llegaba al clítoris para volver a bajar y adentrar esa lengua traviesa dentro de mi vagina.

El cuerpo me temblaba entero, la respiración la tenía descompensada, la mente totalmente nublada y el orgasmo formándose en mi bajo vientre.

Era demasiado lo que me estaba haciendo sentir, creía que iba a explotar. Cerré los ojos, dejándome llevar por el placer tan grande que me estaba atravesando de pies a cabeza.

—Gael… no aguanto, me voy a correr.

—Déjate llevar, déjame probar tu esencia, que me está volviendo loco. —Introdujo dos de sus dedos, curvándolos para llegar mejor al punto G.

Cuando me tocó ese punto en concreto con los dedos, a la vez que succionaba el clítoris, me dejé llevar por la sensación y permití que un mundo de colores estallara detrás de mis párpados.

—Madre mía —dije suspirando—, a ver quién es la guapa que se pone de pie después de esto. —Lo oí reír detrás de mí.

Impulsándome con las manos, logré incorporarme. Me giré. En cuanto lo hice, vi cómo se mordía el labio inferior sin dejar de recorrer mi cuerpo con la mirada.

—Parece mentira que debajo de toda esa capa de mala leche se esconda un cuerpo de infarto. —Sonreí al escucharlo. Dios, tenía una mirada tan llena de deseo que me era imposible apartar los ojos de los suyos.

Di un paso para acercarme un poco más. Posé las palmas de mis manos sobre sus pectorales, curvé un poco los dedos, lo justo para que pudiera sentir mis uñas rozando su piel.

Arrastrándolas por todo su torso desnudo, llegué hasta el cordón de sus pantalones. Tiré suavemente de uno de los extremos hasta deshacer el nudo.

Sujeté los laterales del pijama y lo deslicé hacia abajo; la prenda cayó por sí sola a sus pies. Hizo lo mismo que momentos antes había hecho con mi ropa interior: se la quitó completamente, sacando los pies y dejándola a un lado.

Lo cogí por las caderas para hacer que girara su cuerpo, quedando con la parte de atrás de sus rodillas justo en el filo de la cama.

—Mi turno. Espero no defraudarte y, si lo hago, no te preocupes. Te prometo que practicaré contigo las veces que sea necesario hasta que te guste. —Le guiñé un ojo a la vez que lo empujaba por el pecho, haciéndolo sentarse en la cama.

—No sé por qué, pero intuyo que vas a tener que practicar mucho —dijo con la voz más ronca que le había escuchado nunca.

—Supongo que la práctica hace al maestro. —Sonreí de medio lado.

Me arrodillé entre sus piernas. Sin apartar mi mirada de la suya, saqué la punta de la lengua y se la pasé por toda la longitud de su pene, desde la base hasta el glande. Al llegar ahí, lo rodeé por completo.

Tensó los abdominales al sentirme en esa zona de su cuerpo. Abrí la boca y, lentamente, fui introduciendo su miembro erecto. Subía y bajaba a un ritmo lento, pero constante.

Gael movía las caderas al mismo compás que yo. Llevó sus manos a mi pelo y, cogiéndolo entre los dedos, me hizo una especie de coleta para verme

mejor la cara y que no me tapara.

—Dakota, te hace falta practicar mucho, pero mejor lo dejamos para otro día. —El muy capullo no se bajaba del burro.

Me lo saqué de la boca.

—Qué pena que no quieras que siga aprendiendo —resopló, como si se estuviera conteniendo.

Me cogió de las manos para ayudar a levantarme. No podía dejar de mirar esos ojos llenos de lujuria.

—Ahora, en vez de montar una moto, me vas a montar a mí.

—No sé yo… creo que no tienes la misma potencia.

—Hasta que no lo hagas, no lo vas a poder descubrir. —Me guiñó un ojo.

Se levantó un momento para ir hasta su mesita de noche y sacar un preservativo de uno de los cajones. Cuando llegó de nuevo hasta mí, ya lo traía puesto.

—Parece que alguien está un poco impaciente.

—Impaciente es poco para cómo me tienes.

Se volvió a sentar. Yo lo hice sobre él, con una pierna a cada lado de su cuerpo. Le rodeé el cuello con los brazos y comencé a bajar sobre su pene.

Centímetro a centímetro fue adentrándose en mi interior, abriéndose paso, llegando muy profundo, sintiéndose intenso y real.

Con sus manos ancladas en mis caderas, comencé a moverme sobre él. Sentía tanta necesidad de tenerlo más dentro que me invadió la urgencia de besarlo con hambre, con fuerza, dejando salir a través de ese beso lo bien que me estaba haciendo sentir.

—Eso es, nena, busca tu propio placer —susurró sobre mis labios, tragándose mi respiración y yo la suya.

No dejé de moverme hasta que alcancé el clímax; ni siquiera después de haberlo alcanzado, no hasta que él llegó también al suyo.

Aún estando los dos envueltos en esa vorágine de placer, apoyamos las frentes una contra otra y, al mismo tiempo, nos sonreímos.

Y, por primera vez en mucho tiempo, no sentí culpa. Solo sentí que estaba exactamente donde quería estar.

Capítulo 15

Gael

Mira que me gustaba mi trabajo, pues esa mañana lo odié más que nunca. Tenía a Dakota dormida entre mis brazos, con su mejilla apoyada en mi pecho, mientras yo la rodeaba por la cintura, pegándola todo lo que podía a mí. Y tener que levantarme de la cama era lo que menos me apetecía en esos momentos. No sé si por la pereza o por el miedo a que todo lo que habíamos vivido se esfumara con la luz del día.

Caímos rendidos los dos después de hacerlo dos veces: la primera con ella sobre mí, la segunda con mi cuerpo cubriendo el suyo mientras me clavaba las uñas en la espalda. Todavía podía sentir esas marcas ardiendo sobre la piel, y no sé si dolían o me gustaban. Probablemente ambas cosas.

Ya me estaba imaginando las risas de mis compañeros cuando nos ducháramos en el turno. Pero más que las bromas, me preocupaba la cara que iba a poner Adriel. Tonto no era, y solo tenía que sumar dos más dos para saber que la causante de los arañazos era su hermana. Él fue quien le dio mi dirección, así que no había escapatoria.

Solo esperaba que no me echara los dientes abajo, con los bonitos que eran y lo que les costaron a mis padres las ortodoncias.

Me resistía a levantarme. Quería quedarme un rato más con su respiración acompasada, con el peso de su cuerpo sobre mi brazo y esa calma que no

recordaba haber sentido en años. Joder, ni sabía que podía dormir tan tranquilo con alguien al lado.

Ella seguía dormida, con los labios entreabiertos, la sábana cubriéndole solo medio cuerpo. Y yo allí, mirándola como un idiota, pensando que si no me daba prisa iba a perder el trabajo, pero que si me iba ya, iba a perder algo más importante: ese momento.

Le daba rabia que le pusiera esos motes ridículos, lo sabía. Pero me encantaba picarla, y también sabía que, aunque fingiera lo contrario, le gustaba que la provocara. A partir de ahora solo pensaba llamarla gatita. No pude evitar sonreír imaginando su cara la próxima vez que lo oyera.

Me levanté con cuidado, intentando no despertarla, y me fui a duchar. Estaba bajo el chorro de agua caliente cuando la puerta se abrió y apareció Dakota, completamente desnuda. Eso era otra de las cosas que me volvían loco: su naturalidad. No le daba vergüenza mostrarse, y se notaba que estaba cómoda en su piel. Eso, más que cualquier encaje, me parecía la mayor provocación posible.

—Buenos días, gatita, ¿te unes? —le dije sin mirarla, dejando que el agua me corriera por la cara para que no me viera sonreír.

—¿Gatita? —Se cruzó de brazos en el marco de la puerta, las piernas entrelazadas, el cuerpo dibujado por la luz—. Ese apodo se te puede quedar corto, y puedo convertirme en pantera.

Bendito sea Dios. ¿Cómo podía tener ese cuerpo y esa voz, y no ser consciente de lo que provocaba? La lujuria se le escapaba hasta en la respiración.

—Uy, mi gatita ha sacado las garras esta mañana. Aunque viendo cómo me dejaste la espalda anoche, creo que no las has guardado del todo. —Reí, mirándola de arriba abajo—. ¿Disfrutando de las vistas?

—No creas, no hay mucho que mirar —contestó con descaro, aunque su mirada se quedó justo donde yo quería.

—Por lo que veo, el que de verdad está disfrutando eres tú —añadió, y no lo negué.

—Para qué mentir, eres una tentación —le dije, sin rodeos.

Ella rodó los ojos, divertida, pero se mordió el labio antes de contestar.

—Pues esta tentación te pide amablemente que te des prisa, que también tiene que ir a trabajar. —Intentó sonar seria, aunque la voz le tembló justo al final.

—Podemos hacerlo juntos —propuse—. Ahorramos agua, nos frotamos la espalda…

—Y perdemos tiempo. Espabila, Gael.

Su tono fue tajante, pero los ojos le brillaban. Esa mezcla de deseo y enfado la hacía irresistible. Me reí.

—Uy, mi chica no es de buen despertar.

—Gael, voy a llegar tarde por tu culpa.

—Por mi culpa no. Encima que me ofrezco a compartir la ducha, no sé qué más quieres de mí.

—Como te acerques, te quedas sin eso que tienes entre las piernas —me amenazó, y no pude evitar imaginarla cumpliéndolo.

—Qué poco aguante tienes.

—Aguante puedo tener, lo que pasa es que soy más profesional que tú.

Tenía razón. Los dos teníamos un día cargado y, si nos acercábamos, no salíamos de casa. Ella se marchó sin café, con prisa, dejándome un beso rápido y la promesa de que hablaríamos por la tarde.

Ya en la comisaría, Adriel me interceptó.

—Tío, ¿para qué te quería mi hermana anoche? Me pidió tu dirección.

—Buenos días a ti también —respondí con sarcasmo—. Pues no lo sé. A mi casa no vino nadie —mentí descaradamente, y me fui directo a los vestuarios.

No sé por qué lo negué si sabía que en unos minutos lo descubriría.

—¿Entonces para qué me pidió la dirección si no fue? —insistió.

—Ni idea, pregúntaselo tú —dije encogiéndome de hombros.

Estaba quitándome la camiseta cuando Brian, el gracioso de turno, soltó:

—Tío, ¿rescataste anoche al gato de tu vecina? —riendo como un idiota.

—¿No tienes otra cosa que hacer que mirar cuerpos ajenos?

—Imposible no ver eso, tienes la espalda que parece un Picasso.

Adriel me agarró del brazo y me giró.

—Eres un capullo —dijo, sin ocultar una sonrisa—. Y encima tienes la cara de decirme que mi hermana no fue a tu casa.

—¿Y quién dice que fue ella? —Intenté disimular, pero era inútil.

—No me jodas, Gael, sé que fue ella. —Y claro, sonreí. No podía evitarlo.

—¿Has pasado la noche con nuestra Dakota? —preguntó Brian.

—¿Desde cuándo es tuya? —le respondí—. Y no te hagas el tonto, que lo que pasa entre ella y yo no es asunto tuyo.

—No he dicho que sea solo mía, he dicho *nuestra*, y no te hagas el tonto: contesta. Porque hasta donde yo sé, no os podíais ni ver.

—Es largo de contar —resoplé—. La cuestión es que, por una mentira suya, empezamos a tener más trato… y el resto ya es cosa mía y de ella.

—Joder, tío —rio Brian—, te has llevado a la joya de la corona.

Adriel bufó.

—Procura que no sufra, o te arranco la cabeza.

—Tranquilo —le dije—. A tu hermana no hay quien la haga sufrir sin que quiera. Además, si alguien tiene los puntos cogidos aquí… somos los dos.

Reímos los tres, y la conversación se cortó cuando sonó la alarma: un aviso por altercados en una manifestación. Lo típico: lo que empieza en calma, acaba en caos.

Y mientras me colocaba el chaleco, no podía dejar de pensar en ella. En su olor, en su piel, en la forma en que me había dicho «pantera».

Si eso no era peligro, no sabía qué lo era.

Capítulo 16

Dakota

Mi jefe me llamó a su despacho para interesarse por cómo íbamos con la búsqueda de Katia; esa, entre otras muchas cosas, porque de trabajo estábamos hasta arriba.

Yo pensé al principio que iba a costar mucho menos encontrarla, pero estaba resultando justo lo contrario. Por lo que parecía, sabía muy bien cómo encubrir sus movimientos y su localización.

Me quemaba por dentro pensar que alguien como ella, sin recursos ni ayuda visible, nos estuviera tomando el pelo. No era solo orgullo profesional, era rabia. Cada día que pasaba, ese niño seguía lejos de su padre, y por mucho que intentara mantener la cabeza fría, la impotencia me hervía en las venas.

Era raro en una mujer sin estudios ni recursos aparentes, aunque todo el mundo sabe que si alguien no quiere ser encontrado, puede convertirse en una auténtica odisea dar con él. Pero para eso estábamos nosotros: para localizar a quienes huían de la justicia.

Habíamos difundido la foto de ambos por los ciento noventa y cinco países en los que teníamos jurisdicción. Aun así, nada. Sin retiradas de efectivo, sin compras registradas, sin movimiento alguno.

Katia era una sombra. Y lo peor es que, aunque sabía lo que había hecho, una parte de mí no podía evitar pensar en el niño. En cómo estaría. En qué le diría su padre cuando lo tuviera de vuelta.

En la central todos íbamos al límite, con los ojos rojos de tantas horas frente a los monitores, cafés fríos a medio terminar y esa tensión constante que se te mete bajo la piel cuando sabes que hay un niño de por medio. Tenía la esperanza, pequeña pero firme, de dar pronto con ellos. La necesitaba.

Al terminar el turno, salí rápido hacia casa de mis padres. Hacía varios días que no los veía, y mis hermanos y mi cuñada también iban a estar allí.

Ains, qué ganas tenía de que Maddy tuviera a mis niñas. Porque eso es lo que iban a ser: mis niñas. Las princesas de la familia.

Toda la familia estaba dispuesta a ayudar en lo que hiciera falta. No es fácil cuidar a un recién nacido, y mucho menos a dos, porque por muy buenos que sean, necesitan atención constante.

Aquello me recordaba a cuando éramos pequeños y mi madre nos ponía a los tres a ayudar con cualquier cosa. Siempre terminábamos discutiendo y riendo a partes iguales, pero al final todo salía bien. Esa sensación de familia unida, de saber que podíamos contar los unos con los otros, era algo que me mantenía cuerda en medio de tanto caos laboral.

Habíamos acordado turnarnos cuando mi hermano volviera a trabajar, para que Maddy no se quedara sola con las pequeñas. Y sí, lo más probable era que todo acabara saliendo sobre la marcha, como siempre, pero lo importante era que ellas estuvieran bien.

A veces envidiaba esa calma que veía en Maddy y Demian. Esa estabilidad. La mía, en cambio, se tambaleaba a cada paso. Entre el trabajo, los recuerdos de Nolan y la aparición inesperada de Gael en mi vida, sentía que no sabía a qué agarrarme.

Por otro lado, sabía que esa tarde se me iba a hacer larga. Adriel iba a interrogarme sobre Gael, seguro. Me apostaba lo que fuera a que él se lo había contado. Y eso sin contar con Bera… aunque con ella sería distinto. Con mi amiga podía hablar sin filtros, reírme de mí misma, decir las barbaridades que no podía decir delante de mis padres.

Ella era de esas amigas que, si cometes un asesinato, en lugar de huir, te dice: «Vale, ¿y qué hacemos con el cuerpo? ¿Lo quemamos o lo tiramos al mar?» Así era Bera. Leal hasta el extremo y un poco loca.

Iba a flipar cuando le contara que al final sí fui a casa de Gael, porque fue ella la que me animó.

Y vaya que si lo hice. Buena prueba de ello fueron las veces que me hizo gritar la noche anterior… aunque él tampoco se quedó callado.

Todavía me costaba asimilar las sensaciones que había sentido con él. No solo el sexo, sino todo lo demás. La conexión, la complicidad, la forma en la que me miraba, como si por fin me viera de verdad.

Tal vez siempre estuvo ahí, esperándome, y fui yo la que no quise mirar.

Quizá porque en aquel entonces seguía colgada de Nolan, o porque Gael y yo nos pasábamos el día picándonos. Pero si lo pensaba bien, tal vez ese era el modo en que nos protegíamos: discutiendo para no admitir que nos atraíamos. Puede que el subconsciente nos estuviera gritando la verdad y nosotros hacíamos oídos sordos.

Nolan había sido mi debilidad, el tipo de amor que te ciega y te destruye sin que te des cuenta. Con él aprendí lo que era amar hasta doler, pero también lo que significaba perderte a ti misma por alguien que no te mira igual. Gael, en cambio, era otra cosa. Donde Nolan imponía, él acompañaba. Donde uno hería, el otro me hacía reír. Era ese tipo de hombre que te desconcierta, que te hace sentir viva sin proponérselo. Y eso me asustaba más que cualquier caso o misión.

Me monté en el coche —no a todos lados iba con la moto—, y mientras conducía, no podía dejar de pensar en él. En cómo me había tocado. En cómo me había mirado después, sin decir nada, como si no hiciera falta.

Menos mal que mañana teníamos dos horas reservadas en el circuito, porque las ganas de verlo en su terreno ya empezaban a picar más de la cuenta.

El camino hasta casa me sirvió para despejarme. Puse la música a tope, una de esas listas que me hacía sentir libre, con el viento entrando por la ventanilla y el olor a gasolina mezclado con el del champú. Por un momento, todo el cansancio del día se disolvió.

—¡Ya llegué! —grité al entrar.

—Hija, con tu grito nos hemos enterado todos —dijo mi madre saliendo al pasillo.

—Si no es así, no se entera ni Dios.

—De tu presencia se entera todo el mundo cuando llegas —intervino Demian desde el salón.

—Muy gracioso. A ver qué dices cuando necesites mi ayuda con las niñas.

—Eh, eh, que no he dicho que sea malo. —Rio—. Anda, ven aquí y saluda como es debido a tu hermano favorito.

—No tengo hermanos favoritos —dije mientras me abrazaba—. Os quiero a los dos igual.

—Mentirosilla —me besó la mejilla—, pero no me importa.

—¿Dónde está Maddy?

—En el sofá, que es donde más cómoda está. Por cierto, gracias por el consejo que me diste; desde que lo sigo, la ayudo mejor con el peso, y para ella ha sido un alivio.

—Uff, no me quiero imaginar lo incómodo que debe ser cargar con tanto.

—El médico ha dicho que no esperará a que se ponga de parto. Las niñas tienen buen peso, así que le ha programado cesárea para la semana que viene. —Su voz tembló un poco.

—Entonces es lo mejor. —Le cogí la cara entre las manos—. No tengas miedo, todo saldrá bien. Maddy y las princesas estarán perfectas.

—Eres la mejor, enana. Cualquiera diría que solo piensas en ti, pero siempre estás pendiente de todos.

—Va, no es para tanto. Voy a ver al resto antes de que se pongan celosos. —Le guiñé un ojo.

Al entrar al salón vi primero a Adriel, de pie junto a mi padre, hablando con gesto serio. Me acerqué a saludar a Maddy, que al verme sonrió con cansancio.

—Lo sé, no digas nada —resopló—. Estoy que voy a reventar. Como tu hermano me deje embarazada otra vez, lo dejo sin colita.

—¿Y qué ibas a hacer tú sin su colita? —Me reí.

—No cargar con este barrigón, por ejemplo. —Se acarició la barriga enorme—. Aquí no cabe ni un centímetro más.

—Te queda una semana, y estás preciosa —le dije sincera.

—Por lo menos no he engordado más de la cuenta. —Rio—. Y dicen que recuperaré pronto la forma.

Charlamos un rato hasta que vi a mi padre libre. Me acerqué.

—¿Qué pasa con vosotros? Parecíais enfrascados en algo muy interesante.

—Hola, mi pequeña —me saludó mi padre, abrazándome.

—Algún día tendrás que dejar de llamarme así, tengo veintinueve años.

—Para mí siempre serás mi pequeña.

—Si eso te hace feliz, no te lo voy a quitar.

—¿Sabes qué me hace feliz? —dijo sonriendo— Que tu hermano me ha dicho que lo tuyo con Gael ya no es una farsa.

Abrí los ojos exageradamente.

—Vaya, en esta familia las noticias vuelan.

—Enana, no te lo tomes a mal. —Rio Adriel.

—Al capullo de Gael le ha faltado tiempo para irse de la lengua.

—No le eches la culpa, no ha dicho nada. Te has delatado tú sola.

—¿Yo? ¡Si no me ha dado tiempo ni a contárselo a Bera!

—Para la próxima, córtate las uñas. En los vestuarios lo vemos todo —dijo, riéndose a carcajadas.

—Hijo, mejor no comentes esas cosas delante de mí. —Saltó mi padre, llevándose las manos a la cabeza—. No soy tonto, pero prefiero no oír detalles.

A mi padre le faltó camino para salir huyendo.

—Qué manera más sutil de echar a papá —murmuré.

—No era mi intención —dijo Adriel, intentando mantener la seriedad—. Dakota, mañana nada de tonterías. No quiero recogerte del suelo.

—Llevas años diciéndome lo mismo y sigo siendo la única que nunca se ha caído.

—Y seguiré diciéndotelo —replicó—, porque eres una temeraria.

—La preocupación que sientes por mí es la misma que yo siento por ti. —Le sonreí—. Pero sabes que somos adictos a la adrenalina.

—Tienes razón. —Rio, dándome un beso en la frente antes de irse a hablar con Demian.

Me quedé mirándolos un momento, sonriendo sin que se dieran cuenta. Mi familia era mi ancla, mi cordura. Pero mientras los observaba reír, no pude evitar pensar en Gael. En sus ojos, en su voz ronca al decir mi nombre. Y supe que, por mucho que lo negara, algo en mí ya había cambiado para siempre.

Capítulo 17

Gael

Apagué el motor de mi moto sin llegar a bajarme de ella. Solo me quité los guantes y el casco, pasándome las manos por el pelo para acomodarlo un poco. Siempre hacía lo mismo. En realidad, creo que lo hacemos todos los motoristas: una especie de ritual.

Me encantaba ese momento antes de cualquier carrera. Ese silencio previo en el que solo se escuchaba el tic-tac del motor apagándose y mi respiración acompasada. Era mi manera de soltar tensiones, de dejar fuera todo lo que no fuera asfalto, velocidad y adrenalina.

—¿No vienes con tu chica? —preguntó Brian, aparcando a mi lado.

—Mi chica sabe venir sola.

—Eso ha sonado a que te ha mandado a freír espárragos.

—Te equivocas. Solo que va a llegar un poco más tarde, tenía que pasar por casa de Bera.

—¿Bera? No me digas que esa viene. Si le tiene miedo hasta a los patinetes eléctricos.

—No creo que venga, pero Dakota lo ha intentado varias veces.

—Oye, ¿tú sabes si sigue soltera? —Lo miré alzando una ceja.

Brian era un caso perdido. Siempre se fijaba en las mujeres imposibles, y lo peor es que luego venía a pedirme consejo, como si yo fuese el gurú del amor. Si siguiera mis consejos, acabaría en un convento antes que en una cita.

—Brian, no me jodas.

—¿Qué? Siempre me ha parecido una mujer guapa.

—¿Y por qué nunca le has dicho nada?

—A ver, no es que esté enamorado, solo que me parece guapa y simpática. Además, los dos estamos solteros. Quién sabe, a lo mejor estamos hechos el uno para el otro. Nos puede pasar lo mismo que a ti con Dakota. Solo que nosotros no nos hemos llevado como el gato y el ratón.

—¿Y qué se supone que me ha pasado a mí con ella? Que yo sepa, seguimos igual.

—Claro… con la diferencia de que ahora sí te clava las uñas de verdad.

Negué riendo, porque el muy capullo tenía razón.

—Deja el tema ya, que estáis todos pesaditos. El día que te marquen a ti —sea lo que sea— te va a caer una buena, y no solo a ti, también a todos los demás.

—No es por las marcas, es por quién las ha hecho. Tío, que nadie se lo esperaba. Nos habéis dejado a todos con la boca abierta.

—No es algo que planeáramos, simplemente surgió. Tampoco sabría explicarte cómo. Ha sido todo muy rápido y raro. Supongo que con el paso de los días veremos cómo va todo.

—Solo tenéis que dejar que fluya, sin darle tantas vueltas.

De fondo se escuchó el rugido de una moto. No hacía falta mirar para saber quién era.

—Por ahí llega tu chica —dijo Brian, sonriendo— y mira tú por dónde, que no viene sola. Amigo, creo que el destino se puso de mi parte.

La vi acercarse y me quedé unos segundos embobado. El sol se reflejaba sobre el casco, el cuero le ceñía el cuerpo y cada movimiento suyo parecía calculado para hacerme perder la cabeza. Tenía ese algo salvaje que me volvía loco. Si el destino se había puesto de parte de Brian, conmigo había jugado sucio hacía rato.

Dakota aparcó su moto justo al lado de la mía. Giré para verla y, como siempre, me quedé embobado. Por muchos años que la haya visto, nunca deja de parecerme sensual la forma en que se quita el casco o se apoya sobre el depósito de gasolina, tan segura, tan ella.

Y justo detrás venía Bera, con una cara de miedo digna de un cuadro. No pude evitar reírme. Si alguien me hubiera dicho hace una semana que vería a Dakota llegar al circuito acompañada por Bera, le habría apostado un mes de sueldo a que eso jamás pasaría.

—Hola, nena. —Me bajé de la moto para acercarme a Dakota—. ¿Qué tal el día?

Desde que pasamos la noche juntos no nos habíamos vuelto a ver. Ayer estuvo con sus padres, pero hoy, en cuanto termináramos en el circuito, no pensaba dejar que durmiera en otro sitio que no fuera conmigo. Me daba igual si era su casa o la mía, pero juntos.

—Uy, yo mejor me bajo y me voy, que aquí hay demasiada tensión —dijo Bera.

—¿Qué hizo mi gata para convencerte de subirte a una moto? —le pregunté mientras me saludaba con dos besos.

—La muy cabrona me dijo que no me contaba nada de lo vuestro si no venía con ella. Uff, lo que hay que hacer por matar la curiosidad —resopló con dramatismo—. Por cierto, al final no la tienes de metro y medio; me ha dicho que son solo cinco centímetros.

Hija de su madre. Y claro, Brian detrás de mí partiéndose de risa.

—¡Bera! Qué cabrona eres, yo no te he dicho eso.

—Qué bueno estuvo eso, Berita. —Saltó Brian riéndose a carcajadas.

—No le hagas caso, es una capulla cuando quiere —dijo Dakota bajándose de la moto para acercarse a mí—. Mi día, como siempre. ¿Y el tuyo? —Me rodeó el cuello con los brazos.

—En el trabajo medio bien. Si no fuera por los que dicen ser mis amigos, habría estado genial. —Le sujeté las caderas, acercándola aún más—. Bichito, la próxima vez, intenta dejar menos marcas. No veas cómo se han reído todos.

La verdad es que no podía quejarme. Tenía a la mujer que me traía de cabeza entre mis brazos, y aunque intentara hacerme el gracioso, me costaba no pensar en lo mucho que me estaba calando. Me asustaba reconocerlo, pero ya no se trataba solo de deseo. Había algo más, algo que me pillaba sin defensas.

—¿Bichito? ¿Siempre tienes algún mote preparado para mí? —Sus labios rozaban los míos, sin llegar a tocarlos.

—Es mi manera de demostrarte que eres especial.

—Eres un provocador. Te va mucho la marcha. —Sus dedos jugueteaban con mi pelo en la nuca.

—Y a ti te va más. Ahora dime, ¿me besas o te beso yo? Tú decides.

La muy bruja seguía apartándose cada vez que yo acercaba los labios.

—Dakota, no juegues conmigo, que no soy de piedra. —Puse una mano en su nuca para impedirle alejarse—. Ahora sí, preciosa.

Fue ella quien acortó la distancia y me besó. No fue como los de aquella noche, sino más suave, pausado. No era el momento ni el lugar para dejarnos llevar, pero bastó para hacerme olvidar todo lo que nos rodeaba. Besarla era como rozar el terciopelo: suave, cálido, tentador.

—Esta noche duermes en mi casa. Y para que no tengas tanta prisa mañana, te llevas la ropa de trabajo —susurré contra sus labios.

—Eso será si yo quiero.

—Nunca te obligaría a nada, pero sé que esto lo quieres tanto como yo.

—¿Y quién te ha dicho que quiero lo mismo que tú? —La apreté más contra mí.

—Nena, no juegues con mi pobre corazón.

—Un poco más y te sale la canción de Coyote Dax. —Se rio—. *No rompas más mi pobre corazón*.

—Ya está bien, parejita —intervino Adriel, que acababa de llegar sin que lo notara—. Llevamos un rato esperando a que os separéis.

—Ni me había dado cuenta de que estabas ahí. —Solté a Dakota con un último beso y me subí a la moto.

—Claro, cómo te vas a dar cuenta si solo tienes ojos para mi hermana.

—Dakota —la llamé antes de que se pusiera el casco—. Sin locuras.

La muy hija de… se rio y bajó la visera.

—Te lo digo en serio —insistí, pero aceleró para no oírme.

No pensaba picarla hoy. La iba a dejar a su aire. Sabía lo competitiva que es y no me apetecía recogerla del suelo. Nunca se había caído, pero mejor no tentar a la suerte.

—Amorcito, no me dejes ganar así porque sí —me gritó por encima del ruido de los motores—. De todos modos, sabes que soy mejor que tú.

Nos colocamos todos en la línea de salida. Se notaba la adrenalina, la tensión en el aire.

A mi lado estaba Brian, con esa sonrisa de idiota que lo delataba.

—¿De qué te ríes?

—Bera me ha dicho que si gano, queda conmigo. Así que ya sabes, déjame pasar y díselo a Dakota, que los demás me van a dejar ganar. —Me puso carita de pena, el cabrón.

Le pasé el mensaje a Dakota. Ella levantó el pulgar, dándolo por bueno.

La carrera empezó, y como era de esperar, Dakota salió disparada. Sabía que al final dejaría pasar a Brian, pero también que se lo pondría difícil.

Sonreí al verla. Es impetuosa, fuerte, pura energía. Y así me gusta: que le plante cara a todo, incluso a mí. No quiero verla hacerse pequeña como lo hizo hace tres años. Entonces no éramos cercanos, pero ya la conocía. La había observado muchas veces sin que se diera cuenta. Y ver cómo aquel imbécil la apagó me sigue revolviendo el estómago.

Por eso no soporto ni oír su nombre.

Tal y como habíamos acordado, Brian fue quien terminó ganando la carrera. Madre mía, lo que hay que hacer por los amigos.

Capítulo 18

Dakota

No me podía creer que mi amiga se hubiera montado en la moto con Brian. Ella, que le tenía pánico… bueno, exactamente pánico no, pero sí mucho respeto.

Me costó lo mío que se subiera a la mía, y va la tía y se monta con él. Era alucinante. Y esperad, que viene lo mejor: ¡encima queda con él! Como he dicho, para alucinar. Aunque, claro, con mi historial con Gael, soy la menos indicada para hablar.

Y, aun así, no podía evitar sonreír. Me hacía gracia verla allí, agarrada a la espalda de Brian, como si el pobre fuera a despegar en cualquier momento. Nunca habría apostado por esa escena. Tal vez era cierto eso de que el amor o la curiosidad podían más que el miedo. Y si algo había aprendido en los últimos meses, era precisamente eso: que las cosas cambian cuando menos lo esperas.

Ya no sabía lo que pasaba, porque últimamente todo estaba muy revuelto y patas arriba. En fin, supuse que tendría que ir acostumbrándome a todos estos cambios que estaban sucediendo en mi vida.

—¿Quién se apunta a tomarse algo? —pregunté gritando para que todos me oyeran.

—¿No se suponía que nos íbamos a ir a mi casa? —me preguntó Gael, acercándose lo suficiente para que nadie más lo oyera.

—Claro, cariñito, pero después de tomarnos algo. —Le di un beso rápido —. Tenemos tiempo de sobra para disfrutar de nosotros.

—Yo me apunto, con tal de que mi amigo pase menos tiempo contigo pago —dijo mi hermano al pasar junto a Gael, dándole una palmada en la espalda.

—Cuñado, algún día será mi turno —le contestó Gael, sabiendo perfectamente que lo llamaba así solo para pincharle.

—No lo escuches, solo quiere darte por culo —le dije en un susurro.

Al final todos dijeron que sí a ir a tomarnos algo.

—Pues como siempre, todos en fila uno detrás del otro. Nadie se separa ni adelanta —ordené.

Cuando salíamos a tomar algo en moto, siempre lo hacíamos así, en fila y sin adelantamientos. Era nuestra manera de mantenernos juntos y con menos riesgos.

Cuando quedábamos por la ciudad solíamos ir al mismo bar, uno de esos a las afueras con una gran explanada, así no teníamos problema para aparcar todas las motos.

La verdad era que llamábamos la atención, porque aunque no quisiéramos, ocho motos de gran cilindrada rugiendo juntas atraían todas las miradas. Y la que más destacaba solía ser yo, ya que era la única mujer del grupo que conducía una.

Los demás eran todos hombres, y aunque algunos llevaban a sus novias, no era lo mismo que ver a una mujer conduciendo. Para nosotros era lo más normal del mundo, pero para los de fuera no tanto.

Nos detuvimos en un semáforo que se puso en rojo. La brisa de la tarde olía a gasolina y asfalto caliente, y en ese momento, con el casco puesto y el motor vibrando bajo mis piernas, sentí esa mezcla de libertad y adrenalina que solo las motos me daban. Era como si el mundo se detuviera por un instante y todo lo demás dejara de importar. En esos segundos, solo

existíamos la carretera, el rugido del motor y yo. Era mi forma de sentirme libre, viva, invencible.

Justo a nuestro lado se paró un coche lleno de chicas jóvenes que venían escuchando música. En ese momento sonaba la canción *Mala Santa* de Becky G.

Le hice una seña a la conductora para que subiera el volumen. Justo entonces empezó el estribillo. Automáticamente, puse los dos pies sobre el asfalto y empecé a moverme de cintura para arriba al ritmo de la música. Bera, al verme, empezó a moverse detrás de Brian.

Gael levantó la visera del casco, me guiñó un ojo y también se unió a ese baile improvisado. Lo mejor fue cuando el resto del grupo comenzó a hacerlo también sobre sus motos.

No sabía si habría vídeos nuestros circulando por las redes, pero sí podía asegurar que más de uno nos grabó. Había móviles por todas partes y muchas personas nos animaban a seguir bailando. Claro que el semáforo no duraba tanto como nos habría gustado.

—Eres única para empezar algo —me dijo Gael cuando aparcamos las motos frente al restaurante.

Sus palabras me hicieron sonreír más de la cuenta. En el fondo sabía que él lo decía con esa media sonrisa que me desarmaba por dentro. Desde que estábamos juntos, me resultaba casi imposible mantener la coraza que antes me protegía. Con él no hacía falta fingir que era dura todo el tiempo.

—Alguien tiene que darle vidilla al grupo, no es mi culpa que seáis todos unos aburridos —le contesté cuando me abrazó.

—En cuanto nos quedemos a solas, te voy a enseñar lo aburrido que soy.

—Menos lobos, Caperucita —dije antes de unir mis labios a los suyos, porque si no lo hacía seguiría dándome réplica.

—Me caíais mejor antes, cuando estabais por separado —dijo mi hermano al pasar a nuestro lado.

—Hermano, lo que te pasa es que estás celoso. —Le di otro beso rápido a Gael antes de correr hacia Adriel y cogerme de su brazo—. Pero tú no te preocupes, siempre serás mi hombre especial.

—Eres una pelota —me guiñó un ojo—, aunque te sigo queriendo igual.

—Y como dejes de hacerlo, te dejaré de hablar. —Reí.

—Enana, si dejara de hacerlo, me daría igual si me siguieras queriendo o no. —Me detuve para mirarlo fingiendo una ofensa.

—Me acabas de romper el corazón y, lo peor, el trauma que me acabas de crear. Ahora me tendrás que pagar un psicólogo.

—Te voy a pagar un exorcista, porque eres el demonio en persona. —Rio y siguió caminando hacia la mesa de la terraza donde estaban los demás.

—Pues que sepas que el día que tengas una hija te va a salir igualita a mí o peor, y esa va a ser tu penitencia. —Le saqué la lengua.

Iba a sentarme en una silla, pero Gael me lo impidió. Me cogió de la mano y tiró de ella para que me sentara sobre sus piernas.

—¿Qué haces? —pregunté sin dejar de sonreír.

—Cuidar de mi chica. Mejor que en mis piernas no vas a estar en ningún otro sitio. —Me dio un beso en la mejilla.

—Yo no sé vosotros, pero todavía estoy asombrada con el cambio de estos dos —dijo Abril.

Ella era la novia de uno de nuestros amigos del circuito. No eran de los más cercanos, pero nos llevábamos bien, así que cuando quedábamos para tomar algo sin alcohol, se apuntaban.

Ninguno de los presentes bebíamos si conducíamos; otra cosa muy distinta era cuando salíamos por la noche a desmelenarnos. En esas ocasiones, Bera y yo solíamos ir por nuestro lado, aunque alguna que otra vez coincidíamos con mi hermano y algunos de sus amigos.

—Pues tampoco es que hayamos cambiado tanto —le contesté—. La diferencia es que antes nos matábamos por separado y ahora nos matamos juntos.

—Me gusta más cómo nos matamos ahora que antes —dijo Gael, rodeándome la cintura con su brazo y acercándome más a él.

Me hacía sentir tan bien que a veces me costaba creerlo. ¿Cómo podía haber estado tan ciega durante tanto tiempo? No lo sabía, pero tenía claro que Gael me hacía sentir especial. Me animaba a seguir siendo yo misma, a no cambiar por nadie.

Era una sensación cálida, casi eléctrica, que me recorría de dentro hacia fuera. Cuando me miraba, era como si me viera entera, con mis defectos, mis locuras y mis manías, y, aun así, me deseara. No recordaba la última vez que alguien me había mirado de esa manera, sin juicio, sin miedo, sin reservas.

No quería ocultar lo nuestro, no quería que solo nos viéramos a escondidas. Si por él fuera, lo gritaría a los cuatro vientos, sin importarle nada más que nosotros dos.

Supongo que, después de tanto esconderme, necesitaba esto: un amor sin máscaras, sin prisas, sin la obligación de parecer fuerte todo el tiempo. Con Gael podía reír, discutir, provocarlo… y, aun así, sabía que, al final del día, él seguiría ahí, mirándome como si fuera su punto de calma en medio del caos.

Así era como debían ser las relaciones. No como la mía con Nolan. Aquello no lo fue. No solo por vernos en su casa o en la mía, sino por muchos motivos que era mejor no recordar.

Eso había quedado en el pasado. Lo único que me importaba ahora era mi presente y mi futuro.

Y mi presente estaba al lado de ese hombre que me tenía sentada sobre su regazo, sin dejar de acariciarme mientras hablaba con sus amigos y yo con las chicas.

Eran simples caricias a ojos de cualquiera, pero para mí lo significaban todo. En cada una de ellas iba un pedacito de cariño hacia mí. Con esas

caricias me decía lo mucho que le importaba, y con eso tenía más que de sobra para hacer que mi corazón latiera desbocado.

Parecía mentira que, con la edad que tenía, nunca hubiera vivido una relación así, y eso que solo estábamos empezando.

Quizás ese era uno de los motivos por los que me sentía tan ilusionada, pero puedo asegurar que ayudaba, y mucho, a que esa ilusión siguiera creciendo dentro de mí.

Cuando te sientes a gusto entre amigos, con conversaciones llenas de risas, el tiempo pasa tan rápido que ni te das cuenta. Y eso fue justo lo que nos pasó. Cuando quisimos darnos cuenta, las horas se nos habían echado encima.

Las luces del local empezaban a reflejarse en los cascos alineados junto a la terraza, y por un momento pensé que aquella imagen —nuestras motos, nuestras risas, las bromas cruzadas— era justo lo que necesitaba. Un pedacito de normalidad después de tantas idas y venidas. Un respiro antes de seguir acelerando la vida. Quizá eso era lo que siempre había buscado sin saberlo: un lugar donde descansar el alma sin tener que frenar del todo.

—¿Vamos a mi casa directos o pasamos primero por la tuya para que cojas la ropa que vas a necesitar mañana? —me preguntó Gael al levantarnos.

—Pasamos primero por la mía. Suelto la moto, cojo la ropa y me llevo el coche para ir al trabajo mañana —respondí.

Capítulo 19

Gael

Abrí el portón de la cochera para que metiera su coche. Esperé a que lo hiciera para aparcar mi moto; no la apoyé sobre la pata de cabra, sabía perfectamente lo que quería hacer y por eso la puse sobre el caballete.

El garaje estaba en silencio, solo se escuchaba el tic-tic del motor enfriándose y mi propia respiración, un poco más acelerada de lo normal. El olor a gasolina, metal y goma caliente se mezclaba en el aire, impregnando el ambiente con esa mezcla que siempre me había resultado adictiva. Había algo casi íntimo en ese silencio previo, en esa calma antes de que ella saliera del coche. Por un momento pensé que no se podía diseñar un escenario mejor para hacer realidad una fantasía que llevaba demasiado tiempo guardada.

Me bajé de la moto, me quité el casco y luego los guantes. En cuanto Dakota se bajó del coche y fue a sacar sus cosas de la parte de atrás, me fui hacia ella, impidiéndole moverse al colocar mis manos a cada lado de su cuerpo, apoyándolas sobre el coche.

Tenerla así, atrapada entre el coche y mi cuerpo, era una auténtica tortura deliciosa. Podía notar el calor que desprendía incluso a través de la ropa, y por un segundo me pregunté cómo había aguantado tantos años sin lanzarme de cabeza a por ella. Siempre había mantenido la distancia con la excusa de las pullas y las bromas, pero en momentos como este me quedaba claro que, en realidad, solo había estado intentando contenerme.

—Esta noche vamos a probar una cosa que llevo fantaseando desde que te conocí la primera vez —susurré en su oído.

—¿Matarme no será, verdad? Lo digo por si se te ocurre, que sepas que mi hermano sabría que has sido tú —pronunció con tono juguetón.

—Por mucho que me haya tentado hacerlo más de una vez, no lo es. —Le besé a un lado del cuello—. Por ahora me voy a conformar con hacerte mía sobre mi moto, y si tengo que matarte, que sea a orgasmos.

Fui bajando desde su cuello hasta el hombro con besos cortos, húmedos, dejando que el roce de su piel encendiera cada nervio de mi cuerpo. El aire del garaje olía a gasolina, metal y deseo.

—¿Qué te parece? —Ronroneé en su oído, subiendo de nuevo hasta él. La voz me salió más ronca de lo habitual; la excitación me recorría entero.

No era la primera vez que imaginaba algo así. Muchas noches, después de volver del circuito, me había quedado mirando la moto y pensando en ella, en cómo sería tenerla sentada encima de mí, jadeando, con las manos aferradas a mis hombros. Siempre lo había dejado en eso, en una idea medio loca que se quedaba flotando en mi cabeza. Pero ahora la tenía ahí, temblando entre mis brazos, y la fantasía estaba a punto de convertirse en un recuerdo muy real.

—Eso ya lo comentaste, y como no salga bien, nos podemos pegar una buena hostia y cargarnos tu moto.

—A la moto le pueden dar, mientras tú estés bien, lo demás no me importa nada —susurré, bajándole despacio la cremallera de la chaqueta—. Confía en mí, todo va a estar bien… y lo vamos a disfrutar mucho.

—Es que si no lo disfrutamos, es para que nos maten —murmuró, provocándome una sonrisa.

—Shhh… solo siente y no hables —le pedí.

Me fulminó con la mirada. Esa mirada suya me mataba más que cualquier palabra.

—No me mires así, que solo te lo he dicho para que disfrutes del momento —le aclaré, antes de callarla a mi manera: la cogí por la barbilla y acerqué mis labios a los suyos.

Dejé salir todo el deseo que tenía acumulado. Le perfilé los labios con la punta de la lengua, despacio, tentándola, atrapando sus suspiros y haciéndolos míos. La besé con hambre, con esa necesidad que llevaba tiempo conteniéndose.

Adentré mi lengua en su boca buscando la suya. Le giré el cuerpo, quedando frente a mí. Terminé de quitarle la chaqueta, rozándole los hombros con mis dedos.

—Yo también quiero desnudarte —me susurró con la voz cargada de deseo.

—Puedes hacer conmigo todo lo que quieras. —Me separé un poco para que tuviera mejor acceso a la cremallera de mi traje de carrera—. No sé qué me has hecho, pero me tienes embrujado.

Las ganas me podían; era como si algo me tirara hacia ella.

—Qué puedo decir, soy irresistible —contestó con una media sonrisa.

—Estoy de acuerdo contigo, aunque no te puedes quejar del hombre que tienes delante. Otro como yo no conocerás en tu vida —le murmuré antes de besarle la mandíbula.

—Gracias a Dios, no creo que el mundo esté preparado para otro Gael. —Metió las manos por dentro de mi chaqueta, acariciando mis hombros con una lentitud que me hizo contener el aliento.

—Pues que se vayan preparando, porque pienso hacer que dentro de ti crezca una copia de mí —bromeé, haciéndola reír.

—Tú no corres, tú vuelas. —Me quitó la chaqueta, dejándola caer al suelo.

—No te he dicho cuándo, pero algún día será. —Le levanté los brazos y le quité el jersey.

Sus pechos quedaron ante mis ojos, cubiertos solo por un sujetador de encaje verde. A través de la tela se distinguían los pezones, pequeños y ya erectos. Enganché los dedos en las copas y las bajé.

Empecé a besar desde la base de su cuello hasta uno de sus pezones, que atrapó mi boca como si lo buscara. Chupé, hice círculos con la lengua, lo saboreé. Con la otra mano masajeé el otro, sin prisas, con ternura.

Dakota soltaba suspiros entrecortados. Cada sonido de su garganta me incendiaba un poco más.

Separé mi boca y subí hasta sus labios. Le desabroché el sujetador, que cayó al suelo con el resto de la ropa.

Nos besamos de nuevo, los cuerpos rozándose, piel contra piel, calor contra calor. El roce de sus pechos en mi pecho era una locura.

Nos desabrochamos los pantalones al mismo tiempo, torpes, con prisa. En cuanto bajé su cremallera, metí la mano por dentro de su ropa interior. Estaba tan mojada que mis dedos se deslizaron con facilidad.

—Gael… no puedo aguantar más. —Jadeó.

—No lo hagas —le pedí, y la besé justo cuando el orgasmo la estremeció. Su cuerpo se arqueó contra el mío.

No dejé de besarla hasta que el temblor se calmó. Pero lejos de saciarse, buscó más.

Nos desnudamos del todo a trompicones. Iba a arrodillarse, pero la detuve.

—Si haces eso, no voy a durar. —Reí, tirando de su mano hacia la moto—. Ven, nena, móntate mirando hacia mí.

—Gael, ¿estás seguro de que no pasará nada?

—Si no lo estuviera, no lo haríamos así —le aseguré, ayudándola a subirse.

Al pasar una pierna por encima, la cogí de los muslos y la senté sobre mí. Por un instante cerré los ojos y respiré hondo, intentando no perder el control demasiado rápido. Había algo casi simbólico en tenerla así, con las piernas abiertas sobre mí y la moto como base de todo. Era como juntar dos de mis grandes adicciones en una sola escena: la velocidad y ella. Peligro, placer y un punto de locura mezclados en el mismo cuadro.

Movió la cadera despacio, frotándose contra mi erección hasta que la detuve, colocándole el glande justo en su entrada.

—Ahora baja… despacio. Quiero que lo sientas todo.

Se dejó caer poco a poco, y el calor de su interior me envolvió por completo. Cerré los ojos y solté un jadeo.

—Muévete, Dakota, porque esto es una tortura —susurré en su oído, pasando la lengua por su cuello.

Empezó a moverse despacio, con ritmo, torturándome aún más. Yo la guiaba de las caderas, marcando el paso. Los gemidos llenaron el garaje, mezclándose con el leve chasquido del cuero bajo nosotros.

El aire estaba espeso, cargado de sexo y de motor caliente. El sonido de su respiración era casi tan fuerte como el latido en mis sienes.

—Joder, nena… qué bueno —dije con voz ronca, los ojos cerrados, el cuerpo tenso.

—No creo que aguante mucho más —murmuró—. En esta postura… se ven las estrellas.

—Hasta que te haga ver el firmamento entero, no pienso parar.

La agarré de la nuca y la atraje para besarla. No sé qué me pasaba, pero no podía dejar de hacerlo. Era como respirar.

Los movimientos se volvieron más rápidos, más profundos, hasta que los dos nos deshicimos al mismo tiempo, cayendo exhaustos.

Apoyamos la frente uno contra otro, intentando recuperar el aliento. Mientras recuperaba el aire, con el corazón golpeándome en el pecho como si quisiera salirse, tuve clarísimo que aquello no era solo sexo. Habíamos cruzado una línea que ya no tenía vuelta atrás, y en lugar de asustarme, me dio una especie de calma rara. Llevaba años deseándola a medias, a destiempo, en silencio. Ahora, por primera vez, sentí que estábamos en el mismo sitio, en el mismo punto, queriendo lo mismo en el mismo momento.

El silencio se hizo cómodo. Solo se oía la respiración y el golpeteo leve del motor enfriándose.

—Ha estado bueno —dijo sonriendo, con los ojos cerrados.

—Siempre tengo buenas ideas —contesté, sin apartar la mirada de su cara.

La observé un rato largo. El rubor en sus mejillas, el brillo en su piel, el temblor leve que aún no se iba. Quise memorizarla así.

La ayudé a bajarse de la moto y, al hacerlo yo, solté una mueca de dolor.

—¿Qué te pasa? —preguntó preocupada.

—Parece que no he pensado en todo —me quejé cuando se oyó el sonido de despegar la piel del sillín—. Un poco más y me dejo el culo y los huevos pegados al asiento.

Dakota estalló en carcajadas.

—No te rías, que no sabes lo incómodo que es despegarse de ahí poco a poco.

—Ja, ja, ja… para la próxima ya sabes lo que tienes que hacer.

—¿Sentarte tú y ponerme de rodillas para comerte hasta el sentido? —repliqué con una sonrisa.

—No, poner una camiseta para que no se te quede el culo pegado, aunque si haces eso que has dicho no te diré que no.

—Tomo nota. Ahora vamos a darnos una ducha. Mejor juntos que separados, ya sabes, por el bien del planeta.

—Tonto que me salió el niño —respondió entre risas, caminando hacia la puerta del garaje que daba a la casa.

Nos dirigimos hacia la puerta que comunicaba con la casa. Mientras caminábamos, la penumbra del garaje y el olor a gasolina se mezclaban con el de su piel y el aire aún cargado de deseo. La ayudé a entrar. Dentro, la casa estaba en silencio, solo iluminada por la luz cálida de una lámpara del salón que dejé encendida por costumbre.

La noche nos envolvía. Todo parecía más lento, más íntimo. Sentí su mano buscar la mía, y esa simple caricia me bastó para entender que lo que acabábamos de vivir había cambiado algo entre los dos. No lo dijimos, pero ambos lo sabíamos: después de esta noche, ya nada sería igual.

Capítulo 20

Nolan

Los días pasaban y la angustia no se iba; cada mañana era más intensa que la anterior. Dormía poco, mal, con la cabeza llena de ruido. A veces despertaba empapado en sudor, con la sensación de haber estado corriendo detrás de algo que nunca alcanzaba. Me miraba al espejo y veía unos ojos distintos, vacíos, cansados. Al final aquello no me valía: tendría que poner las cartas sobre la mesa y mostrar mi verdadero yo, el que durante años me había encargado de ocultar a todo el mundo.

Llevaba tanto tiempo fingiendo que ya no sabía dónde terminaba la mentira y empezaba yo. Era como mirar mi propio reflejo y no reconocer al hombre del espejo. A veces, en esos momentos de calma forzada, me preguntaba si todo habría sido distinto, si hubiera sabido amar de verdad, sin manipular, sin poseer. Pero la duda solo duraba unos segundos, lo justo antes de que la rabia volviera a ocupar su sitio. Y esa rabia, tan mía, era lo único que me recordaba que seguía vivo.

Tanto lo había ocultado que hasta yo mismo me había creído el papel que estaba interpretando.

La culpa de que todo se descontrolara era exclusivamente mía. En un principio pensé que la tenía comiendo de la palma de mi mano, que no le importaría mantener lo nuestro en secreto, pero todo el mundo tiene un límite. Ella llegó al suyo y yo no conté con que eso pasaría.

No era amor, lo sabía. Era una necesidad enfermiza de tenerla, de sentir que seguía siendo mía aunque ya no me perteneciera. A veces pensaba en ella y me bastaba con recordar su voz para perder el control. Era como una droga, una que yo mismo había fabricado y de la que nunca supe cómo desintoxicarme. Intenté alejarme, fingir que no me importaba, pero bastaba oír su nombre para que todo volviera a estallar dentro de mí.

Había contenido mi obsesión por ella como pude durante los tres años en los que no la vi, pero cada día me costaba más no tenerla debajo de mi cuerpo. Ahora me importaba una mierda todo con tal de volverla a tener solo para mí, y lo iba a conseguir, me costara lo que me costara.

Ya había llegado al límite de mostrar ante todos una cara que no era la mía. Sí, había algo de verdad en ese personaje, pero no era el núcleo, no era lo que ardía dentro de mí.

—Si quieres que te deje en paz y que salgas de aquí, me tienes que ayudar e interpretar el mejor papel de tu vida —le dije a la mujer que tenía ante mí, en el sótano de mi casa.

El aire allí abajo era denso, cargado. La bombilla parpadeaba cada pocos segundos, proyectando sombras que parecían moverse con vida propia. Olía a humedad, a encierro, a miedo. Katia se removía en la silla, con los ojos hinchados de tanto llorar. Lo que no había conseguido la policía lo estaba consiguiendo yo, pagando, maniobrando, doblando voluntades. Nada se interpondría entre ella y yo.

—No entiendo el empeño de tenerme aquí, cuando podrías vivir la vida que quieres sin que ni tu hijo ni yo estemos en ella, ya que no nos quieres a ninguno de los dos —dijo ella, con esa mezcla de miedo y desafío que siempre le había reconocido.

—Si te soy sincero, me importas una mierda —le solté sin rodeos—, pero sé que por tu hijo eres capaz de hacer cualquier cosa. No te vas a negar a lo que te voy a pedir, porque si lo haces, no vuelves a ver al niño.

Había algo casi poético en todo aquello: usar el amor de una madre como moneda de cambio. Pero la poesía se perdía rápido cuando se mezclaba con el miedo. Katia sabía que yo no bromeaba, que mis amenazas no se quedaban en

palabras. Lo había aprendido con los años, a base de miradas y silencios que decían más que cualquier grito.

El niño estaba sobre la cama pequeña del sótano, tranquilo por ahora, entretenido con unos juguetes que le había bajado de su habitación. El sonido del plástico golpeando el suelo rompía el silencio, un golpeteo suave, constante, que me taladraba los nervios. Me partía el pecho y, sin embargo, era el hilo por el que tiraba para conseguir lo que quería.

A veces me miraba con esos ojos enormes, inocentes, tan parecidos a los de su madre, y me hacía sentir una punzada extraña. No era cariño ni ternura; era un recordatorio constante de mis errores, de la vida que no había querido, pero que me había alcanzado igual. Me preguntaba si algún día llegaría a comprender el tipo de hombre que era su padre. Ojalá no lo hiciera nunca.

No podía decir que amaba a mi hijo por encima de todo. No fue un niño que yo hubiera querido tener; había nacido de una trampa para retenerme. Aun así, con los años le había cogido una rutina de cariño —tibia, incómoda — que no borraba el origen. Si hubiese sido programado por amor, tal vez lo habría querido de otra manera. Pero no fue así.

Lo cierto era que ya era hora de jugar mi carta más sincera: mostrar la ambición que me movía, sin medias tintas.

—No entiendo qué puedo hacer, solo dilo y deja que me vaya con mi hijo —susurró, temblando—. Prométeme que una vez hayas conseguido lo que quieres no volverás a cruzarte en nuestras vidas.

La miré con rabia contenida; esa rabia quemaba y me dio fuerzas para avanzar un paso. La sostenía del mentón, y mi voz no admitía duda.

—No prometo nada —respondí—. Pero puedes quedarte tranquila: cuando tenga a Dakota conmigo tú sobras totalmente. Presta atención: si me entero de que le dices algo a alguien, no vuelves a ver al niño.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas; su mirada mezclaba odio y pánico. Me importó poco. Todo estaba justificado si la recuperaba.

—Me vas a ayudar a conseguir que Dakota vuelva conmigo —le expliqué con frialdad—. Me da igual si te tienes que acostar con su novio, si tienes que suplicar, pero los vas a separar. Ante ella, yo seré la víctima.

—No puedo hacer algo así —balbuceó—. Además, me has denunciado ante la policía. Estoy en busca y captura por haberme llevado a mi hijo; en cuanto aparezca, me detendrán.

—No. —Sonreí con veneno—. Voy a retirar la denuncia. Tú llorarás, dirás que lo hiciste en un arrebato de celos porque pensabas que ya no te quería. Lo arreglaremos. Y si no funciona, ya haré que parezca otra cosa.

Me miró como si hubiera perdido la cabeza. Tal vez la había perdido. No me importaba: iba a por lo que quería sin medir el daño.

—Desde que te conozco vives obsesionado con esa mujer; aunque desde hace poco la cosa ha ido a peor. ¿Por qué, Nolan? No lo entiendo. Hacíamos buena pareja, nos iba muy bien en la cama, siempre nos hemos entendido perfectamente ahí. —Me miró y el temor que había en sus ojos se convirtió en rabia.

»Yo siempre te pude dar lo que ella nunca te daría. Si antes, cuando estaba enamorada de ti, abrió los ojos y te alejó de su vida, ahora que ella está con otro hombre, no va a dejar que te acerques a ella.

—Ese no es tu problema —le respondí—. Lo único que te tiene que importar es lo que te he dicho que tienes que hacer. —La cogí por la barbilla, mirándola con rabia; una rabia que nacía en lo más profundo de mi ser.

—Si me dieras una oportunidad, si aceptaras al niño y a mí en tu vida… piénsalo: es tu hijo y yo te sigo amando, por muy cabrón que hayas sido conmigo. —Su voz sonó suplicante y dolida.

—Los tiempos en los que lo pasaba bien contigo en la cama han desaparecido —dije, más frío—. Ya no me satisfaces; quiero volver a probar su cuerpo y lo voy a conseguir, aunque tenga que llevarme por delante a quien se interponga.

»Así que te aconsejo que no te entrometas, porque me da igual que seas mi mujer y la madre de mi hijo. —Recorrí su cuerpo con la mirada; seguía

siendo atractiva, pero no era lo que yo deseaba.

»Y hablando de ser mi mujer: otra cosa que vas a hacer es firmar los papeles del divorcio, por las buenas.

—No entiendo cómo puedes estar tan ciego. —Se giró para ir hacia nuestro hijo; la detuve de la manga.

—Te lo digo por última vez, y no me hagas perder la paciencia. —Al subir el tono, el niño se asustó y comenzó a llorar—. No tienes que entender nada: haz lo que te he dicho. Coge al niño, cálmalo y ve al salón.

Y allí, en esa luz apagada del sótano, veía el camino trazado: manipulación, disculpas forzadas, escenas que cualquiera creería. Llamaría a Dakota, le diría que Katia había vuelto por voluntad propia con el niño; me haría la víctima doliente, arrepentido. Todo lo reproduciría con precisión para tocar sus heridas.

Ella lo escuchó, aterrada. Después se llevó al niño al salón y yo subí a mi despacho para preparar la llamada que iniciaría el plan.

Encendí una lámpara de escritorio y observé el reflejo del teléfono sobre la mesa. Tenía la sensación de estar a punto de abrir una puerta que no se cerraría nunca más. Pero el miedo no me detuvo; nunca lo hacía. Lo mío era avanzar, aunque fuera hacia el abismo.

Podía parecer loco, y tal vez lo estaba. Pero yo no lo veía así: veía un tablero, piezas que mover, una única meta. Si Katia no lograba su efecto, si la actuación de ella no hacía reaccionar a Dakota, entonces tomaría medidas más duras. Me había prometido a mí mismo que si no era conmigo, no sería con nadie.

Con esa certeza fría me senté, marqué el número y esperé.

Capítulo 21

Dakota

Si me hice policía fue por algo, y si he ido subiendo de rango, también es por ese algo. No es por nada, pero la historia que me había contado Nolan cuando fui a su casa y vi a su mujer allí con su hijo no me terminó de cuadrar.

¿Después de lo que ella le había hecho con su hijo y él no quería seguir adelante con la denuncia? Podía llegar a entenderlo, era la madre de su hijo y la mujer con la que había compartido su vida estos tres últimos años. Al menos, eso fue lo que él me dijo.

Pero que ella estuviera allí sentada, tan tranquila, con su hijo en brazos… no sé, había algo que no encajaba. ¿Por qué ese cambio tan repentino? Se suponía que se había ido para vengarse de él porque quería separarse.

Tal vez simplemente me había vuelto desconfiada con todo lo relacionado con Nolan.

Sabía que era muy bueno en su trabajo y que, si mi padre lo tenía en tan alta estima, era por algo, pero, aun así, no terminaba de cuadrarme nada.

La mirada de él era extraña. No digo que para mal, pero sí distinta a la última vez que hablé con él, y mucho más diferente de la que recordaba de cuando estuve con él. Había algo en su forma de observar, una especie de calma forzada que me ponía nerviosa.

Eso por no hablar de la de Katia, que no era mucho más limpia. El único momento en que se le suavizaba la expresión era cuando miraba a su hijo. Ahí sí miraba de verdad.

Supongo que lo importante era que Nolan estaba de nuevo junto a su hijo y que nadie iba a separarlos. Fuera cual fuera el motivo por el que Katia había vuelto, lo único bueno de todo aquello era eso: padre e hijo estaban juntos.

Lo primero que hice al salir de la casa de Nolan fue ir a ver a mi jefe. Tenía que ponerlo al tanto de todo. Como favor personal, no iba a seguir adelante con la detención de su mujer, porque, aunque él retirara la denuncia, al ser un caso de secuestro —aunque fuese de su propio hijo— el procedimiento no se detenía.

En ese caso íbamos a hacer una excepción, por el hecho de que lo conocía. Y aunque no le debía nada, quise hacerlo así.

Tenía mucha confianza con mi superior; eran muchos años trabajando mano a mano. Le conté todo lo que había hablado con ellos y le expliqué las razones que me dio cada uno.

A regañadientes, aceptó lo que le pedí, no sin dejarme claro que no estaba del todo convencido y que, aunque a ella no se la detuviera, no se les iba a quitar la vista de encima a ninguno de los dos. Si a mí todo aquello me había parecido raro, a mi jefe le había resultado aún más extraño.

Ese día había quedado con Bera para tomar algo en su casa. Me quería contar cómo le había ido en su cita con Brian, y yo estaba más que dispuesta a escucharla.

En primer lugar, porque por teléfono la había notado feliz, y todo lo que a ella le hacía sentir bien, a mí también me llenaba de alegría. Las alegrías de Bera eran mis alegrías, y sus penas también las hacía mías. Lo mismo pasaba al revés.

Y, en segundo lugar, porque también necesitaba hablar con ella y que me ayudara a comprender un poco mejor todo lo que me estaba pasando últimamente.

—¡Hasta que por fin apareces! —fue su bienvenida nada más cruzar la puerta.

—No me digas nada, que el día se me ha hecho larguísimo. Anda, que si te contara, te ibas a quedar con la boca abierta —le respondí, entrando directamente en su cocina para coger una cerveza de la nevera.

—Coge otra para mí, capulla —gritó desde el salón, donde me esperaba.

Ya que íbamos a beber cerveza, preparé un cuenco con unas cuantas patatas al punto de sal.

—Y ahora ya puedes empezar a contarme qué te ha pasado —me dijo, cogiendo su bebida.

—No, no. Empieza tú. ¿Qué tal te fue con Brian? —Quise saber.

—Joder, ahora me dejas intrigada… y lo que es peor, preocupada.

—Bera, no me pasa nada, puedes quedarte tranquila. Ahora cuéntame cómo te fue.

—¿Te puedes creer que, con todo el tiempo que hace que nos conocemos Brian y yo, nunca nos habíamos fijado el uno en el otro? —me preguntó, aunque sonó más a afirmación que a duda.

—Y tanto que te creo. Para muestra, un botón: mírame a mí. —Nos reímos —. Vosotros por lo menos, no os matabais vivos.

—También es verdad —dijo, riendo sin parar—. Todo esto es muy raro, y no lo digo solo por lo tuyo, que a eso hay que echarle de comer aparte. Lo digo también por mí. —Hacía tiempo que no veía a mi amiga con ese brillo en los ojos.

—Con esa mirada puedo deducir, sin que me digas nada, que tu cita con Brian fue mejor que bien. —Levanté mi cerveza para brindar con ella—. Porque lo tuyo con él vaya bien y porque por fin hayas encontrado a ese hombre que llene tu corazón.

—Y por ti también, para que Gael te siga haciendo feliz y tú a él. Hacéis una pareja preciosa. —Chocamos las bocas de las botellas y dimos un sorbo.

—Cuéntame ya, que me tienes de lo más intrigada. ¿Estuvo bien contigo? ¿Te trató bien? Bueno, eso lo doy por hecho. Si no, sería hombre muerto. —Sonreí al decirlo, y ella también lo hizo.

—Eso no hace falta que me lo jures. Sé que serías capaz de hacerlo por mí y mucho más, igual que yo lo haría también por ti. —Cogió unas patatas y, tras masticar con calma, añadió—: Es todo lo que siempre he esperado de un hombre. Por lo menos, es lo que me ha parecido hasta el momento.

»Fue atento, cariñoso, detallista, pero sin llegar a ser empalagoso. Además, divertido y, lo que es mejor, sin cortar mis alas; al contrario, me daba más de las que por sí sola puedo llegar a tener.

Era un gusto escucharla. Cuando algo no le gustaba, Bera lo maquillaba con bromas. Pero cuando algo le llegaba de verdad, lo contaba con esa emoción sincera que la desbordaba. Y esta vez no había duda: estaba feliz.

—Bera, es muy bonito oírte decir todo eso. De verdad que no sabes cuánto me alegro por ti.

—Sí que lo sé. —Rio—. Y eso que todavía no te he contado la parte más picante de la noche. —Subió y bajó las cejas varias veces, provocando mi carcajada.

—No me digas que a este sí que es verdad que le mide metro y medio —le dije entre risas, y ella explotó en carcajadas.

—¿Tú me ves en silla de ruedas? —respondió entre risas—. Del tamaño no te voy a decir nada, porque tú tampoco lo has hecho, pero sí te diré que en mi vida había tenido tantos orgasmos en una sola noche.

Madre mía, ¿dónde habían estado estos hombres?, me pregunté mentalmente. Una pregunta tonta, con una respuesta aún más sencilla: habían estado delante de nuestras narices y nosotras no habíamos sabido verlos.

Era para que nos dieran de hostias, pero con la mano bien abierta.

Aunque, bueno, con nosotras se puede aplicar eso de que nunca es tarde si la dicha es buena. Por lo menos por ahora, tampoco hay que correr tanto ni hablar sin sentido común.

Al final se nos fue la mano con las cervezas. No es que estuviéramos mareadas, ni mucho menos, pero si con una cerveza encima no conducía ni loca, mucho menos con tres.

Así que me quedé a dormir en casa de Bera. Total, allí tenía ropa por todas las veces que me había quedado antes… y por las que me quedaban aún.

Además, mi amiga también tenía mi casa medio ocupada con sus cosas. Si nos poníamos a mirar con lupa, podría decir que ella tenía más pertenencias en la mía que yo en la suya.

Decía que mi casa le gustaba más, que era más cómoda y tranquila. Y tenía razón: yo no tenía vecinos que molestaran, y los suyos eran un poco ruidosos.

Aquella noche, antes de dormirme en su sofá, pensé en lo mucho que había cambiado mi vida en tan poco tiempo. Entre Gael, el trabajo, Nolan y todo lo que no me atrevía a nombrar, tenía el corazón revuelto. Cerré los ojos y deseé, al menos por esa noche, no soñar con nada que me hiciera dudar de lo que era real.

Capítulo 22

Gael

Estaba tomándome una copa con Brian en el local al que solíamos ir siempre que queríamos despejarnos y charlar tranquilamente. El bar era el de siempre, nada fuera de lo normal. Mismo ruido de vasos, misma música de fondo y el olor a cerveza que ya era parte del sitio. Pero esa noche no estaba tranquilo. Tenía una sensación rara, como si algo no encajara, como si alguien me mirara fijamente desde algún punto del local. Y no me gustaba nada esa sensación.

Era como si alguien me observara desde algún rincón, sin apartar la mirada ni un segundo. Esa sensación me recorría la espalda y me ponía los nervios a flor de piel.

—¿Estás bien? Te noto raro —me preguntó Brian, con el ceño fruncido.

—No sé, tío. Tengo una sensación extraña, como si me estuvieran mirando fijamente.

—Pues no es una sensación —respondió en tono divertido—, porque desde que nos sentamos hay una mujer que no te quita ojo. Amigo, sin quererlo, has ligado.

—Déjate de gilipolleces, que no necesito ligar. Ya tengo todo lo que necesito. —Le di un trago a mi copa y solté el aire por la nariz—. Joder, hay que ser muy descarada para mirar así.

No tenía otra cosa que hacer que fijarme en otra mujer. No porque nadie me lo prohibiera, sino porque no me apetecía ni lo más mínimo. Con mi chica tenía más que suficiente. Dakota me daba todo lo que necesitaba: calma, fuego, ganas. Con ella a mi lado, no me hacía falta mirar a ningún lado más.

Por mí podían observar lo que quisieran; jamás iban a conseguir nada de mí.

—Yo no he dicho que lo necesites, solo que lo has hecho. Y sí, descarada es, porque acaba de levantarse… y viene hacia aquí —añadió Brian, medio en broma, medio serio.

Sentí cómo el cuerpo se me tensaba.

—Me voy —murmuré, dispuesto a levantarme, pero Brian me detuvo poniéndome la mano en el brazo.

—No seas gilipollas. Si no te interesa, se lo dices y punto. Espera a ver qué quiere.

No pude contestar, porque la mujer ya estaba delante de nosotros. No voy a mentir: era guapa. Pero por muy atractiva que fuera, no me interesaba en absoluto.

—Buenas noches, ¿eres Gael? —preguntó con una voz insegura, casi temblorosa.

Me extrañó que preguntara por mí. No la conocía de nada.

—¿Por qué preguntas por él? —intervino Brian, desconfiado.

—Solo quiero saber si es o no. Necesito hablar con él de algo muy importante —contestó la mujer.

—Buenas noches, sí, soy Gael. ¿Qué es lo que quieres? —Sé que sonó borde, pero fue lo primero que me salió.

—Me gustaría hablar contigo a solas.

Ni loco. Me conocía esos trucos.

—Lo que tengas que decirme, puedes hacerlo delante de mi amigo.

—Es algo importante, y no sé hasta qué punto hablas de tu vida privada con él.

—Hasta el punto de que sabe mi vida al completo —le aclaré—. Así que, si quieres que te escuche, será con él aquí o no será.

La mujer dudó un segundo y luego asintió.

—Está bien. ¿Puedo sentarme? Es algo largo… y me juego mucho viniendo hasta aquí. Si se enteran, puedo perder a mi hijo y muchas más cosas.

Eso me dejó en guardia. ¿Por qué iba a perder a su hijo por hablar conmigo?

—Siéntate, por favor —dijo Brian, ofreciéndole una silla—. Cuando quiera puede empezar.

La mujer se sentó frente a mí. Movía nerviosa las manos, sin saber dónde mirar. Yo no quitaba los ojos de su rostro, intentando averiguar si mentía.

—Me llamo Katia. —Empezó, tragando saliva—. Soy la mujer de Nolan.

La miré con más atención. Ese nombre era suficiente para que me hirviera la sangre. Aquel hijo de puta se había reído durante años de Dakota y había sido la razón de muchas de sus heridas.

—Dakota me contó que habías vuelto con tu hijo —dije—, y todo lo que tú y tu marido le dijisteis.

—Todo eso fueron mentiras. Mentiras ideadas por él. —Su voz se quebró, y lo que siguió me heló la sangre—. Es verdad que me fui, pero no por el motivo que él le contó a tu novia. Me fui porque mi vida con él se había vuelto un infierno. Y tampoco he vuelto por voluntad propia. Nolan me encontró. Si hubiera sido por mí, jamás habría regresado.

—¿Sabes que somos policías? Esto que cuentas lo puedes denunciar —le dije, y noté cómo la rabia me empezaba a subir por el cuerpo.

—No puedo denunciarlo, no todavía. No hasta estar segura de que mi hijo estará a salvo. —Nos miró con desesperación—. Solo estoy aquí para advertirte. Nolan está completamente obsesionado con Dakota. Hará lo que sea por recuperarla, incluso si eso significa obligarla. Te lo ruego, no dejes que esté a solas con él. Es capaz de cualquier cosa.

Esa vez sí sentí cómo me hervía la sangre de verdad.

—Necesito que me digas exactamente qué te ha pedido que hagas —le pedí, manteniendo la calma como pude—. Luego pensamos cómo protegerte.

Me contó todo. Su plan era que ella se acercara a mí, que intentara seducirme y, cuando cayera, sacar unas fotos comprometidas para que Dakota las viera y pensara que la había engañado. Si eso no funcionaba, lo haría al revés: fingir que Dakota había estado con él.

Mientras hablaba, Brian me miraba de reojo, tan incrédulo como yo.

—Tiene la mente enferma —dijo Katia con voz baja—. Cuando una persona deja de razonar, ya no hay límites.

Mi cabeza no paraba de procesar todo. Lo que estaba contando tenía sentido, y precisamente por eso daba miedo. Mientras la escuchaba, me hervía la sangre. No era solo rabia, era esa sensación de que algo muy gordo estaba a punto de pasar. Pensar en Dakota me ponía tenso, porque sabía que ese cabrón era capaz de cualquier cosa con tal de joderla. Me costaba mantener la calma, tenía el cuerpo en tensión, preparado para salir corriendo y pararlo antes de que se le ocurriera acercarse a ella.

Lo primero que tenía que hacer era hablar con Adriel, ponerlo al tanto y trazar una estrategia con él. Ese sería el primer paso. Luego ya veríamos los siguientes.

—No te preocupes por ti ni por tu hijo —le aseguré, sin apartar la mirada —. Te prometo que voy a ayudaros. Pero sigue su juego, no le lleves la contraria.

Katia asintió despacio.

—Tengo que irme. No quiero dejarle mucho tiempo con el niño. Sé que no le haría daño… o eso quiero pensar. —Se levantó con prisa.

—Katia, cuídate. Nos mantendremos en contacto —le dije, sinceramente apenado. Se notaba que había estado enamorada de ese hombre, y que una parte de ella aún lo estaba, a pesar de todo.

—Tío, esto no me gusta nada —murmuró Brian cuando se fue.

—¿Y te crees que a mí sí? —contesté, apretando los dientes—. Joder, lo único que quiero es ir a buscarlo y reventarle la boca hasta que escupa los dientes uno a uno.

Apreté la mandíbula y me obligué a respirar hondo. Si me dejaba llevar por la rabia, no serviría de nada.

—Me voy —dije de pronto, al levantarme—. Tengo que hablar con Dakota y con Adriel.

—Voy contigo. Sé que hoy había quedado con Bera, están en casa de tu chica. —Se levantó también—. El otro día fue en la de Bera; hoy les toca allí. No saben estar la una sin la otra —bromeó, intentando relajar el ambiente.

—Es normal. Son amigas desde niñas, se sienten más hermanas que amigas —dije mientras pagaba a la camarera.

—Te sigo en mi coche —confirmó.

Habíamos venido cada uno en el suyo, así que nos fuimos igual.

Salí del local con el corazón acelerado, sin mirar atrás. El aire de la noche era frío, pero ni siquiera lo sentí. Solo escuchaba el rugido del motor y mi propia respiración entrecortada. Las luces de la ciudad pasaban fugaces a mi lado, y cada una de ellas parecía recordarme que no podía perder ni un segundo. Tenía que verla, asegurarme de que estaba bien. Que nadie —ni siquiera Nolan— volviera a acercarse a ella.

Conduje rápido, con la mente en mil cosas a la vez. Ni siquiera la había avisado de que iba. Solo sabía que tenía que verla, tenerla cerca, y asegurarme de que ese cabrón no volviera a cruzarse en su camino.

Capítulo 23

Dakota

—Debe ser el repartidor —dije, levantándome del sofá cuando tocaron el timbre.

—Coge dinero de mi cartera —me dijo mi amiga. La miré por encima del hombro, como preguntándole si lo decía en serio.

—No me mires así, te recuerdo que la que ha tenido antojo de *pizza* he sido yo —respondió, como si eso justificara que tenía que pagar ella.

—Estás en mi casa y aquí pago yo —contesté riendo mientras iba hacia la puerta, después de coger la cartera del mueble del recibidor.

Al abrir la puerta, me quedé un poco paralizada, no porque no me hiciera ilusión ver a Gael con Brian a su lado, sino porque no los esperaba para nada. Se suponía que iban a tomarse algo en el local al que solían ir de vez en cuando, y que al día siguiente nos veríamos.

En cuanto lo vi, sentí cómo el corazón me dio un salto. No sé si fue por la sorpresa o por lo mucho que lo echaba de menos, aunque solo hubieran pasado unas horas. Había algo en su forma de mirarme que siempre me descolocaba, como si todo lo demás dejara de importar durante unos segundos.

—¿Así recibes a tu chico? —preguntó con una pequeña sonrisa en el rostro.

—Se suponía que no habíamos quedado. —Fui hacia él para abrazarlo con fuerza y darle un beso—. Bera, aquí el repartidor quiere preguntarte algo —le dije a mi amiga, cuando me separé de los labios de Gael.

—Hola a ti también, forastero. ¿Vienes a llevarte a mi chica?

—Hola, no. Vengo a haceros compañía. —Me guiñó un ojo.

—Buenas noches… —Se quedó a medio hablar cuando se dio cuenta de quién había en la puerta—. Pero bueno, ¿tan irresistible soy que no puedes vivir una noche sin mí? —le preguntó, toda descarada.

—Mi amigo no paraba de lloriquear porque decía que echaba mucho de menos a su chica. Así que me compadecí de él y os lo he traído. —Se encogió de hombros, restándole importancia a lo que había dicho.

—Oh, supongo que como ya lo has acompañado, te puedes marchar. Buenas noches —le contestó mi amiga, dándose la vuelta para ir hacia el salón.

Brian pasó por mi lado, entrando en casa tan rápido como pudo. Gael y yo vimos desde la entrada cómo giraba a mi amiga y le daba un beso que a cualquiera la habría dejado con las piernas temblando.

—Me encantas —le dijo, y aunque lo hizo en voz baja, lo escuchamos perfectamente—. Tenía muchas ganas de verte.

Dejé de prestarles atención y se la dediqué al hombre que cada día me robaba más el corazón.

—Me ha gustado mucho que hayáis venido, no me lo esperaba. —Le rodeé el cuello con los brazos para darle otro beso. Me lo respondió, aunque lo noté un poco más serio de lo normal—. ¿Pasa algo? —pregunté en un susurro, con nuestras frentes casi en contacto.

—Tengo que hablar contigo de algo importante que me ha pasado esta noche, pero quiero hacerlo con tu hermano delante.

—Me preocupas cuando dices algo así y con ese tono. —Me separé un poco de él.

—No te voy a negar que no es para preocuparse. —Cada vez estaba más serio.

—Dime al menos que entre nosotros todo está bien. —Sentí una pequeña presión en el pecho.

—Nena, no pasa nada entre nosotros. Estamos bien, yo diría que muy bien. —Me cogió por las mejillas, acercando mi rostro al suyo hasta que sus labios quedaron sobre los míos—. Me haces feliz, eres mía y no pienso dejarte escapar —murmuró sobre ellos—. Que lo mío me ha costado llegar hasta donde estoy.

Me sacó una sonrisa.

—Vamos dentro, así llamamos a mi hermano. ¿De verdad no me lo puedes ir contando mientras llega?

—No es eso, pero prefiero que esté presente. No quiero que te preocupes, ¿vale? —Me acarició la mejilla con el pulgar—. Te prometo que todo va a estar bien.

No sabía qué estaba pasando, pero fuese lo que fuese, me hacía sentir tranquila. Era una sensación extraña; hasta ahora nadie me había hecho sentir esa paz. Era como si con su mirada me calmara, como si estando a su lado todas las cosas que pudieran suceder desaparecieran, sin dejar nada que se interpusiera entre nosotros.

Con él todo parecía tener sentido. No necesitaba promesas, solo esa manera suya de hacerme sentir segura, como si nada ni nadie pudiera dañarme mientras me tuviera entre sus brazos. Era la calma que nunca supe buscar y que sin darme cuenta había encontrado en él.

Tal vez sonara exagerado, pero así me hacía sentir. Y ante eso no podía mentirme, ni a mí misma ni a nadie.

Creo que todos esos años en los que nos habíamos tirado los trastos a la cabeza —y digo «trastos» entre comillas—, en realidad solo fueron excusas para buscarnos la boca. Yo sabía que él era buena persona, y que si algún día me pasaba algo, podía contar con él. Igual que Gael, sabía que también podía contar conmigo.

Nunca fue más que eso, y en el fondo creo que esa tensión nos ayudó a conocernos mejor de lo que pensábamos.

Tiré de su mano para entrar en casa. Todavía estábamos justo en la entrada cuando llegó el repartidor con las dos *pizzas*. Le pagué mientras Gael las llevaba al salón.

—Menos mal que pedimos dos —dijo Bera cuando entré—. Aunque creo que va a faltar con lo que comen estos dos. Y si tu hermano va a venir también, no tendremos ni para empezar.

—Tampoco te pases, que tanto no comemos. —Se defendió su chico—. Lo justo para mantener nuestros cuerpos. Y si no me equivoco, el mío te gusta mucho. —Puso una mano sobre su rodilla, subiendo por su muslo.

Aquello parecía más una comedia improvisada que una cena entre amigos. Me encantaba verlos así, tan naturales, tan ellos. Durante un rato me olvidé de todo, incluso de las preocupaciones que me rondaban desde hacía días. Era bonito sentir que, por un momento, la vida podía ser tan simple como una *pizza* y unas risas.

—Estás bien, no me puedo quejar. Y deja esa mano quieta, que la tienes más larga que los tentáculos de un pulpo. —Puso su mano sobre la de él para detenerla.

—No soy yo, se va directa por inercia. Mira que la regaño mentalmente. —Le encantaba decir payasadas; era tan parecido a Bera en eso que daba miedo.

Todos decían que yo era de armas tomar, pero siempre respondía que quien decía eso era porque no conocía a mi amiga. Si la conocieran, se darían cuenta de que yo era una pulga a su lado.

—Cuando estemos solos, te voy a enseñar lo que es la verdadera inercia —le dijo él con voz melosa.

—¡Todos a la puta calle ya! —gritó Bera levantándose del sofá para dar más énfasis a sus palabras.

—Brian —lo llamé para que me mirara—, te recuerdo que estás en mi casa. Así que calladito, o el que va a salir por la puerta vas a ser tú.

—Vamos a dejarlos solos, a ver si se calman, mientras preparamos algo más de comida para cuando llegue tu hermano —dijo Gael, poniéndose de pie y cogiéndome de la mano.

Como ya teníamos las *pizzas*, decidimos hacer una ensalada y preparar una tabla con distintos tipos de quesos, además de unas pequeñas tostas de paté de salmón con sucedáneo de caviar.

—No es normal lo callado que estás esta noche —le dije mientras yo preparaba la ensalada y él cortaba el queso—. Eso me hace pensar que lo que quieres decirnos es más serio de la cuenta.

—Solo estoy pensando. —Dejó lo que estaba haciendo, fue al fregadero a lavarse las manos, y cuando se las secó, vino hasta mí y me rodeó la cintura con sus brazos—. No quiero que te angusties, pero he descubierto cosas de Nolan, y no es trigo limpio. —Lo miré atentamente, sin comprender del todo —. Nena, sé de buena mano que va a intentar separarnos.

—Me da igual lo que haga. Estoy bien contigo y no quiero saber nada de él. No tienes que preocuparte. —Quería que se sintiera tranquilo, porque para mí Nolan ya no significaba nada.

—Sí, tengo que preocuparme, y no es por miedo a que me dejes por él. Confío en ti. Sé que lo nuestro es fuerte, pero también sé que ese hijo de su madre no se va a quedar tranquilo.

—¿Pero todo eso se debe a algo en particular o son intuiciones tuyas? —pregunté, esperando que me sacara de dudas.

—Hoy, mientras tomaba algo con Brian, se acercó una mujer que no conocía de nada. Vino preguntando por mí —hablaba con calma, pero su mirada no mentía—. Esa mujer se llama Katia. ¿Te suena?

—Katia es la mujer de Nolan. Recuerdas que te hablé de ella, de su desaparición y, después, de su reaparición.

—Lo recuerdo bien. Por eso, en cuanto dijo su nombre, atrapó toda mi atención —soltó un suspiro largo y lento—. Dakota, esa mujer me ha contado muchas cosas, y ninguna de ellas son buenas para ti. Por lo visto, ese hombre ha perdido la cabeza y quiere que vuelvas con él a toda costa. Está dispuesto a todo.

»La tiene amenazada con su hijo para que haga todo lo que le pida. Estoy preocupado por ti, porque si le da por hacerte algo cuando vea que no vas a volver con él…

El nombre de Katia me dejó helada unos segundos. No era miedo exactamente, más bien desconcierto. Después de todo lo que había pasado, no entendía qué más podía salir de ahí. Una parte de mí quería creer que Gael se equivocaba, que todo tenía una explicación lógica. No quería volver a abrir viejas heridas que por fin empezaban a cerrar, así que intenté restarle importancia, aunque por dentro empezaba a sentir un nudo en el estómago.

—Estoy segura de que no es tan grave como parece. A lo mejor es su manera de vengarse, ya que no lo ha podido hacer como quería en un principio.

—No entiendo lo que quieres decir —dijo, recostando la cadera contra la encimera.

—Digo que ella se fue y se llevó al niño para vengarse de él porque le pidió el divorcio. Está claro que tonta no es: sabía que estaba en busca y captura por secuestro, y la mejor manera de solucionar eso era volviendo antes de que la encontráramos. —Tomé aire para continuar.

»¿Y si te ha buscado para ponernos en contra de Nolan? Sabe que eres mi pareja y que tú podrías hablar en su favor si te creías el cuento que te iba a soltar. —Arrugó el entrecejo, claramente sin estar de acuerdo conmigo.

»Sé que Nolan fue un hijo de puta conmigo, pero la culpa fue mía por permitirlo tanto tiempo. No puedo decir que lo conozca bien; si no lo entendí entonces, no lo voy a hacer ahora. Pero eso no significa que sea mala persona con todo el mundo.

—No sé, nena. Llámalo intuición o como quieras, pero algo me dice que esa mujer ha venido con la verdad por delante.

—No voy a decir que no sea una posibilidad. Solo sé que desde el principio algo no me terminaba de cuadrar, me olía raro.

—Pues por eso mismo, nena. Tenemos que ser cautos e investigarlo todo. —Me abrazó por la cintura con fuerza. Yo hice lo mismo, rodeándolo por los hombros y pegando mi cuerpo al suyo tanto como pude.

Capítulo 24

Gael

La teoría que me dijo —o mejor dicho, que me explicó— Dakota en la cocina podría ser cierta; tenía algo de lógica, pero algo dentro de mí me decía que no era así.

Había algo en la mirada de esa mujer que me decía que estaba diciendo la verdad. Eran muchos años con un uniforme de policía a mis espaldas y ya estaba cansado de encontrarme con mentirosos que solo sabían mentir para intentar salvar su culo.

Adriel llegó cuando ya teníamos la mesa puesta. Antes de hablar, cenamos, y lo hicimos como siempre que terminábamos juntos: entre risas y bromas. Aunque esta vez yo fui uno de los que menos participó.

Todo esto me tenía en alerta constante, sin dejar de darle vueltas al mismo asunto: buscar soluciones. Lo que tenía más claro que el agua era que no iba a dejar que Nolan se acercara a Dakota ni de broma.

Desde que estaba con ella, cualquier pensamiento que la involucrara se me metía debajo de la piel. No era solo preocupación, era algo más profundo, una mezcla de instinto y miedo. No soportaba imaginar que pudiera volver a sufrir por culpa de ese cabrón. Me había jurado que si alguien volvía a hacerle daño, esta vez no me iba a quedar mirando.

Brian me ayudó a explicarles todo lo que nos había dicho Katia. Me fui fijando en la cara de Dakota conforme nos escuchaba y, con cada palabra que

salía de nuestras bocas, supe que estaba uniendo los mismos cabos que yo. Llegó a la misma conclusión: Katia había dicho la verdad, y el único que había mentido era él.

La vi tragar saliva, intentando mantener la compostura. Aun así, sus ojos hablaban por ella. Esa rabia silenciosa que conocía bien estaba ahí, ardiendo detrás de su calma. No hacía falta que dijera nada para saber que estaba dolida. Dakota podía parecer fuerte, pero cuando se trataba de Nolan, todavía le quedaban cicatrices que ni el tiempo había borrado.

—Voy a hablar con mi padre para que lo eche a la calle —dijo su hermano, cabreado.

—Adriel, sabes que no puede despedirlo sin un motivo.

—Algo podrá hacer. Es abogado, él mismo redacta los contratos de sus empleados. —Se levantó exasperado—. Si convencemos a Katia de que lo denuncie, podríamos ir contra él, y aparte de alejarlo de ti, papá podría alegar que en su bufete no puede trabajar nadie con cargos pendientes con la justicia.

—Ella no va a denunciar si es verdad que la tiene amenazada con el niño —dijo Bera.

—Sabéis de sobra que no podemos ir en su contra sin pruebas, y mucho menos si no hay una denuncia —habló Brian.

Todos los que estábamos allí éramos policías de un departamento u otro. Todos menos Bera.

—¿Entonces qué hacemos? ¿Esperar a que le haga algo a Dakota? —pregunté, cada vez más cabreado.

—Gael, tranquilízate —dijo ella, entrelazando sus dedos con los míos—. Estoy segura de que no va a hacer nada. Solo intentará que parezca que alguno de los dos ha engañado al otro, pero de ahí no creo que pase. No es tonto y sabe lo que se juega.

—Nena, no intentes restarle importancia. No eres tonta, y sé que lo que intentas es hacerte la fuerte delante de todos para que no nos preocupemos. —

Bajó la mirada, confirmándome que tenía razón.

—Por ahora lo mejor que podemos hacer es estar atentos y no dejar sola a Dakota en ningún momento —dijo Adriel—. Ni en casa ni cuando salga.

No hacía falta que lo dijera; en mi cabeza no entraba la posibilidad de dejarla sola ni por un segundo.

Tenía claro que podía enfrentarme a cualquier cosa, pero si le pasaba algo a ella, no sé si sería capaz de mantener la cabeza fría. No era solo la mujer que amaba, era también mi punto débil, y lo odiaba. Odiaba sentir que alguien pudiera usar eso contra mí.

—No pienso dejarla sola. Se viene a casa o me vengo yo aquí con ella —dije sin dudar.

—¿Y cuando estés de guardia? —preguntó su hermano—. Porque los tres coincidimos siempre en los mismos turnos.

—Cuando estéis de guardia, me voy con ella o se viene conmigo —contestó Bera.

Dirigí mi mirada hacia Dakota. Por los gestos que hacía con los ojos, sabía que en cualquier momento iba a saltar.

—Creo que os estáis pasando. Os recuerdo que soy adulta, sé defenderme sola, además de ser policía. —Mientras lo pensaba, lo dijo.

—Dakota, me importa un rábano lo que digas o pienses. Te vas con Gael o me instalo en tu casa, pido vacaciones y te sigo a donde sea. —Se cruzó de brazos, intentando intimidarla. Pero a ella eso le daba igual.

—Mira, monstruito —se levantó del sofá y se puso delante de él, imitando su postura—, ni se te ocurra intentar amenazarme, porque te cojo por eso que tienes entre las piernas y te los pongo de corbata.

El capullo de mi amigo no se podía resistir a su hermana; era su perdición. La sonrisa que le salió sin querer fue prueba de ello.

—Uy, cómo me emociona ver esta guerra de poder entre los hermanos. —Bera se frotaba las manos, toda emocionada.

¿Cómo habíamos pasado, en un segundo, de estar en completa tensión a estar riéndonos por culpa de estos dos?

—Enana, no me provoques, que todavía te puedo poner sobre mis rodillas y darte unos azotes en el trasero. —Bera empezó a reír a carcajadas, y nos contagió la risa a Brian y a mí.

Mientras tanto, los hermanos seguían retándose con la mirada.

—Adriel, te apuesto lo que quieras a que al final el que acaba con el culo pateado vas a ser tú.

—A papá y a mamá se lo voy a decir —dijo poniendo voz de pito, imitando a una mujer—. ¿Te recuerda esa frase a alguien? Porque a mí sí, a cierta insolente cuando era pequeña. Pues así vas a terminar esta noche, cuando acabe contigo.

No me lo vi venir, de verdad. Ni yo ni los otros dos, porque nos quedamos los tres como tontos al ver la escena.

De buenas a primeras, Dakota dio un salto y se enganchó con las piernas alrededor de la cintura de su hermano. Él, por inercia, la sujetó de la cintura para que no cayera.

Ella le llevó las manos a las orejas y empezó a retorcérselas con saña.

—¿Qué decías? ¿Eh? —dijo mientras todos nos partíamos de risa.

—Joder, quitádmela de encima, que me va a dejar las orejas por los suelos.

—Amigo, yo no me acerco a tu hermana ni aunque me paguen —dijo Brian, llorando de la risa—. Si a ti, que eres su hermano, te hace eso, no quiero ni pensar lo que me haría a mí.

Muerto de la risa, me levanté del sofá para ayudar a mi amigo. Cogí a Dakota por la cintura y tiré de ella.

—Nena, suéltalo.

—No, no, que tengo que enseñarle lo bien que sé defenderme yo solita.

—Ay, ay, ay, Dakota, para ya —se quejó Adriel.

—Que sepas que te voy a soltar porque te quiero, que si no, te arrancaba las orejas de cuajo.

—La madre que te parió —dijo, frotándose las orejas—. Menos mal que no tengo una cita esta noche, porque iba a ir bonito con las orejas como tomates.

—Nena, eres mortal —dije sin soltarla ni dejar de reír.

—Amiga, así me gusta, que pongas a todo el mundo en su lugar, aunque te saquen veinte centímetros —añadió Bera.

Me senté en el sofá con ella encima de mis piernas y su espalda pegada a mi pecho.

—Puedes hacer lo que quieras: tirarme de las orejas, dejar de hablarme o enfadarte —dijo Adriel, ya más serio—. Pero no te vas a quedar sola. Así tenga que montar guardia delante de tu casa. Lo hago porque te quiero más que a nadie en el mundo, y si te pasa algo, yo me muero de pena y de dolor.

Todos sabíamos la pasión con la que se querían esos dos.

—Yo también te quiero más que a mi vida —dijo ella—. Sabes que por ti o por Demian haría lo que fuera, pero no puedo vivir con miedo por algo que no sabemos si va a pasar o no. —Se acercó a su hermano y lo abrazó.

Esa frase me dejó sin palabras. Dakota siempre había sido así, impulsiva y valiente hasta lo imprudente. Por eso la admiraba y, al mismo tiempo, me sacaba de quicio. Tenía una forma de plantarle cara a todo, incluso al miedo, que me desarmaba por completo.

—Lo sé, enana. Pero si podemos tener un poco de precaución… prométeme que te vas a ir con Gael a su casa, o que él se vendrá a la tuya, al

menos por ahora. —Le dio un beso en la frente—. No quiero que te pase nada. Además —sonrió— no me digas que no te lo pasas bien teniendo al desastre ese cerca.

—Gracias por la parte que me toca —dije, en tono de broma.

—Te lo prometo —contestó ella—. Nada, no me va a quedar otra que tener que soportarlo todos los días.

—Hasta el resto de tu vida —dije de fondo.

—Tú calla, y no me amenaces con eso, que se me ponen los pelos de punta.

—De punta se va a poner otra cosa esta noche, en cuanto nos quedemos a solas —le susurré al oído.

Una hora después nos despedimos de los demás. En cuanto cerramos la puerta, me giré hacia ella y avancé despacio. Dakota fue retrocediendo de espaldas.

—No huyas, no me como a nadie.

—Sí que comes, y mucho —dijo con una media sonrisa.

—Mmm… es que algunas cosas son mi vicio y mi perdición. —Me mordí el labio sin dejar de mirarla.

—Das miedo cuando miras así. —Me señaló con el dedo.

—¿Desde cuándo me tienes miedo de una manera u otra? —Eso no se lo creía ni ella.

—Tienes razón, no te tengo miedo. Por lo menos no a ti. Se lo tengo a lo que me haces sentir. —La cogí en brazos, haciendo que me rodeara la cintura con las piernas.

—¿Y qué es lo que te hago sentir? —pregunté en voz baja, de camino a la habitación.

—Me haces sentir demasiadas cosas. Y el miedo es porque no quiero que esto desaparezca. —El estómago se me encogió al escucharla—. No sé cómo ha pasado ni cuándo, lo único que sé es que te quiero demasiado. —Pasó los dedos entre mi pelo.

Su respiración se mezclaba con la mía, tranquila, pausada. No había prisa ni necesidad de decir nada más. En ese instante entendí que todo lo que habíamos pasado, las discusiones, los silencios, incluso el dolor, habían servido para llegar aquí, a este momento donde por fin todo encajaba.

—Yo también te quiero. Desde hace mucho. —La besé despacio, con calma. Esta noche no tenía prisa. Iba a disfrutarla, sin miedo, sin tiempo, solo nosotros dos.

Capítulo 25

Dakota

Me llevaba a la habitación sin dejar de repartir pequeños besos por mi rostro, el cuello y cada zona que encontraba a mano.

—Escucharte decir esas palabras ha sido el mayor regalo que podrías haberme dado. —Perderme en sus ojos era fantástico, porque tenía la mirada tan clara que podía ver a través de ellos—. Prométeme que cuando no esté contigo vas a tener cuidado, por favor —me rogó con esa mirada a la que no podía negarme.

—Te lo prometo —dije tan cerca de su boca que las puntas de nuestras narices se tocaban. Si eso era lo que necesitaba para sentirse tranquilo y yo se lo podía dar, lo haría, por él, por los dos—. A cambio, prométeme tú que no me vais a tratar como si estuviera en peligro ni como si fuera a romperme en cualquier momento.

Siempre me pasaba lo mismo con él: quería cuidarlo, protegerlo, hacerle sentir en calma. Quizá era mi manera de compensar todo el daño que el pasado había dejado entre nosotros. Con Gael no me importaba ceder un poco; no era debilidad, era amor del bueno, del que te sale sin pensarlo.

Nos detuvimos en el centro de la habitación y empezamos a desnudarnos lentamente, con caricias, besos y miradas que hablaban sin palabras. Esos gestos que te hacen sentir deseada, querida y amada.

Cada roce, cada respiración compartida, parecía decir algo que las palabras no podían expresar. No era solo deseo, era complicidad. Esa sensación de que los dos estábamos exactamente donde queríamos estar, sin máscaras ni barreras.

Me hizo tumbarme en el centro de la cama, donde empezó a repartir besos suaves y húmedos por todo mi cuerpo. Recorrió cada centímetro de mi piel con la punta de la lengua, mientras sus manos no dejaban de amasar mis pechos.

Esa vez fue distinta a las demás. Me estaba haciendo el amor con lentitud, sin prisas, acariciando con las yemas de los dedos mis costados hasta llegar a las caderas.

—Gael… —suspiré.

—Shhh, no digas nada. Siente lo importante que eres para mí. Siente a través de mis caricias lo que siento por ti —susurró, depositando un beso en el hueso de mi cadera y otro justo por encima del pubis.

Estaba siendo tan tierno conmigo que ese momento se quedaría grabado en mi memoria para siempre. Era el instante más bonito y especial que había vivido en mi vida.

¿Cómo no iba a enamorarme de este hombre, si convertía en magia cada momento que pasábamos juntos?

Fue bajando con esos besos por mi ingle hasta llegar a la parte interna del muslo, haciendo que mi piel se estremeciera con cada toque. Siguió con esos dulces besos hasta alcanzar la línea de mi pliegue, paseando la lengua por los labios exteriores antes de volver a subir.

Con dos dedos los separó, dejando a la vista el botón de mi placer y lo húmeda que estaba en ese momento.

—Me encanta cómo responde tu cuerpo a cada uno de mis toques —murmuró antes de atrapar el clítoris entre sus labios y dibujar suaves círculos con la lengua.

Al sentir ese contacto, arqueé la espalda y agarré las sábanas con una mano; con la otra, lo sujeté del pelo. No fue con fuerza, solo necesitaba tocarlo. Mi cuerpo se movía al compás de sus toques, de sus besos, de sus lamidas, que iban aumentando mi placer.

Se había aprendido cada una de mis reacciones, sabía cómo tocarme y en qué punto hacerlo. Por eso supo que necesitaba un poco más para terminar de estallar.

Introdujo un dedo, despacio, demasiado para lo que mi cuerpo pedía en ese momento.

—Gael, necesito un poco más —murmuré, moviendo las caderas en busca de un contacto mayor.

—Ten paciencia. Te prometo que no te vas a quedar con las ganas. Al contrario, voy a darte el mayor placer de tu vida. —Su voz era pura certeza, y no lo dudaba ni un segundo.

Si con un beso era capaz de hacerme ver la luna, con la forma en que me estaba tocando esa noche me haría ver el universo entero. Su forma de tocarme era una mezcla de ternura y hambre contenida, como si buscara grabar en mi piel cada segundo de aquella noche. Y yo quería que lo hiciera, quería recordarlo así, sin prisa, sin miedo, con la certeza de que ese momento era solo nuestro.

Me introdujo un segundo dedo junto al primero, moviéndolos al ritmo que él marcaba. Los curvó un poco hacia arriba, rozando justo ese punto que me hacía poner los ojos en blanco y contener el grito.

Mi piel ardía, los dedos de los pies se me encogieron, el cuerpo se tensó. Todo me indicaba que el momento que tanto ansiaba estaba a punto de llegar.

Una corriente eléctrica me recorrió de pies a cabeza, atravesándome la espalda y estallando en mi vientre. El orgasmo me sacudió por completo; la mente se me quedó en blanco y caí rendida sobre la cama cuando el temblor fue cediendo.

Él fue reptando por mi cuerpo con besos sutiles, hasta colocarse entre mis piernas. Entrelazó sus manos con las mías, llevándolas por encima de mi cabeza sin dejar de mirarme a los ojos.

—Me gustaría que te vieras a través de mis ojos para que descubrieras cómo te veo —susurró con la voz ronca, y ese tono hizo que mi cuerpo lo deseara aún más.

—No hace falta que me vea, ya lo demuestras continuamente. —Le acaricié la mejilla, dejando en ese toque mis sentimientos más profundos—. Y lo sé porque lo que sientes por mí es lo mismo que yo siento por ti.

Bajó el rostro para besarme. El beso empezó lento, pero fue ganando intensidad. Jadeamos en la boca del otro mientras se deslizaba dentro de mí.

Mis paredes lo acogieron con deseo, contrayéndose a su alrededor para demostrarle lo excitada que estaba.

—Me matas con el calor que me transmites. —Jadeó junto a mi oído.

—Y tú lo haces, haciéndome sentir viva y deseada —susurré contra su cuello.

Sus caderas se movían con ritmo, hundiéndose en mí una y otra vez, haciendo que los gemidos se mezclaran con la respiración agitada de ambos.

Esa noche me hizo sentir que le pertenecía por completo, no solo con el cuerpo, sino también con la mente y el alma. Y supe que para mí no habría otro hombre que no fuera él.

No sé en qué momento exacto pasó, pero dejé de temerle al amor. Con él no había dudas, solo una verdad sencilla y enorme: lo amaba. Y esa certeza me hizo sentir más libre que nunca, incluso mientras me rendía por completo entre sus brazos.

Esa noche me entregué sin necesidad de decirlo con palabras. Lo hice con mis besos, mis miradas y mis caricias. No hay nada más bonito que demostrar lo que sientes, y eso era exactamente lo que me pasaba con él.

Me hizo el amor despacio, con calma, llevándome a un paraíso de sensaciones donde solo existíamos nosotros.

Se quedó en mi interior unos minutos más, repartiendo besos por todo mi rostro.

—Te quiero —le dije, acariciando sus mejillas y rodeando su cuello con los brazos.

—Yo no te quiero, yo te amo. —Sus palabras me hicieron temblar—. Te quería antes de estar contigo, lo hacía en silencio, solo para mí. Pero ese querer se ha convertido en amor, en uno grande y puro. —Una lágrima rodó por mi mejilla.

—No llores. —Me la secó con un beso.

—Es por tu culpa. Si me dices esas cosas, es normal que me emocione. —Se quitó de encima de mí.

Se tumbó bocarriba, pasó un brazo por debajo de mi cintura y me acercó hasta su pecho. Apoyé la mejilla sobre su piel, justo donde su corazón latía con fuerza.

Me quedé escuchando su respiración, ese ritmo firme que me calmaba el alma. En ese silencio tan nuestro pensé que, por primera vez en mucho tiempo, no necesitaba nada más. Solo a él, ahí, conmigo, como un refugio al que siempre quisiera volver.

—¿Qué te parece si pedimos unos días libres y nos vamos de vacaciones? —Levanté un poco la cabeza para mirarlo.

—¿Por qué ahora? —le pregunté. Sabía que quería sacarme de aquí, aunque solo fuera por unos días—. ¿Es por Nolan?

—No te voy a mentir, quiero que salgamos unos días, pero no es el único motivo. Me gustaría que pasáramos tiempo juntos, visitar alguna ciudad tranquilos. —Una sonrisa se me fue formando sin poder evitarlo.

—Me parece una idea estupenda. —Le di un beso en el pecho.

Y acurrucada sobre él me fui quedando dormida, con una sonrisa que no se borraba de mi rostro.

Capítulo 26

Dakota

—No me puedo creer dónde estamos —dije al llegar al hotel que había reservado Gael.

Al asomarme a la terraza, podía ver de cerca la Torre Eiffel; la teníamos prácticamente delante, a nuestros pies. Bueno, eso de «a nuestros pies» era un decir, porque la torre era muchísimo más alta que el hotel, pero sí, la base estaba justo frente a nosotros.

Me quedé unos segundos sin decir nada, con la respiración entrecortada. Era como si estuviera dentro de una de esas postales que había visto mil veces de niña. Por un momento, sentí que todo el cansancio, el miedo y las dudas de los últimos meses se desvanecían. Solo existía esa imagen: la torre brillando y Gael detrás de mí, respirando al mismo ritmo.

—Sabía que tenías muchas ganas de venir a esta ciudad. —Me abrazó por la espalda—. Y como dicen que es la ciudad del amor, ninguna mejor que esta para celebrar el nuestro. —Apartó un poco la bufanda que llevaba puesta para besarme el cuello.

No me había querido decir adónde íbamos hasta que vi el cartel en el aeropuerto. Lo mantuvo en secreto todo el tiempo, solo me advirtió que metiera ropa de abrigo, porque el destino sería un lugar muy frío, sobre todo en pleno invierno.

Llevaba años soñando con visitar esta ciudad; en realidad, desde que era pequeña y veía las películas de princesas de Disney.

—Qué bonito se ve todo desde aquí —murmuré. A los pies de la torre se extendían casetas de madera decoradas con motivos navideños.

Cerca pasaba el río Sena, y ambos márgenes estaban cubiertos de luces de Navidad. Desde donde estábamos también se distinguía un pequeño parque con atracciones para niños.

Me había enamorado por completo de esas vistas. Gael estaba haciendo uno de mis sueños realidad.

Me giré para mirarlo y sonreí sin poder evitarlo. Él también me observaba, con esa mirada tranquila que siempre me hacía sentir en casa. Supongo que hay momentos en los que no hace falta decir nada; basta una mirada para saber que la otra persona te entiende sin palabras.

Me daba igual que uno de los motivos por los que hubiéramos cogido estos días fuera para mantenerme lejos de Nolan. Sabía que no quería que estuviera cerca de él.

Lo que realmente importaba era que estaba aquí, ahora, junto al hombre del que nunca pensé que me enamoraría, y del que terminé completamente rendida.

Y fue en ese momento cuando me di cuenta de que a Nolan lo había querido, sí, no lo niego, pero lo que pensé que era amor no se parecía en nada a lo que de verdad había descubierto junto a Gael.

Muchas veces nos confundimos; creemos que sentimos amor cuando en realidad es una obsesión. En esos momentos no te das cuenta, porque solo piensas en esa persona, y lo único que acabas consiguiendo es daño.

Por mucho que los amigos y la familia te aconsejen, no escuchas. O quizá sí en el momento, pero después, con unas simples palabras de esa persona, vuelves a caer en su red.

Hasta que un día despiertas y comprendes la mentira en la que has vivido, las manipulaciones, la opresión, todo aquello a lo que te habías acostumbrado. Y entonces te das cuenta del tiempo perdido, de los meses o los años que entregaste a alguien que decía quererte —y no dudo que lo hiciera—, pero que no sabía amar bien.

Porque eso no es amor sano, ni amor de verdad, ni un amor limpio que te aporte más de lo que te quita.

Y sí, puede que pienses que has perdido tiempo que nunca recuperarás, pero también puedes mirarlo de forma positiva. De los errores se aprende, y gracias a ellos creces, aunque al principio sientas que te has hecho tan pequeña que casi no existes.

No es así. Aunque no lo veas o no lo sientas, siempre hay alguien ahí, velando por ti y recordándote lo grande que eres. Porque lo eres: eres inmensa, y nada ni nadie va a volver a frenarte.

En mi caso, tuve la suerte de tener muchas personas a mi lado. Gente que, aunque no sabía por lo que estaba pasando ni lo que había permitido, permaneció ahí, al pie del cañón.

Y una de ellas era él: el hombre que ahora me rodeaba la cintura, con la barbilla apoyada en mi hombro, mientras los dos contemplábamos absortos todo lo que teníamos alrededor. Sentí su respiración cálida rozando mi cuello, y un escalofrío me recorrió entera. No era frío, era emoción. Esa sensación de estar exactamente donde debía estar. París, las luces, su abrazo… todo parecía formar parte de una misma escena escrita solo para nosotros.

—¿Qué? ¿Empezamos con el recorrido? —preguntó, girándome para quedar frente a mí.

—Ya vamos tarde. —Me puse de puntillas y lo abracé por el cuello.

Habíamos llegado de noche, y aunque ese día no nos daría tiempo a ver mucho, sí podríamos recorrer un tramo de la avenida Eiffel, hacernos algunas fotos y pasear disfrutando del ambiente.

No teníamos demasiados días para visitar todo lo que quería ver, pero sí los suficientes para cumplir algunos deseos, y, sobre todo, el más importante. No se trataba solo de ver lugares o tachar sitios de una lista. Era vivir cada instante, saborear cada paso. Gael y yo habíamos pasado por demasiado como para no valorar los pequeños momentos: un café caliente, una risa a destiempo, una mirada cómplice entre la multitud.

Un día entero lo dejaríamos para Disneyland París. Estaba deseando que llegara. No es que los otros días no fueran a ser geniales, pero ese parque era mi gran ilusión desde niña. Y, pensándolo bien, no entendía cómo no había venido antes.

Supongo que vamos dejando nuestros sueños atrás porque creemos que ya no son importantes. Pero no hay nada más bonito que verlos cumplirse, aunque para otros parezcan tonterías.

No importa. Lo has logrado, y al resto del mundo que le den.

Había dejado ese sueño a un lado durante años, no sé si por falta de tiempo o porque pensé que era una niñez que debía dejar atrás. Y ahora, gracias al hombre que tenía a mi lado, lo estaba cumpliendo.

Sentía un cúmulo de emociones dentro de mí que no sabría ordenar, pero tenía una cosa clara: me sentía la mujer más feliz del mundo.

—Te veo un poco nerviosa —me dijo con media sonrisa—. Si quieres, puedo calmarte un poco antes de que salgamos. —Usó su tono más seductor.

—No te preocupes, seguro que me calmo cuando empiece a ver todo. Además, no podemos perder tiempo haciendo esas cosillas, hay mucho que ver —dije mientras le pasaba la mano por el pecho, subiendo y bajando, solo para provocarlo un poco.

—Nena, no juegues así con mi pobre corazón. —Me reí; me seguía el juego y sé que a él le gustaba tanto como a mí—. Aunque, si no salimos de la habitación, no pasa nada. Pero que vas a gritar mi nombre en París, te lo aseguro —dijo tirando de mis caderas.

—Sería tonta si no aprovechara el cuerpo que tengo delante.

—¿Así que me quieres solo por mi cuerpo? —Intentó hacerse el ofendido, aunque no pudo ocultar la sonrisa que se le formaba.

—No es un cuerpo cualquiera. Pero ¿sabes qué es lo que más me gusta de este cuerpo? —Negó con la cabeza—. Esto que hay aquí dentro. —Puse mi mano sobre su corazón—. Eso es lo que realmente me parece irresistible.

—Joder, nena, siempre me dejas sin palabras. —Seguíamos en la terraza, con la Torre Eiffel iluminada a nuestras espaldas. Era una estampa romántica, pero más romántico fue el beso que me dio después—. Te quiero —me dijo mirándome a los ojos.

—Te amo —le respondí.

—Joder, Dakota, me da rabia pensar en todos los años que podríamos haber estado juntos y no lo estuvimos. Hemos perdido mucho tiempo.

—No lo mires así. Quizá no era nuestro momento, y sí lo es ahora. A lo mejor no estábamos preparados para aguantarnos. Todavía tenemos toda una vida por delante para vivir un sinfín de momentos maravillosos.

—Tienes razón. De nada vale pensar en lo que pudo ser y no fue. Lo que importa es el ahora. —Me abrazó fuerte—. Y para que este momento se quede grabado para siempre, vamos a hacernos una foto.

Sacó el móvil y, abrazados, con las frentes tocándose y la torre iluminada detrás, se hizo la foto.

Decir que quedó bonita sería quedarme corta. Quedó perfecta.

He tenido muchas fotos en mi vida —sola, con amigos, con familia—, pero desde el primer instante supe que esa sería mi favorita. Simplemente era perfecta.

Con esa sensación cálida que me recorría el cuerpo, entramos en la habitación para ponernos las chaquetas, los gorros y los guantes.

Me tomó de la mano cuando estuvimos listos y bien abrigados, porque el frío era intenso. Con las ganas de verlo todo, de recorrer cada rincón, salimos

a la calle. Esa noche no nos daría tiempo a mucho, pero sí a lo suficiente para empezar a vivir ese viaje.

No sabía qué nos depararían los próximos días, pero tenía claro que quería recordarlos todos: las risas, el frío, los paseos, los besos robados bajo las luces. Era el comienzo de algo nuevo, y por primera vez en mucho tiempo, no sentía miedo, solo ganas de vivirlo todo.

Capítulo 27

Nolan

No sabía dónde estaba. Lo único seguro era que se había marchado con su pareja, con ese hijo de puta que me la había quitado. Que disfrutara con ella todo lo que quisiera, porque cuando menos lo esperara, se la quitaría y la tendría de regreso junto a mí.

A veces me sorprendía imaginando su cara cuando volviera a verme. No con miedo, no. Con esa mezcla de sorpresa y resignación que ponen las personas cuando por fin aceptan lo inevitable. Dakota y yo teníamos un lazo que nadie podía romper. Ni ella misma.

—Nolan, te he dicho que no puedo hacer nada. Lo he intentado, pero ese hombre está enamorado de Dakota y no deja que se acerque ninguna mujer —dijo Katia, sentada en el sofá con el niño sobre las rodillas.

—No lo habrás intentado con ganas. No te hagas la tonta conmigo, que cuando quieres bien sabes cómo seducir.

—Solo se deja seducir quien no está enamorado de otra persona —respondió, dejando al niño sobre una manta extendida en el suelo—. No me eches la culpa a mí de lo que pasó entre nosotros, porque nadie te obligó a hacer nada. La prueba la tienes ahí sentado —añadió, acercándose a mí—. Nolan, piensa bien lo que haces, todavía estás a tiempo.

—¿A tiempo de qué? —pregunté, cada vez más cabreado, sabiendo perfectamente lo que intentaba.

—A tiempo de recapacitar. ¿No te das cuenta de que esa mujer no quiere saber nada de ti? Por mucho que intentes separarlos, no servirá de nada. ¿Qué crees que pasará si se separa de él? Si piensas que va a volver a tus brazos, estás muy equivocado.

Me molestaba escucharla, sobre todo porque sabía que tenía razón. Si Dakota no había querido volver conmigo cuando nos reencontramos, no lo haría después.

Mi mente lo sabía, pero había una parte dentro de mí que se negaba a aceptarlo. Y esa parte era la que estaba ganando la batalla. Esa parte no dormía nunca. Era la que me hablaba cuando la casa se quedaba en silencio, la que me recordaba su olor, su voz, la manera en que pronunciaba mi nombre. Esa voz me decía que ella seguía pensando en mí, aunque intentara ocultarlo. Y yo le creía, porque era la única verdad que tenía sentido.

No se lo había dicho a Katia, pero ya tenía todo pensado y planificado para cuando llegara el momento. Sabía que ese día llegaría, y no me importaba esperar. Días, semanas… tal vez meses. Aunque, siendo sincero, no creía tener tanta paciencia.

—Me da igual lo que digas. Al final te demostraré que la voy a recuperar.

—Estás perdiendo la cabeza, Nolan. Jamás pensé que una persona como tú haría algo así por la obsesión de una mujer. No te das cuenta del lío en el que te estás metiendo. Ella es policía, su hermano y su novio también lo son, y su padre es uno de los mejores abogados de la ciudad. —Intentó hacerme entrar en razón, pero no lo iba a conseguir.

»Podrías irte de aquí y empezar una nueva vida en otro sitio, lejos de ella. Quizá eso te ayude.

—No pienso irme a ningún lado. —Di un paso hacia ella, apretando los puños—. No me iré si no es con ella. Cuando la tenga conmigo, podrás irte con tu hijo donde te dé la gana. No me importa no volver a veros nunca más. De hecho, eso es justo lo que quiero.

Hacía dos días que habíamos firmado los papeles del divorcio. No le había quedado más remedio que hacerlo. La aborrecía con todas mis fuerzas. Era la culpable de que no estuviera ahora mismo con Dakota. Y podía dar gracias de

que la dejara marcharse con el niño, porque perfectamente podría haberle quitado la custodia.

—Podríamos haber sido una familia preciosa, si tan solo nos hubieras dado una mínima oportunidad —dijo con la voz rota.

—¡Yo no quería una familia contigo! —grité, perdiendo por completo los nervios—. En ese momento estaba bien con la vida que tenía, no necesitaba nada más. Me tiraba a Dakota cuando me daba la gana, igual que a otras.

»Pero tú te metiste en medio quedándote embarazada, y no me quedó más remedio que casarme contigo para mantener mi imagen de buen abogado. Pero ahora esa imagen me da igual. Que piensen lo que quieran.

No quise escucharla más. Salí de casa dando un portazo.

Era sábado, no tenía que ir al bufete, pero sí podía ir a ese lugar que llevaba tiempo preparando. El lugar donde estaría con Dakota cuando todo saliera según mis planes.

Era una casa en mitad de la montaña. El acceso era difícil, precisamente por eso la había elegido. Allí nadie podría encontrarla. Sería solo mía, sin nadie que nos molestara.

Sabía que al principio no cooperaría, pero lo haría con el tiempo. Conseguiría que volviera a enamorarse de mí. Siempre he tenido paciencia para conseguir lo que quiero. Con ella no sería distinto. No necesitaba forzar nada, solo dejar que los días hicieran su trabajo. Nadie puede odiar eternamente a quien le ofrece amor y protección. Algún día entendería que todo esto lo hacía por los dos.

Había ido aprovisionando la casa con todo lo necesario desde hacía semanas, porque aquella idea llevaba demasiado tiempo rondándome la cabeza.

Tenía que seguir teniendo paciencia. Me repetía una y otra vez que lo conseguiría, que pronto la tendría de vuelta.

Allí nadie nos encontraría. Y aunque al principio tendría que mantenerla vigilada, sobre todo cuando saliera a comprar comida o lo que hiciera falta,

sabía que con el tiempo sería ella misma la que no querría irse.

Me daba igual no volver a trabajar. Tenía dinero de sobra para vivir sin hacerlo durante años. Había ganado mucho en mi carrera y, además, mis padres me habían dejado una buena herencia. Podríamos vivir tranquilos.

Aun así, sabía que al principio debía disimular. Por eso me había esmerado tanto en preparar una habitación con toda la seguridad necesaria para que no pudiera escapar.

Aquel cuarto parecía más un búnker que una habitación. Sin ventanas, con una cama, un váter, una pequeña mesa con su silla y un lavabo.

Había reforzado las paredes con paneles que aislaban el sonido. Nadie podría oírla, aunque gritara. Tampoco entraba la luz exterior; así perdería la noción del tiempo, y eso la haría más dócil.

No era crueldad, era previsión. Si quería que se calmara, debía controlar cada detalle. Incluso había pensado en ponerle un reloj sin agujas, solo para recordarle que el tiempo, a partir de entonces, lo marcaba yo.

Con eso tendría más que suficiente hasta que regresara del trabajo.

Había revisado cada rincón de la casa una y otra vez, asegurándome de que no existiera ninguna vía de escape. Ni una rendija, ni una cerradura que pudiera forzar. Todo debía estar bajo control.

Y hacia allí pensaba dirigirme hoy, para pasar lo que quedaba del día y el siguiente, poniendo a punto los últimos detalles.

Antes, debía pasar por un almacén para comprar menaje: sábanas, mantas y algunas cosas básicas. De mi casa no podía sacar nada sin que Katia se diera cuenta.

En esa zona hacía mucho frío, y más en pleno invierno. Necesitaba ropa de abrigo y suficiente leña cortada para no quedarme sin fuego en la chimenea.

Me repetía una y otra vez que lo lograría, que ella terminaría entendiendo que yo era el hombre de su vida. El único capaz de darle todo lo que necesitaba. El único que podía hacerla feliz de verdad.

Solo tenía que poner un poco de su parte, abrir la mente y adaptarse a su nueva vida. Entonces se daría cuenta de que todo lo que había tenido antes no eran más que relaciones vacías, personas que nunca supieron quererla como lo hacía yo.

De eso podía estar segura: nadie la cuidaría como yo.

Cuando cerraba los ojos, podía verla a mi lado, tranquila, agradecida. Imaginaba sus dedos entrelazados con los míos, su voz diciéndome que por fin lo entendía todo. Y en esos segundos de fantasía perfecta, el mundo se callaba. Solo existíamos ella y yo, exactamente como debía ser.

Muchas noches, al acostarme, me imaginaba cómo sería verla embarazada de mí, su vientre creciendo, los dos solos trayendo a nuestro hijo al mundo. Lo veía claro: una familia perfecta, lejos de todo, sin interferencias, sin mentiras. Mi hijo crecería viendo a su madre enamorada de su padre. Solo nosotros tres. Porque los demás, todos, se encargarían de distorsionar la realidad.

Pero no me importaba.
Todo iba a estar bien.
No podía ser de otra manera.

Capítulo 28

Dakota

—Despierta, dormilón —dije moviéndolo por los hombros.

—Joder, nena, que todavía no es ni de día. —Se puso el brazo sobre los ojos para cubrirse de la claridad que entró cuando encendí la luz de la habitación.

—Hoy es un día muy especial y quiero aprovechar todo el tiempo posible —dije loca de alegría.

—Nena, conmigo todos los días son especiales. No entiendo a qué viene este revuelo. —El capullo me estaba buscando la boca.

Me encantaba cuando se hacía el tonto. Esa mezcla suya de sarcasmo y ternura podía conmigo. Había aprendido a conocerlo tanto, que incluso medio dormido era capaz de hacerme reír con solo un gesto.

—Contigo todos los días son un calvario —le respondí divertida.

Levantó el brazo con el que se tapaba los ojos y me miró con una ceja levantada.

—No has dicho eso. —Me sonrió.

—Sí que lo he dicho, y muy en serio. —Me levanté de la cama para darme una ducha.

—Estamos hablando. ¿Dónde vas? —Se apoyó en los codos para mirarme.

—A darme una ducha —le contesté de manera coqueta.

Le di la espalda, pero giré un poco la cabeza para mirarlo por encima del hombro mientras empezaba a desabotonarme la parte de arriba del pijama.

Debajo no llevaba sujetador, así que, cuando deslicé la prenda por mis brazos y la dejé caer a mis pies, quedé desnuda de cintura para arriba.

Al verme, se incorporó de golpe en la cama sin apartar la mirada de mí.

—¿Por qué no vienes aquí? Todavía es temprano y, desde mi posición, puedo ver que tienes frío. —Tenía los vellos de punta, pero no era por el frío, y él lo sabía. Era por la excitación que me recorría el cuerpo—. Si me dejas, puedo ayudarte a entrar en calor.

—El agua caliente también lo puede hacer. —Me encogí de hombros, restándole importancia.

No sé por qué, pero en esos momentos siempre me sentía poderosa. Saber que con un simple movimiento podía ponerlo así me daba una especie de control extraño sobre él, uno que solo se daba en la intimidad y que, al mismo tiempo, me hacía sentir más suya que nunca.

Enganché los pulgares en los laterales del pantalón del pijama, agarrando también mi ropa interior. Le guiñé un ojo antes de bajarlo lentamente por mis piernas. Sabía que con ese gesto no tardaría en tenerlo pegado a mi espalda. Gael era tan adicto a mí como yo a él.

Estaba regulando el agua cuando lo sentí detrás. No me tocaba, pero podía sentir su respiración cerca del cuello.

—¿Por qué no duermes un poco más mientras me ducho? —pregunté, aguantándome la risa—. Se supone que es temprano y tienes sueño.

Me incliné un poco hacia delante para provocarlo aún más.

—De repente me ha entrado mucho frío y necesito una ducha bien caliente. —Se acercó un paso—. También quiero aprovechar para demostrarte el

calvario que puedo llegar a ser. —Dio otro paso hasta que sentí su pene, totalmente erecto, rozarse con mi trasero.

—¿No sería mejor que esperaras a que yo terminara? Así tendrías más espacio.

—Me gustan los espacios reducidos —dijo con voz ronca—, mucho más si en esos espacios estás tú. —Se pegó por completo a mi espalda—. Se acabó el juego esta mañana: tú lo empezaste, tú lo terminas. —Repartió varios besos por mi espalda—. Las manos en las baldosas, nena.

No sé qué hacía conmigo, pero cuando me hablaba con ese tono, lograba encenderme al instante.

—Esto va a ser rápido, recuerda que tenemos prisa por ir al lugar que tantas ganas tienes de conocer —susurró.

Llevó una mano al centro de mi vagina y, en cuanto comprobó lo húmeda que estaba, la retiró.

Tiró de mis caderas hacia fuera y separé las piernas para darle mejor acceso. Sentí su miembro cuando posicionó el glande en la entrada de mi sexo, y con un solo movimiento se introdujo por completo en mi interior.

Fue rápido y fuerte. Daba igual si lo hacíamos lento o con intensidad: con él, todo me gustaba. Siempre se centraba primero en mi placer, y cuando ya me tenía completamente saciada, entonces buscaba el suyo.

Su respiración golpeaba mi cuello y el vapor del agua se mezclaba con el calor de nuestros cuerpos. Cada movimiento, cada roce, era una batalla silenciosa entre su deseo de dominar y mi impulso de retarlo.

Con esa primera penetración los dos gemimos; el mío fue más agudo, el suyo más ronco, pero ambos nacieron del mismo sitio: del placer que nos atravesaba el cuerpo entero.

Siempre me fascinó cómo podíamos pasar de las bromas al deseo en cuestión de segundos, como si entre nosotros no existiera un punto medio. Todo era fuego, risa o piel.

—Hostia, Dakota, me matas cada vez que me aprietas así —gruñó cuando contraje las paredes de mi vagina para retenerlo dentro.

—Entonces intenta no morir, porque nunca voy a dejar de hacerlo —le contesté como pude.

—Bien. Me encanta oír eso, porque no quiero que dejes de hacerlo nunca. —Se introdujo de nuevo con fuerza, llegando tan profundo como podía.

—Más —le pedí como un ruego.

Me tomó por el muslo y me levantó la pierna, colocándola en el pliegue de su codo. En esa posición estaba más expuesta y podía llegar todavía más adentro. Siguió penetrándome sin pausa hasta que, poco después, me hizo alcanzar la luna.

—Dios… —No me salían más palabras. Este hombre era capaz hasta de dejarme muda, y mira que eso era difícil.

—Yo no veo a Dios aquí —murmuró, sin dejar de moverse—, lo que sí veo es cómo entro y salgo de ti con mi pene brillando por la humedad que has soltado con tu orgasmo.

—Eres un guarro hablando —dije, justo cuando otro orgasmo empezaba a formarse bajo mi piel.

Pero me encantaba ese lado suyo, ese descaro que solo me mostraba a mí. Con él no existían filtros ni pudor. Éramos dos cuerpos hablando un idioma que nadie más podía entender.

—Y a ti te encanta —respondió.

Solo me gustaba en momentos como estos; me encendía escucharlo así.

Ya no hablé más. Dejé la mente en blanco y me rendí a todo lo que me hacía sentir.

Al terminar, con las respiraciones aceleradas, nos duchamos de verdad.

Gael me ayudó a lavarme el pelo, y lo peor fue aguantar sus risas cuando me vio tan laxa que apenas podía mantenerme en pie.

—¿Lista? —preguntó cuando estábamos a punto de salir.

—Si no lo estuviera, no estaría saliendo por la puerta. —Le saqué la lengua al pasar a su lado.

Eso le valió una palmada en la nalga.

Me detuve y lo miré. No hizo falta decir nada; con mi mirada bastó. Levantó las manos en señal de paz.

—Eres tú la que me provocas, y soy yo el que paga los platos rotos.

—Cariñito, en una relación siempre tiene que haber uno que cargue con las culpas —bromeé.

—Cuánta responsabilidad me dejas sobre los hombros. —Rio—. Las culpas y la tarea de darte los mayores orgasmos de tu vida. Creo que me has puesto el listón demasiado alto.

Reí con él, porque en el fondo teníamos esa complicidad que iba más allá del sexo. Era el tipo de conexión que te hace sentir ligera, viva, incluso en las cosas más simples, como preparar el día que nos esperaba.

—No te preocupes, con esto me vale y me sobra —dije moviendo los dedos delante de su cara con cachondeo.

—Si insistes, te dejaré jugar con ellos. Eso sí, lo haces delante de mí para enseñarme cómo se hace. —Me guiñó un ojo mientras salía.

—Lo siento mucho, cariñito, pero no me gusta tener espectadores —dije riendo—. Aunque… puede que me lo piense y te deje verme jugar con Chupón.

—¿Qué… o quién es ese Chupón? —Ahora sí que lo tenía intrigado.

—¿Quién va a ser? —Me encogí de hombros—. Mi succionador de clítoris. —Tuve que contener la carcajada al ver su cara.

—¿Desde cuándo tienes uno de esos? —preguntó mientras entrábamos al ascensor.

—Bueno, en realidad este es Chupón dos. El primero lo quemé de tanto usarlo, pero con este llevo más o menos un año. Aunque creo que se está muriendo ya.

—Nena, no puedes dejar que se muera. Pero si lo hace, te prometo que Chupón tres te lo voy a regalar yo. —Se relamió los labios, y ya sabía a dónde había volado su imaginación.

Lo mejor fue dejar la conversación ahí. No era plan de que nos escucharan las personas que fueron subiendo al ascensor mientras bajábamos.

Capítulo 29

Gael

Nunca pensé que ver a una mujer sonreír de la forma en que lo estaba haciendo Dakota, podía hacerme tan feliz. Y, sin embargo, aquí estaba yo, sonriendo igual que ella, aunque por un motivo distinto: el mío era verla a ella actuar como una niña el día de Navidad, abriendo regalos con los ojos brillantes.

Joder, es que más bonita no podía ser. Qué suerte la mía por tenerla a mi lado. A veces me quedaba mirándola en silencio, intentando grabar cada gesto, cada sonrisa. Había algo en ella que no podía explicarse con palabras, una mezcla entre fuerza y ternura que me desarmaba por completo. Era mi calma y mi tormenta al mismo tiempo.

Aún me parecía mentira estar aquí con ella —aquí o en cualquier otro sitio —; el caso era que todavía no terminaba de creerme que finalmente se hubiera fijado en mí de la manera en que lo había hecho.

—Ni se te ocurra llevarme de aquí. Lo siento, renuncio a todo, pero me quedo a vivir aquí —dijo cuando llegamos a la entrada del castillo principal.

—Ya sabes lo que tienes que hacer, porque vivir aquí no te va a salir barato. —Le seguí el juego—. Ve pidiendo trabajo, a lo mejor te dan el papel de Úrsula.

Solo de imaginármela con el traje negro, los tentáculos y ese relleno que la hacía parecer más grande, me eché a reír a carcajadas.

—Yo hago de ella siempre y cuando tú hagas de Quasimodo —me respondió.

Golpe bajo. Pero me lo tenía bien merecido. Su risa se me quedó pegada al pecho, tan libre, tan suya. Me di cuenta de que no había sonido en el mundo que me gustara más. Era de esas risas que te contagian, que te devuelven la fe en los días buenos.

—Mejor nos quedamos con los trabajos que tenemos; creo que salimos ganando los dos. —Y, como siempre, terminó teniendo la última palabra.

La tomé de la mano para recorrer las calles del parque. Aunque no soy fan de este tipo de lugares, tenía que admitir que era precioso. El trato de las personas disfrazadas de personajes famosos era increíble: amables, pacientes, con una energía contagiosa, tanto con los adultos como con los niños. Y ver a esos pequeños correteando de un sitio a otro, cogidos de la mano de sus padres, era como ver la felicidad hecha movimiento.

Pero de donde realmente no podía apartar la vista era de Dakota. Iba tirando de mí, arrastrándome de atracción en atracción, de foto en foto.

No se cansaba. Y yo, la verdad, tampoco.

Cada vez que pasaba un personaje delante de nosotros, se empeñaba en hacerse una foto… y no me dejaba quedarme fuera. Yo tenía que salir con ella en todas. Y mientras posaba, no podía evitar mirarla. La forma en que entrecerraba los ojos al sonreír, o cómo se sujetaba el gorro para que el viento no se lo llevara, me hacían pensar que no había nada más perfecto que ese instante.

Y esos pequeños gestos, aunque parecieran una tontería, me llegaban al corazón. Era su forma de decirme que formaba parte de su vida, de sus recuerdos.

—Vamos a comernos unos mini crepes con chocolate allí —dijo, tirando de mi mano de nuevo.

—Nena, vamos donde tú quieras, pero con un poco más de calma. El parque no se va a mover del sitio.

—Es que hay mucho que ver y poco tiempo —replicó mientras me arrastraba hasta una pequeña placita donde vendían ese dulce que se le había antojado.

Nos sentamos en una de las mesas del rincón, justo al lado de un pequeño riachuelo que cruzaba el parque. No era de extrañar que siempre estuviera lleno de turistas; lo tenían impecable, ni un papel en el suelo.

—El día que tengamos hijos tenemos que volver, quiero que ellos vean esto —dijo en voz alta, más para sí misma que para mí.

Creo que lo pensó sin darse cuenta y terminó diciéndolo.

—¿Quieres que tengamos hijos? —le pregunté, sintiendo un pellizco en el estómago.

—¿Qué? —No supe si se hacía la tonta o si realmente no se había dado cuenta de lo que había dicho.

—Hace un momento has dicho que el día que tengamos hijos los traeremos aquí para que vean todo esto.

—¿He dicho eso? —preguntó con un leve rubor en las mejillas.

—Sí, lo has dicho. ¿Te gustaría que tuviéramos hijos? Y no me salgas con evasivas, que los dos sabemos lo directa que puedes ser cuando quieres. —La miré, esperando su respuesta.

—Sí, me gustaría que en un futuro formáramos una familia —me respondió con la sonrisa más bonita que le había visto nunca. O quizá solo me lo pareció a mí por el significado que tenían esas palabras.

—No hay nada que me gustaría más que formar una familia contigo.

Ver crecer a nuestro hijo —o hija— dentro de ti, cuidarlo, protegerlo, darle valores… y amarlo con todo mi corazón. —No tenía por qué callarme lo que sentía. Al contrario, ella tenía que saberlo.

—Pero no corras tanto. —Rio—. Haremos todo eso a su debido tiempo. Primero, disfrutemos de nosotros, sin terceras personas.

—Sabes que para llegar a tener hijos hay que practicar mucho, ¿verdad? —bromeé al ver su gesto.

—Tonto no eres, desde luego —negó entre risas.

—No creas, creo que sí lo he sido durante mucho tiempo. Si hubiese sido más listo, hace ya mucho que estaríamos juntos.

—Gael, te lo he dicho varias veces: de nada sirve pensar en lo que podríamos haber hecho y no hicimos. —Esta conversación la habíamos tenido antes, y siempre terminaba igual: con ella teniendo razón.

No valía la pena pensar en lo que pudo ser. Lo importante era, como ella decía, el aquí y el ahora.

El ahora. Esa palabra se me quedó resonando en la cabeza. Tal vez era eso lo que significaba amar de verdad: no buscar lo que falta, sino disfrutar de lo que tienes frente a ti. Y yo lo tenía todo justo ahí, agarrado a mi mano.

Éramos jóvenes y teníamos toda la vida por delante. Sabía que seríamos felices. Claro, nuestras discusiones tendríamos —dos personas con carácter fuerte no se libran de eso—, pero siempre acabaríamos encontrando el punto medio. Y, sinceramente, con ella todo merecía la pena.

—Quiero dar una vuelta por las tiendas. Me gustaría comprarles algo a mis sobrinas. Aunque sean pequeñas, me hace ilusión —dijo con entusiasmo.

Su hermano Demian había sido padre hacía apenas una semana. Ese fue uno de los motivos por los que hicimos un viaje corto.

—No se hable más, vamos a comprarles algo a mis sobrinas —dije poniéndome en pie.

—¿Ya te las has apropiado como tuyas?

—Claro. Soy su tío, y te aseguro que me van a querer más a mí que a sus tíos de sangre —dije, provocándola.

—En tus sueños pasará algo así. —Me señaló con el dedo, fingiendo indignación.

Sabía que decirle eso era la mejor forma de picarla. Y lo conseguí, como siempre.

—Dentro de unos años te lo recordaré, y tendrás que admitir que tenía razón.

Las tiendas estaban casi todas en la avenida principal del parque. Cada una tenía su propio color y estilo: algunas más llamativas, otras más elegantes, pero todas con encanto. Entramos en una de esquina, con una fachada blanca y detalles en azul intenso, imitando las casas del Viejo Oeste.

Como en todo el día, me llevó de un lado a otro, tirando de mi mano. Si no se llevó la tienda entera, fue porque le puse freno; si por ella fuera, habría arrasado con todo.

Y, sinceramente, no me habría importado… si no fuera porque después tendríamos que cargar con todas esas bolsas de vuelta a casa.

Fuimos de los primeros en llegar al parque y de los últimos en salir. Caminábamos entre luces de colores, con la música de fondo y el olor a algodón de azúcar flotando en el aire. Ella hablaba sin parar, y yo apenas la escuchaba, demasiado ocupado observando cómo se iluminaban sus ojos con cada detalle.

Todo mereció la pena, especialmente disfrutar del último desfile de la noche. Fue el más bonito de todos, y eso que —repito— no soy muy fan de estas cosas.

Pero verla allí, con la espalda apoyada en mi pecho y mis brazos rodeándola, mientras las luces iluminaban su rostro… ese instante no tenía precio.

Capítulo 30

Dakota

—Es que más bonitas no pueden ser mis niñas. —Fue lo primero que dije cuando entré en la casa de mi hermano cargada de bolsas con todas las cositas que les había comprado en París.

Mis dos sobrinas eran unas muñequitas, tenían el pelo tan claro que parecían albinas. No lo eran, estaba claro que con el paso de los años el pelo se les iría oscureciendo. Maddy tenía el pelo también muy claro. Los ojos de las niñas eran del mismo color que los de mi hermano, marrones oscuros, tan oscuros que casi parecían negros. Eran una mezcla perfecta entre mi hermano y mi cuñada.

Verlas ahí, tan pequeñas, tan perfectas, me removió algo por dentro. Era como si de repente entendiera lo que de verdad significaba proteger a alguien con toda tu alma. A veces pensaba que el instinto de cuidar estaba dormido en mí, pero bastó tenerlas en brazos para despertarlo del todo.

A una de las niñas le pusieron mi nombre y a la otra el de su madre. Anda que la que se iba a liar dentro de unos meses cuando empezaran a llamarlas por sus nombres iba a ser poca. Algo tendríamos que pensar para no tener que estar girando la cara cada vez que sonara el mío.

Cogí entre mis brazos a la que se suponía que se llamaba como yo, y digo que se suponía porque, si os soy sincera, no era capaz de diferenciarlas.

—No entiendo cómo sois capaces de distinguirlas —les dije.

—Nena, es fácil. La que tienes en brazos es Dakota y esta es Maddy —me dijo Gael, que se puso a mi lado acunando a mi otra sobrina.

—Lo sabrás, porque seguro que te lo ha dicho Demian. —No me creía que pudiera ver la diferencia.

—No, lo sé porque Dakota tiene un remolino en el lado derecho de la frente y Maddy lo tiene en el lado izquierdo. —Seguro que me estaba tomando el pelo. Me negaba a admitir que no me hubiese dado cuenta de eso.

—Te estás quedando conmigo, ¿verdad? —Negó sin dejar de reír, lo hacía flojito para no asustar a la niña.

—Cuñada, tengo que decir que Gael tiene razón, es así como las distinguíamos al principio. —La miré sin poder creérmelo.

—Míralas bien, verás como no miento. —Puso a la niña que tenía entre sus brazos al lado de su hermana. Al mirarlas bien, me di cuenta de que tenía razón—. ¡Uy, qué mala policía estás hecha! —Se rio de mí.

—Eres un capullo —le dije—, un capullo guapo al que le sienta demasiado bien tener un bebé entre los brazos. —Y es que la imagen de Gael con mi sobrina en sus fuertes brazos hacía que casi se me cayera la baba.

—A ti también te sienta demasiado bien acunar a la niña. —Se inclinó un poco para susurrarme esas palabras.

—¿Dónde están los demás? ¿No se suponía que iban a venir? —le pregunté a mi hermano. Necesitaba cambiar de tema; desde que en el viaje le dije que me gustaría formar una familia junto a él, no había parado de sacar el tema.

—Deben de estar al llegar. También hemos invitado a Bera y Brian —me contestó mi hermano.

—Bera es una extensión más de la familia —le dije.

Tanto mis padres como mis hermanos querían a mi amiga como si fuera una más, y eso era lo que significaba Bera para mí. La quería tanto como

quería a mis hermanos.

Había crecido con Bera a mi lado desde que éramos casi unas crías, y verla ahora tan feliz con Brian me llenaba de orgullo. Era como ver a mi hermana encontrar su sitio. A veces pienso que la familia no siempre tiene que venir de sangre, sino de las personas que te eligen, incluso cuando no estás en tu mejor momento.

Al entrar, dejé el bolso en el perchero de la entrada y me empezó a sonar. Le devolví la niña a mi hermano para ir a por el móvil. Podía ser Bera la que me estuviera llamando. Al cogerlo, vi que era Nolan el que me llamaba otra vez. No sabía cómo lo había hecho, porque dudaba mucho que mi padre le hubiera dicho que ya había vuelto.

El caso era que, desde que regresé de París, no paraba de llamarme y mandarme mensajes. A las llamadas no había contestado y a los mensajes solo respondí al primero. En él me pedía quedar conmigo para hablar, decía que sobre Katia y el niño, pero como sabía de qué iba, le dije que no podía quedar y que, ya que todo el problema se había solucionado, no teníamos por qué seguir manteniendo ningún tipo de contacto.

Si antes había hablado con él fue como un favor personal a mi padre, pero ya no tenía por qué hacerlo. Quería a ese hombre fuera de mi vida, igual que lo había estado durante los tres años anteriores.

Nolan no se rendía y seguía insistiendo una y otra vez. Por mi parte, no había querido decirle nada de esto a nadie. Sabía que en el momento en que lo hiciera, iban a estar más encima de mí de lo que ya estaban, y no quería preocuparlos.

No me lo pensé más y, en ese momento, decidí que ya era hora de bloquearlo, tanto las llamadas como los mensajes. No me interesaba nada de lo que ese hombre quisiera decirme; para mí, hacía mucho tiempo que había dejado de importarme todo lo relacionado con él.

Y aunque lo negara en voz alta, una parte de mí seguía en guardia. No era miedo, exactamente, sino una especie de presentimiento. Como si algo se estuviera moviendo en la sombra, esperando el momento de volver a aparecer. Pero me juré que no dejaría que eso arruinara lo que tenía ahora.

—¿Quién era, nena? —Gael no preguntaba por desconfianza ni por cotillear, lo hacía por preocupación, porque aunque no lo dijera, sabía que este tema le preocupaba mucho.

—Las típicas llamadas de *spam* —le contesté guardando el teléfono en el bolso.

Me di cuenta de que iba a preguntarme algo, pero no lo hizo, porque en ese instante sonó el timbre de la puerta. Como estaba justo al lado, fui yo la que abrió, así que eso que suelen decir de «salvada por la campana» me vino como anillo al dedo.

—París, te ha sentado bien —me dijo mi madre al entrar—. A ti también te ha sentado muy bien, Gael. —Nos dio un beso a cada uno.

—Mamá, que solo he estado tres días. Hola, papá. —Entró detrás de mi madre.

—Suficientes para resplandecer, aunque insuficientes para poder disfrutar de tu chico como os merecíais. —Mi madre era de las que opinaban que las vacaciones debían durar mínimo una semana, o no te daba tiempo ni a descansar.

—No cierres. —Escuché de lejos justo cuando estaba a punto de cerrar la puerta—. Al final se nos ha hecho un poco tarde. —Venía resollando por la falta de aire.

—Bera, no hacía falta que corrieras, mis padres también acaban de llegar y Adriel todavía no lo ha hecho. —A ella también la abracé; desde que había vuelto, tampoco la había visto.

—Sabes que no me gusta llegar con la hora justa, pero el petardo este me entretuvo un poco —lo dijo con una sonrisa que sabía de sobra lo que significaba.

—Suficiente información. —Me tapé los oídos, haciendo como que no la quería oír.

—Pero si no he dicho nada.

—Brian —lo saludé con un movimiento de cabeza.

—¿No me digas que el capullo de mi amigo te ha prohibido saludarme con dos besos? —Estaba buscándole la boca a Gael, pero él no lo escuchó porque estaba hablando con mis padres.

—Todavía no ha nacido el hombre que me prohíba nada. Si no te doy dos besos es porque has hecho que mi amiga llegue tarde. —Le guiñé el ojo para que viera que estaba bromeando.

—Pues anda que no estás mal informada. —Al final me acerqué para darle un beso—. Ha sido por culpa de tu amiga que hemos llegado tarde. No sé qué le pasa, que no se puede resistir a mi cuerpo.

—Inútil —le dijo mi amiga pasando por su lado—. Ya me las pagarás. —Terminó diciendo por lo bajini.

—¿No sabes que no le puedes llevar la contraria? Te voy a tener que dar un curso para que la vayas conociendo mejor.

—No te preocupes, la conozco más de lo que ella misma cree —respondió él.

—No cierres. —Madre mía, hoy me iban a tener de portera, por lo que veía. Menos mal que este era el último que estábamos esperando—. Gracias, enana. —Me dio un beso al entrar.

—Ya os podríais haber puesto todos de acuerdo.

—De hecho, lo hemos hecho así; lo que pasa es que nos gusta hacerte rabiar, y por eso hemos ido entrando por turnos —dijo irónicamente.

—Hijo, no le digas eso a tu hermana, que se va a pensar que es verdad. —Mi madre se moría antes que alguno de sus hijos se ofendiera con ella. Parecía mentira que aún no nos conociera bien.

—Mamá, no tiene que pensar nada, porque es la verdad. —Le di una colleja por pinchar a mi madre.

—Anda, tira para dentro, que todavía estoy a tiempo de dejarte en la calle.

—Canija, que la casa no es tuya.

—Como si lo fuera, Maddy me da manga ancha para hacer lo que quiera, y a Demian ni lo escucho. —Nos reímos yendo hacia el salón.

Antes de entrar donde estaban todos, Adriel me detuvo cogiéndome del brazo.

—Dakota, te voy a preguntar algo sin que nadie más nos oiga. Lo hago así porque te conozco y sé que delante de los demás no me vas a decir la verdad. —La sonrisa que tenía antes había desaparecido por completo—. ¿Te ha llamado o has sabido algo de él? —A Adriel no le podía mentir, era el que mejor me conocía de todos. Aun así, iba a intentarlo.

—No.

—No te creo. —Me retó con la mirada.

—Me da igual que no lo hagas, te estoy diciendo la verdad. —Me crucé de brazos sosteniéndole la mirada.

—Dakota, por última vez, y como no me digas la verdad, me voy a cabrear. ¿Se ha puesto en contacto contigo o lo ha intentado?

—Te he dicho que no y no insistas.

—Dakota, no te hagas la valiente conmigo. O me dices la verdad —que ya la sé por tu actitud— o entro ahí dentro y se lo digo a todo el mundo. A ver cómo le sienta a tu chico que no le hayas dicho nada.

—Joder, Adriel. Está bien, me ha llamado varias veces. No he contestado ni una sola llamada, la última hace poco antes de que llegarais —resoplé.

»También me ha escrito y, de todas las veces que lo ha hecho, solo le respondí a una para decirle que me dejara en paz y que no quería saber nada de él. Pero ya lo he bloqueado.

—Quiero que estés atenta. Lo he estado vigilando con el permiso de mi superior y sé que está tramando algo. No sé qué es todavía, pero algo está haciendo.

—Adriel, sé que te preocupas por mí y te lo agradezco, pero te recuerdo que soy policía, sé defenderme sola y, además, llevo muchos años en clases de defensa personal. No tengo que decirte todo lo que sé, porque tú también lo sabes. —Puse una mano sobre su pecho—. Quédate tranquilo, ¿vale? No me va a pasar nada.

En el fondo, sabía que su preocupación tenía razón de ser. Adriel siempre había sido mi ancla, la voz que me devolvía al suelo cuando todo se tambaleaba. Pero también necesitaba demostrarle que ya no era aquella chica que se dejaba hundir por miedo o por culpa. Había aprendido a levantarme sola, y eso me daba fuerza.

—Si te llegara a pasar algo, no me lo podría perdonar nunca.

Al final logré calmarlo y pasamos al salón disimulando todo lo que pudimos para que nadie se diera cuenta de nuestro cambio de actitud.

Capítulo 31

Gael

La vida te va dando sorpresas inesperadas, unas tras otras. Yo diría que, más que la vida, son las personas que transcurren en ella las que te sorprenden. Y siempre que sean para bien, esas sorpresas son bienvenidas.

A mí me la dio, y bien dada, cuando hace más de dos meses, Adriel me dijo que su hermana necesitaba que fuéramos los dos a su casa.

Y lo que empezó siendo una mentira inocente, inofensiva por parte de Dakota, se fue convirtiendo en mi realidad, esa con la que llevaba años fantaseando.

Muchos dirían que habíamos corrido demasiado, pero yo les preguntaría: ¿cuánto más tenía que esperar si nos conocíamos de años?

Para nosotros estaba bien así, y eso era lo que contaba: ella y yo siendo felices, a nuestra manera, pero felices. Así que, por mí, todo lo demás sobraba.

A veces la miraba sin que se diera cuenta, y me descubría sonriendo como un idiota. Me gustaba verla caminar por la casa descalza, con el pelo suelto y esa forma suya de hablar sola cuando cocinaba. Era el tipo de rutina que antes habría considerado aburrida, pero con ella se había vuelto mi definición de felicidad.

Todo este tiempo habíamos estado un poco más tensos de la cuenta. No había sido entre nosotros, porque nos iba bien, muy bien. Era por la constante espera de que ese hijo de puta diera la cara.

No lo había hecho. Todo lo contrario: parecía que, por fin, había admitido que Dakota no quería saber nada de él. Por lo que sabíamos —y habíamos averiguado—, había empezado una nueva relación con una mujer y, por lo visto, les iba muy bien.

Sabía parte de su vida porque no dejaba de tenerlo vigilado, y la otra parte la conocía porque él mismo se lo había contado a mi suegro. Otra cosa que había dejado contento al padre de Dakota era que el día anterior había sido el último día de trabajo de Nolan en su bufete. Según dijo, quería montar un despacho por su cuenta.

Para mi suegro fue una alegría oír eso; estaba loco por echarlo, y no podía hacerlo porque no tenía motivos que se pudieran probar. Así que, por esa parte, todos estábamos mucho más tranquilos.

Con eso, íbamos a quitárnoslo por fin de encima.

Por otro lado, estaba su exmujer, Katia, porque ya estaban separados. De ella supe que se había ido con su hijo al pueblo de al lado, donde vivían sus padres.

Y por fin todo parecía estar tomando un camino fácil, que era precisamente lo que buscábamos Dakota y yo: vivir nuestras vidas con tranquilidad, sin tener que preocuparnos por un demente que no sabía distinguir la ficción de la realidad.

Poco a poco habíamos empezado a respirar con calma otra vez. Las noches eran más suaves, sin sobresaltos, con su respiración a mi lado, marcando el ritmo que me serenaba. Nunca imaginé que pudiera necesitar tanto la paz de alguien hasta que ella empezó a dormirse entre mis brazos.

Desde que había empezado toda la movida de ese loco, y tal como había dicho mi amigo, o ella se venía a mi casa o me iba yo a la suya.

Las dos primeras semanas habíamos pasado unos días en la suya y otros en la mía, y al cabo de ese tiempo finalmente se decidió por quedarse en mi casa.

Recuerdo que, cuando me lo dijo, tuve que aguantarme las ganas de reír por cómo lo expresó. Sus palabras fueron que era algo provisional, que en el momento en que todo volviera a la normalidad volvería a vivir sola en su casa.

Por eso me hizo gracia, porque sabía que después no iba a querer irse. Y mucho menos lo iba a querer yo. Vamos, que si en algún momento sacaba el tema en una conversación, ya me las ingeniaría para hacerla cambiar de opinión, aunque hasta entonces no lo había vuelto a mencionar.

Estaba en casa poniendo una lavadora cuando escuché mi teléfono. Lo había dejado cargando en la isla de la cocina. Dakota llegaría cerca de la hora de la cena; había quedado con Bera para tomar un café y después hacer algunas compras.

Por eso, cuando cogí el móvil y vi el nombre de nuestra amiga, me pareció algo raro.

—Dime, Bera.

—¿Le puedes decir a mi querida amiga que llevo una hora esperándola y que haga el favor de poner su móvil a cargar? Estoy hasta el moño de llamarla y que me salga apagado o fuera de cobertura.

Un sudor frío me recorrió la espalda.

—¿Qué me estás contando? Dakota salió hace más de una hora hacia la cafetería donde había quedado contigo.

—No puede ser, ella no ha llegado aquí.

—¿Y dices que su teléfono está apagado? —le pregunté de camino al garaje.

—Sí, por eso te he llamado a ti.

—Llama a Brian y a Adriel y diles que se vayan cagando leches a la comisaría. —No seguí hablando con ella; colgué el teléfono mientras cogía el casco de la moto.

No me podía creer lo gilipollas que había sido al confiarme de esa manera. Si le pasaba algo, no me lo iba a perdonar en la vida.

Que el cabrón ese no se le ocurriera ponerle un solo dedo encima, porque no me iba a temblar el pulso a la hora de cargármelo.

El miedo y la rabia se mezclaban en mi pecho como gasolina y fuego. No sabía si iba a ser capaz de pensar con claridad si algo le pasaba. Solo tenía una idea fija: traerla de vuelta, aunque tuviera que dejar mi carrera por el camino.

Me monté en la moto y salí de casa sin pensarlo dos veces. Iba mucho más rápido de lo permitido, pero en ese momento me importaba una mierda. Lo único que quería era llegar allí y poner en alerta a todo el mundo.

Éramos policías y nos implicábamos en los casos dejándonos la vida, pero cuando tocaban a uno de los nuestros… que el mundo entero se echara a temblar. No dejábamos cabeza sobre los hombros hasta conseguir los resultados que queríamos.

Y estaba más que claro que tanto mi superior como todos mis compañeros se dejarían la piel hasta dar con ella lo antes posible.

Mi jefe se pondría en contacto con el suyo para ponerlo al día de lo que estaba pasando. Iba a haber muchos policías buscándola sin descanso, porque yo no iba a parar hasta encontrarla.

¿Cómo era posible que nos hubiéramos confiado tanto? Había sido inteligente y paciente, de eso no había duda. Había esperado con calma hasta que todo se fue tranquilizando.

Ese tío no era tonto: se dio cuenta de que Dakota siempre andaba acompañada, y hasta que no vio que empezaba a salir sola a más sitios, no dio el paso de actuar.

Ahora me cuadraba que dejara el trabajo con el padre de ella. También entendía que hiciera parecer que tenía pareja: todo había sido para preparar el terreno y dar el golpe final cuando menos lo esperábamos.

Llegué a la puerta de la comisaría en mucho menos tiempo del habitual. Dejé la moto de cualquier manera; ya se encargaría alguien de ella más tarde.

—Jefe, necesito su ayuda y la de todos los que estén disponibles. —Ni lo saludé al entrar.

—Gael, ¿qué pasa? Traes mala cara.

Como para no tenerla. El cuerpo me temblaba, y no sabía si era por miedo o por la rabia que estaba intentando contener para no liarme a puñetazos con la pared.

—Se ha llevado a Dakota. —Se levantó de golpe.

Él sabía quién había sido; estaba al tanto de todo desde el principio. Levantó el teléfono interno para llamar a su secretaria y, tras decirle que reuniera a todos en la sala donde se repartían los casos, colgó y nos dirigimos hacia allí.

—¿Dónde está Adriel? —me preguntó.

—Viene de camino. Ha sido la novia de Brian la que me ha llamado, diciendo que llevaba una hora esperándola. Son como hermanas. Le dije que avisara a Brian y a Adriel.

—Bien, entonces tienen que estar al llegar. No te preocupes, la vamos a encontrar rápido y va a estar bien, te lo prometo. Como si tengo que movilizar a las demás comisarías de la ciudad. —Me dio una palmada en la espalda.

Sabía que lo había dicho para darme ánimos, pero a mí en ese momento no me servían de nada. Lo único que quería era encontrarla y tenerla de nuevo junto a mí. Todo lo que me dijeran entonces eran palabras vacías.

—¿Sabes algo? —me preguntó mi cuñado cuando llegó corriendo, con nuestro otro amigo detrás siguiéndole los pasos.

—¿Qué voy a saber si acabo de llegar? Qué gilipollas he sido al confiarme así. Tenía que haberla llevado yo a esa cafetería. —Me sentía culpable.

—Si la hubieras acompañado, habría esperado otro momento. Pero tarde o temprano lo iba a hacer —dijo mi jefe.

—Como le toque un solo pelo, me lo voy a cargar. Me importa una mierda las consecuencias —dije con los músculos de la mandíbula tensos por la fuerza con la que apretaba los dientes. Si no me controlaba, iba a liarme a porrazos con todo.

—Ese hijo de puta es mío —dijo su hermano.

—Por lo que veo, va a recibir por todos lados. —Intentó suavizar nuestro jefe, pero aquí no había nada que suavizar.

Mi cabeza iba a mil buscando algo que pudiera llevarnos a localizarla. Sabía que sería como buscar una aguja en un pajar, pero también sabía lo que éramos todos los que estábamos allí: a eso nos dedicábamos, a resolver casos, encontrar soluciones y dar con los culpables.

Éramos un buen equipo, profesionales cualificados que nos dejábamos la piel en todo lo que hacíamos.

Y sabía de sobra que, tratándose de ella, se implicarían aún más. Pero mientras la encontrábamos o no, la angustia me estaba matando poco a poco.

Sentía como si una mano me hubiera abierto el pecho y me apretara el corazón. Cuando me faltaba el aire, aflojaba un poco, solo lo justo para no dejarme sin respiración… y luego volvía a apretar.

Esa presión no la había conocido hasta hoy. No sabía lo que era la angustia ni el miedo hasta ahora. Era una sensación tan mala que solo quería que se pasara cuanto antes. Y no se iba a ir hasta que viera a mi chica con mis propios ojos. No solo verla: la necesitaba junto a mí, abrazarla, besarla, mimarla y cuidarla.

Me di cuenta de que la amaba más de lo que nunca había querido admitir, incluso para mí mismo. No era solo mi pareja: era mi casa, mi calma, el

motivo por el que cada día tenía sentido. Por eso el miedo dolía tanto; porque no podía imaginar la vida sin ella.

Fueron muchas horas de trabajo sin descanso. El resto de la familia no se movió de allí. Todos estaban en la comisaría; mi jefe les había ofrecido una sala más cómoda, con sofás y una mesa. Allí estarían mejor. Estaban todos, hasta Maddy con las gemelas.

De vez en cuando entraba para ver cómo estaban. Siempre encontraba a algunos llorando y a otros, con semblante serio, dando vueltas por la habitación.

Y yo no era capaz ni de consolarlos. ¿Cómo hacerlo, si no encontraba consuelo ni para mí?

Estábamos esperando a que Katia llegara a la comisaría. Queríamos hablar con ella por si sabía algo que pudiera ayudarnos. Al haber estado tantos años con él, quizá pudiera aportarnos algún detalle que, aunque a ella le pareciera sin importancia, para nosotros podía ser clave.

Tenía que estar al llegar; hacía un rato que habíamos hablado con ella.

Capítulo 32

Nolan

Había merecido la pena la espera; se me había hecho demasiado larga, pero cada segundo, minuto, hora y día de esa espera eran el premio que tenía ahora mismo junto a mí, dormida a un lado de la cama.

Seguía inconsciente por el cloroformo con el que le había tapado las vías respiratorias. No fue impedimento para tumbarme junto a ella y pegarla a mi pecho tanto como pude. Aspiré el olor de su pelo y de su cuello. Dios, hacía tanto tiempo que no la tenía entre mis brazos que aquello parecía un sueño.

Sabía que cuando despertara me iba a plantar batalla, pero mientras estuviera dormida no pensaba moverme de su lado. Aprovechado que estaba profundamente dormida, la rodeé por la cintura desde atrás y le dejé unos cuantos besos en el cuello, empapándome una vez más de su olor. Cada pequeño gesto me volvía más terco en mi idea: recuperarla a cualquier precio.

Con ese simple contacto el pene se me puso erecto y no había nada en este mundo que me apeteciera más que estar entre sus piernas mientras ella me acogía en su interior.

Pero no lo iba a hacer, por lo menos no hasta que ella estuviera consciente, por mucho que las ganas me estuvieran matando, porque hacía mucho que no estaba tan duro como lo estaba en ese momento.

Y mira que había seguido follando con unas y con otras. Mientras que me las tiraba siempre me imaginaba que era Dakota que gemía y gritaba mi

nombre con las penetraciones, por eso siempre cerraba los ojos, para no ver a la mujer que tenía debajo de mí en esos momentos.

Pero ya estaba todo como debía de estar, ya la tenía de vuelta conmigo y estaba seguro de que en el momento que la volviera a tocar se iba a dar cuenta de que yo era el único hombre que podía hacerla gozar de verdad.

Siempre nos había ido muy bien en el sexo y nos volvería a ir, de eso me iba a encargar yo.

Dios, como me estaba costando no desnudarla y disfrutar de su cuerpo con mis manos, lengua y por último con el miembro, ese que me dolía de las ganas que le tenía.

Estando en la posición en la que estábamos no hacía más que provocarme, eché un poco las caderas hacía delante, solo para rozar mi miembro un poco contra su trasero, no iba a pasar de ahí, pero lo necesitaba o me iba a volver completamente loco.

Mi subconsciente se rio de mí, aclarándome que ya lo estaba, que había perdido la cabeza. Era esa parte de mi mente que me hablaba de vez en cuando, pero mis ganas de ella podían más, por lo que siempre terminaba desechando esos pensamientos a un lado y los dejaba en lo más profundo de esa mente traicionera.

«Nolan, será mejor que te levantes antes de que termines cometiendo el error de hacerla tuya antes de que se despierte» me dije a mí mismo, porque cada vez tenía menos fuerzas para aguantarme las ganas y yo quería que ella estuviera con los ojos bien abiertos para que viera quién era el que estaba en su interior.

Por el tiempo que llevamos aquí, más el tiempo del traslado, calculé que no tardaría mucho en despertarse, por lo que, con cero ganas, me levanté de su lado. Necesitaba bajarme la erección lo antes posible; me dolía de tan erecto como estaba.

Me dirigí al baño, no sin antes volver a revisar que todo estuviera bien cerrado, por si se despertaba mientras me daba una ducha, no pudiera escapar.

Me desnudé deprisa, abrí el grifo. Esta vez no lo puse con agua fría, eso lo hacía cuando estaba caliente, pero no quería tocarme. Ese día no era el caso, porque pensaba masturbarme pensando en ella, en que era ella la que me la movía y me daba placer.

Cerré los ojos, como siempre, pensando en su boca, sus manos y su vagina, y con esa imagen llenando mi mente, me masturbé tan fuerte y rápido como mis movimientos me lo permitían. No me detuve hasta que llegué al orgasmo, descargando mi esencia en las baldosas de la ducha.

Acababa de correrme, pero me había sabido a poco, porque hasta que no lo hiciera en el interior de ella no me iba a sentir completamente saciado.

Tras secarme y ponerme ropa limpia, me encaminé de nuevo a la habitación. Justo cuando estaba llegando a su lado, me di cuenta de que estaba empezando a moverse un poco.

Perfecto, ya no quedaba casi nada para que se despertara por completo. Sabía que, en el momento en que me dejara explicarle todo, se iba a dar cuenta de que, como yo la quería, no lo iba a hacer otro hombre, ni siquiera ese estúpido con el que estaba.

Pensar que le había entregado su cuerpo a ese hombre, que había sido él quien lo había disfrutado, me encendía la sangre de rabia. Cada vez que los imaginaba juntos, el enfado me consumía por completo.

Fui por un vaso de agua y una pastilla; sabía que, en cuanto despertara, lo haría con dolor de cabeza por culpa del cloroformo.

Había decidido que, al día siguiente, se haría una prueba de embarazo. Antes de volver a estar juntos, tenía que asegurarme de que no estuviera esperando un hijo de otro hombre que no fuera yo.

Si salía positivo, ya me las arreglaría para que ese embarazo no llegara a término. Antes muerto que permitir que el hijo de otro creciera en su interior; ahí no podía haber más hijos que los nuestros.

—Buenas noches, dormilona —le dije cuando abrió los ojos poco a poco.

—¿Nolan? —preguntó ella, todavía demasiado adormilada para comprender del todo dónde estaba.

—¿Quién más iba a ser, cariño? —Se sentó de golpe sobre la cama—. Con cuidado, te puedes marear —le dije preocupado; tampoco quería que le pasara algo.

—¿Qué hago aquí, Nolan? ¿Es que has perdido la cabeza? —No me gustó que me hablara así; me hacía sentir que era un niño y ella la única adulta.

Que no se equivocara, porque si le tenía que demostrar lo adulto que era no le iba a gustar mucho el resultado. Por mucho que me doliera hacerle daño, si lo tenía que hacer para que se diera cuenta, no iba a dudar.

—Cuida cómo me hablas, Dakota.

—¿Qué, cuide, cómo te hablo? Si quieres, te hablo de otro modo, puto cabrón loco de los cojones —me dijo poniéndose delante de mí para plantarme cara.

Antes de darme cuenta, le había dado una bofetada con el dorso de la mano; se la di tan fuerte que, por el impulso, volvió a caer sobre la cama. Cuando levantó la mirada para demostrarme en ella todo el odio que sentía, me di cuenta de que le había partido el labio.

—Te dije que cuidaras lo que decías. Mira lo que me has obligado a hacer. —Me arrodillé a su lado en el suelo—. ¿No te das cuenta de que lo único que quiero es que estemos de nuevo juntos? —dije, con la mano puesta sobre la mejilla en la que le había pegado.

»Tienes que darte cuenta de que de verdad me sigues queriendo y no me mires como si estuviera loco, porque sabes que tengo razón.

Tenía los ojos vidriosos por las lágrimas que se negaba a derramar, pero yo sabía que acabaría dándose cuenta de que todo lo que le estaba diciendo era cierto.

—No volvería a estar junto a ti ni después de muerta. —Respiré hondo para no volver a levantarle la mano.

—Toma esto para el dolor de cabeza que sé que tienes. —Le di el vaso de agua y la pastilla que había puesto previamente sobre la mesita de noche.

—Métetelo por el culo, capullo. —Me dio un manotazo en la mano tirando el vaso al suelo—. Si piensas que me voy a quedar de brazos cruzados, estás muy equivocado; antes de que me vuelvas a tocar, te llevo por delante. —Las lágrimas que antes evitaba que se le escaparan ahora se habían vuelto pura rabia.

Esta vez no le di una bofetada; esta vez la cogí del cuello, apretando con fuerza.

—Que sea la última vez que me amenazas…

No me dio tiempo a seguir hablando cuando me hizo una llave de defensa personal, consiguiendo librarse de mi agarre.

Me levanté para plantarle cara; todo no estaba saliendo como yo me imaginaba. Sabía que me iba a costar convencerla, pero no hasta el punto de que me plantara cara de esa manera.

Se preparó para saltar sobre mí si yo iba a por ella, y, encima, la muy hija de puta me estaba provocando.

—Ven a por mí si tan hombre te crees, hijo de puta. Nunca has valido nada y sigues sin hacerlo.

Me lancé hacia ella ciego de rabia; ya le iba a ensañar a esa zorra lo que valía.

Capítulo 33

Dakota

Estaba preparada para enfrentarme a él. En los entrenamientos me había tocado enfrentarme a hombres mucho más grandes y fuertes que Nolan.

Si ese hijo de puta pensaba que podía hacer conmigo lo que le diera la gana, es que no me conocía nada.

Puede que años atrás fuera una tonta que creía estar enamorada de él y se dejaba convencer por todo lo que decía, pero de esa mujer —o mejor dicho, de esos sentimientos— no quedaba absolutamente nada.

Si estaba aquí era porque me había cogido a traición; de no haber sido así, no lo habría conseguido. Y con la bofetada de antes pasó exactamente lo mismo: no me la esperaba, por eso me la dio. Pero con una me bastó para aprender la lección.

Sentía la adrenalina recorrerme las venas, el pulso acelerado golpeándome en las sienes. No había miedo, solo una rabia contenida que me daba fuerzas. Estaba harta de vivir con el recuerdo de lo que Nolan fue y de lo que me hizo creer. Esa etapa había terminado; ahora era yo la que decidía qué pasaba con mi cuerpo, con mi vida y con mis manos.

Tenía más que claro que no iba a dejarle ponerme una mano encima. Daba igual de la forma en que lo intentara, porque antes me lo cargaba.

Vi en sus ojos el momento exacto en el que decidió atacarme. Anclé los pies con fuerza en el suelo, flexioné un poco las rodillas y me preparé para el impacto que llegaría en cuestión de segundos.

Antes de que me tocara, le hice una llave, retorciéndole el brazo y llevándoselo a la espalda. Con la pierna derecha barrí las suyas, haciendo que cayera de bruces contra el suelo.

Le sujeté el otro brazo, lo coloqué junto al primero y apoyé una rodilla en su espalda. Me incliné hacia su oído.

—No ha nacido hombre ni mujer que me ponga una mano encima y se vaya de rositas. ¿Te gusta la nueva Dakota, cariñito? —le pregunté con burla.

—Esta me la vas a pagar, zorra. Y ahora dime, ¿cómo piensas salir de aquí? No tienes nada con lo que atarme.

—No me hace falta atarte para dejarte inmovilizado. Con un buen golpe en la nuca tengo suficiente para dejarte KO.

Su respiración se volvió pesada bajo mi rodilla. Lo escuché gruñir, impotente, y esa sensación de control me devolvió algo que me había robado hacía años: la certeza de que ya no era su víctima. No necesitaba que nadie me rescatara; si hacía falta, me rescataría sola.

Levanté la cabeza al escuchar un sonido que me resultaba muy familiar. No estaba segura de haberlo oído. Juraría que sí, pero no podía confirmarlo.

Agucé el oído y me concentré en los sonidos que llegaban desde fuera. Entonces lo volví a escuchar. No pude evitar sonreír al darme cuenta de que mi hermano Adriel estaba ahí. Había sido rápido en encontrarme, y si él estaba, Gael también lo estaría.

Cuando por tercera vez volví a escuchar el ulular de un búho, lo supe con certeza. Una oleada de alivio me recorrió de arriba abajo. Por primera vez desde que abrí los ojos en aquel infierno, sentí que todo iba a salir bien. Mi hermano estaba ahí fuera, y eso significaba que la pesadilla se estaba acabando.

Adriel hacía ese sonido desde que éramos pequeños, y al darse cuenta de que me gustaba, lo repetía de vez en cuando. Hacía mucho que no lo escuchaba, pero era imposible olvidarlo: reconocería ese sonido a kilómetros.

—¡Aquí! —grité con todas mis fuerzas—. ¡Echa la puerta abajo, tienes el camino libre para entrar! —Estaba segura de que al día siguiente no podría hablar de tanto gritar.

Menos de un minuto después, la puerta voló por los aires. Al otro lado estaban Adriel y Gael, que la habían echado abajo de una patada los dos a la vez.

—Nena —Gael llegó hasta mí corriendo—, ¿estás bien? ¿Qué te ha hecho el cabrón este?

Mi hermano sacó las esposas y se las puso. Una vez que ya no tenía escapatoria, me levanté del suelo y dejé que Gael me abrazara con fuerza.

—Estoy bien —murmuré contra su pecho.

—Deja que te vea. —Me levantó el rostro, tomándome por las mejillas—. Hijo de puta —murmuró lleno de rabia al ver mi labio partido.

—No es nada, esto se cura pronto. Me pilló desprevenida, eso es todo. Se ve que no le gusta que le lleven la contraria —dije con ironía.

—¡Es mía, no la toques! —gritó Nolan desde el suelo, mientras otros policías lo sujetaban—. Si está contigo es porque yo la dejé, pero no eres nadie. Solo eres un reemplazo de mí.

Gael apretó los labios. Solo esperaba que no creyera ni una palabra de ese enfermo.

—No lo escuches, ha perdido la razón —le pedí, tomándolo por la cara para que me mirara a mí.

—No lo miro porque crea lo que dice —respondió—, lo miro porque me estoy conteniendo para no reventarle la boca.

—Por suerte para ti, tienes al lado una chica que sabe defenderse muy bien. —Intenté arrancarle una sonrisa, aunque no lo conseguí del todo.

—Nena, mi cabeza no está para bromas. No sabes el miedo que he pasado pensando en lo que podía hacerte.

—Cariño, mírame. No ha tenido tiempo, me he despertado hace poco.

—Para ti ha sido poco tiempo, pero para nosotros han sido horas angustiosas.

—Tenía que haberte hecho mía cuando estabas inconsciente, por lo menos te habría follado a gusto —dijo Nolan entre risas, mientras lo sacaban de la habitación.

—Hijo de puta —gruñó Adriel, dándole un puñetazo en la boca. Si Gael no se unió fue porque lo sujeté del brazo.

—Sacadlo de mi vista —ordenó mi hermano—. Enana, otro susto como este y nos matas a todos —añadió abrazándome.

—No tengo la culpa de que el mundo esté lleno de locos. No hay que darle más vueltas. No ha pasado nada. Por cierto, ¿cómo habéis dado conmigo tan rápido?

Lo decía intentando sonar tranquila, pero el cuerpo todavía me temblaba. Notaba la tensión acumulada en los músculos, el temblor sordo en las manos. Había estado a punto de perderlo todo, y, aun así, seguía en pie. Tal vez eso fuera lo que significaba ser fuerte: seguir respirando aunque el miedo no te deje.

—Llamamos a Katia para que viniera a la comisaría, por si podía ayudarnos —explicó Gael—. Nos contó que hacía un par de semanas lo había seguido una tarde, porque notó que los fines de semana desaparecía. Así fue como descubrió este sitio. Si no fuera por ella, Dios sabe lo que habría pasado.

—Ya la llamaré para darle las gracias. ¿Nos vamos de aquí? Tengo ganas de llegar a casa y ducharme.

—Dakota, para eso tendrás que esperar un poco. Sabes cómo van estas cosas: tenemos que pasar antes por la comisaría. Además, todos están allí esperando noticias tuyas.

—Pues entonces vamos —dije suspirando—, pero quiero irme de aquí ya.

Me consideraba una mujer fuerte y capaz de enfrentar muchas cosas, pero pensar que, mientras había estado dormida, podría haber abusado de mí, me revolvía el estómago.

Lo único que quería era llegar a casa, acurrucarme en el sofá con mi chico, abrazarlo fuerte y sentir que todo estaba bien de nuevo.

Si no hubiera sabido defenderme, no quiero ni imaginar lo que habría pasado. Mejor no pensarlo.

Lo importante era que ya había terminado. Aun así, el cuerpo seguía tenso, como si la mente no terminara de creerse que todo había acabado. Sentía el corazón desbocado, las manos frías, la garganta seca. Cerré los ojos unos segundos y respiré hondo. Tenía que calmarme, centrarme en una sola idea: estaba a salvo y, por mucho que hubiera pasado, seguía siendo yo.

Llegamos a la comisaría de mi hermano. Me llevaron a una sala y, al abrir la puerta, allí estaban todos: mis padres, mi amiga, mi familia.

—Hija —mi madre vino corriendo a abrazarme, con mi padre detrás—, no sabes el miedo que hemos pasado.

—Estoy bien, os lo prometo. Habéis pasado más miedo vosotros que yo. —Intenté tranquilizarlos, y en parte era cierto.

—Me debes un café y una salida de chicas —dijo Bera abrazándome.

—Cuando quieras —le respondí, devolviéndole el abrazo con fuerza.

Cuando terminé de abrazarlos a todos, cada uno fue marchándose a su casa. Yo aún tenía que declarar ante el jefe de los chicos. Era un simple trámite, pero había que hacerlo.

—Por fin podemos irnos a casa —le dije a Gael cuando todo terminó.

—Sí, nena. Por fin —suspiró, visiblemente agotado.

Me llevó hacia la calle con su brazo alrededor de mi cintura. Él había ido en moto, pero solo tenía un casco, así que uno de sus compañeros nos prestó otro.

Al sentarme detrás de él, me pegué a su espalda todo lo que pude. Vamos, que más no lo hice porque entonces habría acabado dentro de su cuerpo. Eh, eh, estoy bromeando, es solo una forma de hablar.

Al llegar a casa, aparcó la moto en el garaje, junto a la mía y su coche. Menos mal que el garaje era grande, porque, de no ser así, su moto o su coche dormirían en la calle. A mi pequeña no la dejaba fuera ni loca.

Capítulo 34

Gael

Joder, pensé cuando me desperté por culpa de una persona que, por lo visto, se había levantado con ganas de juego.

Todavía medio dormido, bocarriba, noté las sábanas moverse sobre mi cuerpo, cubriéndome hasta la cintura. Debajo de ellas, Dakota se deslizaba con movimientos lentos y calculados.

—¿Dónde tengo que firmar para despertar todos los días así? —pregunté, levantando el borde de la sábana para mirarla mientras su boca se entretenía con mis partes bajas.

—No te hagas ilusiones, que alguna vez también me gusta que me despiertes tú así —dijo, después de sacar mi pene de su boca.

Lo envolvió con una mano, moviéndola despacio de arriba abajo, y cuando llegaba al glande pasaba el pulgar por la punta.

Mis caderas tenían vida propia; cada vez que bajaba la mano, las impulsaba hacia arriba para encontrarme con ella.

—Dios… qué manos y qué boca tienes —murmuré, echando la cabeza hacia atrás, dejando que el placer me recorriera entero.

—Hoy no tenemos que trabajar. A ver cuántos asaltos eres capaz de aguantar. —Me sonrió con malicia.

—¿Me estás retando? Porque si es así, acepto el reto. Pero te aviso: vas a suplicarme que te deje tranquila cuando no puedas más.

—Menos palabras y más acción, cariñito. —La madre que la parió.

—En cuanto termines ahí abajo, te demuestro todo lo que quieras. —Me apoyé sobre un brazo y la observé, disfrutando de cómo me llevaba directo al orgasmo.

Me costaba contener las ganas de levantarme y saborear su sexo, pero me había retado, así que iba a dejarla terminar conmigo primero.

En realidad, me encantaba verla así, decidida, provocadora, segura de su poder sobre mí. No era solo deseo: era conexión pura. Había algo entre nosotros que iba más allá de la cama, una especie de electricidad que no entendía del todo, pero que me dejaba sin defensa cada vez que la tenía tan cerca.

—Nena, cuando te lo diga, te apartas —le advertí al sentir que el calor me subía por los testículos.

—¿Y si no quiero? —preguntó con descaro.

—Eso ya es cosa tuya. Yo jamás te voy a obligar a hacer algo que no quieras.

Se metió el pene entero en la boca hasta donde podía, subía y chupaba con fuerza al llegar a la punta, provocándome espasmos de puro placer.

Dios, lo que me estaba haciendo no era normal. Desde luego se había levantado con ganas de todo tipo de juegos, y no tenía que preocuparse: yo pensaba dárselos todos.

—Nena, me voy a correr ya —le avisé.

Se apartó justo a tiempo, pero su mano siguió moviéndose firme hasta que terminé sobre mi abdomen.

—Quieta. —La detuve cuando intentó subirse encima de mí—. Primero voy a limpiarme, y luego me voy a dar un festín con tu cuerpo. Te pienso devolver cada segundo de placer que me acabas de dar.

Me incorporé, fui al baño y, antes de salir, le advertí por encima del hombro:

—Cuando vuelva, te quiero en el centro de la cama y con las piernas bien abiertas.

Al regresar, me encontré con la imagen más hermosa que podía imaginar: Dakota, esperándome exactamente como le había pedido. Me quedé unos segundos mirándola, devorándola con los ojos.

—Eres perfecta, nena. —Me mordí el labio—. Abre más las piernas… quiero verte bien.

Obedeció al instante. Sabía que estaba tan ansiosa como yo. Me subí a la cama, rodillas sobre el colchón, y me acerqué despacio.

Lo que esta mujer hacía conmigo no tenía nombre. Acababa de provocarme un orgasmo y ya estaba completamente duro otra vez.

—Deja de mirarme así y haz algo —protestó, impaciente.

—Las cosas se disfrutan más con calma —respondí con una sonrisa provocadora.

—Pues la mía se ha acabado por hoy —replicó—. Y te lo digo en serio, Gael: o bajas la cabeza ahora mismo, o te vas a acordar de mí durante mucho tiempo.

Con esa amenaza, no necesité más. Antes de que dijera otra palabra, ya tenía la cabeza entre sus piernas, la lengua jugando con su clítoris, mientras ella gemía y gritaba mi nombre.

No me iba a quejar del despertar que me había dado, pero no era tonto: sabía que lo hacía para evitar hablar de lo ocurrido.

Lo entendía. El sexo era su refugio, su forma de controlar algo después del caos. No la juzgaba por eso. Si a través de mi cuerpo podía recuperar un poco de calma, entonces no pensaba soltarla ni un segundo.

Anoche no hablamos mucho; los dos estábamos agotados, y aún quedaban restos del cloroformo en su cuerpo.

Dakota era fuerte, eso no lo dudaba nadie. Podía enfrentarse a cualquiera y salir victoriosa, pero eso no significaba que no le afectara lo vivido. Quizá a otros pudiera engañarlos con su entereza, pero a mí no. Solo necesitaba tiempo… y cariño.

Y si algo podía ayudarla, además del tiempo, era la adrenalina de la moto. Tal vez mañana saldríamos al circuito, a dejar atrás la tensión con un poco de velocidad.

La imaginé con el casco puesto, sonriendo antes de arrancar, el viento moviéndole el pelo cuando se lo quitara. No había nada que me diera más paz que verla libre, sin miedo, siendo ella misma otra vez.

Pero hoy el día era solo para nosotros. Para mimarnos, reconectar, disfrutar, o simplemente tumbarnos juntos a ver una película.

Introduje dos dedos en su interior, sin dejar de mover la lengua sobre su clítoris. La lamía, la chupaba, jugaba con ella a mi ritmo, ignorando sus súplicas para que acelerara.

Sabía que así llegaría más alto.

—Ah… Gael, por Dios —gritó, perdida en el placer.

Se corrió sobre mi lengua, empapándome. Sin darle tregua, me incorporé, le alcé una pierna y la apoyé sobre mi hombro.

La miré a los ojos. Estaban vidriosos, todavía brillando por el orgasmo.

—Eres perfecta, nena. Tan perfecta que da miedo —susurré antes de entrar en ella de un solo movimiento.

El calor de su cuerpo me envolvió, puro paraíso.

En esa posición llegaba más profundo. Puse la otra pierna sobre mi hombro y la abracé por los muslos, moviéndome más fuerte, más rápido, más hondo.

Sus gritos se mezclaban con mis jadeos. El sudor me corría por la espalda, pero no me importaba; no pensaba detenerme hasta que los dos cayéramos rendidos.

—Joder, nena… qué bueno.

—No pares, estoy a punto… —Jadeó, temblando.

—Ni una bomba me iba a detener.

Una última embestida bastó para que los dos gritáramos al unísono, viniéndonos juntos.

Me dejé caer sobre su cuerpo, apoyado en los codos, respirando su aire, su piel, su calor.

—Dios mío, otro así y no lo contamos. —Rio entre jadeos.

—Si con este ya estás medio muerta, no sé qué será de ti cuando acabe el día.

—Cariño, ¿no crees que con este ya es suficiente?

—No. —Reí—. Me retaste, y yo no dejo un reto a medias.

Salí de ella despacio. —Venga, una ducha, un segundo asalto, desayuno, y después… el tercero.

—Gael, no hace falta que te lo tomes todo al pie de la letra. —Rio, siguiéndome al baño.

—Tampoco es eso —sonreí—, pero no sé qué me has hecho hoy, que no me voy a cansar de ti en todo el día.

—¿Y si mejor damos una vuelta en moto? Puedo ir de paquete contigo, ya sabes que te gusta llevarme pegadita a la espalda.

Solté una carcajada.

—Nena, no soy de hierro. Puedo hacerte gritar unas cuantas veces, pero también necesito recuperar fuerzas.

—Eres un capullo —dijo riendo—. Ya me estaban temblando las piernas solo de pensarlo.

—Mentira —reí—, las piernas te tiemblan por lo que acabo de hacerte.

—Bueno, eso también tiene mucho que ver. Joder, menos mal que no tengo un DIU, porque con una de esas embestidas me lo sacas por la boca.

La madre que la parió… tenía cada cosa que era para morirse.

Reí con ella, de esas veces que te sale sin poder evitarlo. Y pensé que si la vida quería joderme otra vez, que esperara un poco, porque ahora mismo no pensaba soltarla ni para respirar.

Capítulo 35

Dakota

No me podía creer que ya hubiera pasado un año desde que estaba con Gael, un año con el que podía asegurar que había sido más feliz que en toda mi vida.

Y aquí estábamos, en la habitación de un hotel, en medio de una ciudad del Mediterráneo, a los pies de una cala que estaba reservada para este momento: solo para nosotros y para todos nuestros invitados.

Porque sí, hoy iba a dar uno de los pasos más importantes de mi vida. Le iba a decir el tan famoso «sí, quiero» al hombre que amaba con todo mi corazón.

Hacía seis meses que me había pedido que me casara con él. La forma en la que lo hizo tal vez no fuera la más romántica para muchas personas, pero para mí lo fue, y con eso me bastaba.

No importaba el lujo ni el escenario. Aquel anillo, con su forma sencilla y su brillo discreto, era mucho más que una joya: era la promesa de un futuro compartido, de risas en mitad del caos y de amor incluso en los días malos.

Fue una mañana de sábado cualquiera. Estaba dormida, y al despertarme tenía una pequeña cajita sobre el pecho. Al mirar a mi alrededor, vi que Gael estaba entrando por la puerta de la habitación con una bandeja llena de desayuno.

Recuerdo que, por cómo se me quedó mirando, no se esperaba encontrarme despierta, porque se quedó parado en el umbral de la puerta.

—Creía que estabas dormida —dijo acercándose a mí.

—Lo estaba, hasta que me he despertado —respondí, cogiendo la cajita que todavía estaba sobre mi vientre.

—Payasa —dijo riendo.

—¿Qué es esto? —Sé que fue una pregunta tonta, pero no pidáis mucho a esa hora de la mañana y recién despertada.

—No tardes mucho en abrirla o se pasará el plazo en el que estará vigente su contenido.

—Si tiene plazo, no lo quiero, pero gracias. —La dejé a un lado de la cama y me crucé de brazos.

Me sonrió, dejando la bandeja en la mesita de noche. Cuando me volvió a mirar, estaba serio, más de lo habitual. Cogió la caja con sus propias manos y, al abrirla, vi el anillo que había en su interior.

Era un anillo solitario. El aro estaba cubierto de pequeños brillantes y, en la parte superior, tenía un diamante.

Sencillo, pero con clase. Aunque, como yo era muy hija de mi madre, me quise hacer la dura y pincharlo un poco.

—¿Estás intentando pedirme que me case contigo?

—No lo estoy intentando, lo estoy haciendo. Así que calla y escucha lo que tengo que decirte.

—Pero es que a mí me gusta vivir en pecado, como lo estamos haciendo ahora.

—No seas más bruja.

—No soy bruja, soy sincera.

—Nena, no me provoques, que te pongo el anillo a la fuerza.

—¿Tú y cuántos más como tú?

—Hala, ya te has quedado sin palabras bonitas. —Se abalanzó sobre mí, cogiéndome la mano e intentando que estirara los dedos.

Al no hacerlo, empezó a hacerme cosquillas. Viendo que así tampoco lo conseguía, se fue por el lado opuesto: comenzó a besarme, acariciar algunas partes de mi cuerpo que, con el mínimo roce, me hacían caer rendida a sus pies.

No os puedo decir cómo lo hizo, pero volví a ser consciente de que tenía el anillo puesto, con él en mi interior y mirándome directamente a los ojos.

—Quiero que te cases conmigo para que me hagas el hombre más feliz del mundo y que me permitas hacerte la mujer más amada y deseada del planeta. —Le puse un dedo sobre los labios para que no hablara más.

—Y yo quiero ser todo eso que tú quieres, y más, porque lo eres todo para mí, y quiero ser toda para ti.

¿Veis? Para algunos quizás no fuera la pedida más romántica de la historia, pero como esta era nuestra historia y nos hacía felices, para nosotros sí lo fue.

Volviendo al presente, aquí estaba sola en esa habitación, esperando a que entrara mi amiga, porque había salido a por el regalo que le tenía preparado a mi futuro marido. Bueno, a por el regalo completo no fue, ya que no lo podía traer aquí, pero sí iba a traerme parte de él.

Y si os digo la verdad, no esperaba que no le gustara, porque me jugaba la vida entera a que le iba a flipar. Y no seáis impacientes, que lo vais a descubrir a su debido tiempo.

Me daba un poco de vértigo pensar en todo lo que habíamos vivido para llegar hasta aquí. Las heridas, los miedos, las reconciliaciones… Todo había

valido la pena si el destino nos había traído a este punto: justo al borde de un nuevo comienzo.

Me estaba mirando en el espejo de cuerpo entero que había en la habitación. Me costaba reconocerme en esa imagen.

Era un vestido de encaje entero, pero sin ser vulgar ni enseñar más de la cuenta. Tenía un forro debajo que impedía que hubiera transparencias. El escote era en V, llegando hasta el comienzo de mis pechos.

Los tirantes eran solo de encaje y la espalda estaba completamente descubierta. Eso era lo más atractivo del vestido. La parte de arriba era ceñida al cuerpo y, desde la cintura, caía con un poco más de soltura, terminando en una cola corta.

El pelo lo llevaba prendido a un lado de la cabeza con unas horquillas con pequeños brillantitos entremezclados con perlas blancas. El resto del cabello terminaba en ondas suaves, no muy marcadas.

El maquillaje era discreto, porque el protagonista eran los labios: los pinté de rojo intenso y vivo.

Completé el conjunto con unas sandalias de tres tiras con los mismos brillantes de las horquillas. Una de las tiras caía sobre los dedos, otra cruzaba el empeine y la última sujetaba el tobillo.

—Guau, Gael va a caer muerto en cuanto te vea —dijo mi hermano Demian al entrar en la habitación.

—¿De verdad crees que le va a gustar? —Lo miré esperando su respuesta.

—Enana, nunca has estado más bonita que ahora. Te prometo que se va a enamorar más de lo que ya está. —Me abrazó fuerte contra su pecho—. Mi enana se me ha hecho mayor —dijo con la voz tomada por la emoción.

—Te quiero, Demian, y eso no va a cambiar nunca. Da igual que cada uno formemos nuestras propias familias, siempre estarás en mi corazón y siempre me vas a tener a tu lado.

—Te quiero, enana mía.

—¿Desde cuándo es tuya? —Se escuchó la voz de Adriel a nuestra espalda.

—Desde que nació —respondió llegando hasta nosotros y abrazándonos a los dos a la vez.

Desde que éramos pequeños siempre habíamos estado muy unidos. Es verdad que con Adriel compartía más gustos en común, pero eso no quitaba que a Demian lo quisiera menos. Para mí los dos eran igual de importantes.

Aquella complicidad con mis hermanos era uno de los regalos más grandes que tenía. Saber que, pasara lo que pasara, siempre estarían ahí, sosteniéndome, era una certeza que me daba fuerza, incluso en los días más duros.

—Ohhh… reunión de polluelos —dijo Bera con cachondeo.

—Anda, ven aquí, que tú entras dentro de estos polluelos —dijo mi hermano Demian.

Los dos querían a Bera como a una hermana, lo mismo que ella los quería a ellos.

—¿Está todo listo? —le pregunté.

—Todo tal y como me habías pedido —me contestó.

—¿De qué habláis? —preguntó Adriel.

—Ya lo verás a su debido tiempo —le contesté.

La puerta se volvió a abrir y por ella entraron mis padres cogidos de la mano. Estaban muy unidos y nunca se cansaban de demostrarse cariño el uno al otro.

—Abajo hay un joven muy nervioso que teme que su novia salga corriendo y se dé a la fuga —comentó mi padre abrazándome junto a mi madre.

¿Habéis visto? No creo que hubiera familia a la que le gustara más darse abrazos todos juntos; la mía era experta en eso.

—Hija, eres la novia más bonita que he visto nunca —dijo emocionado el cabeza de familia.

—Estás preciosa, cariño mío —corroboró mi madre.

—Yo creo que deberíamos ir saliendo todos, para que dentro de cinco minutos salga Dakota del brazo de papá —pronunció Adriel.

Se fueron todos, dejándome sola con mi padre. Lo miré y le di las gracias por la vida que me había dado, por los valores y por la educación que me había inculcado.

Cogida de su brazo llegamos al principio de la alfombra que habían puesto para conducirme directamente al altar.

Al levantar la vista, lo vi al final de ese pasillo, a los pies del altar que habían montado.

Estaba guapísimo con su uniforme de gala, el que utilizaban en la policía para las ocasiones especiales.

Sin apartar la mirada de sus ojos, llegué hasta él.

—Cuida de ella, es mi tesoro más preciado —le dijo mi padre cuando le entregó mi mano.

—Con mi vida si hace falta —contestó Gael—. Estás preciosa. —Me dio un beso en la mejilla antes de girarnos hacia el oficiante de la boda.

La ceremonia fue corta, tal como pedimos que fuese. Para nosotros ya estábamos casados desde el momento en que nos fuimos a vivir juntos. Esto era más un acto simbólico y una celebración para pasar el día con nuestras familias y amigos.

—Sí, quiero —contestó él cuando le preguntaron.

—Sí, quiero, y te amo —le contesté yo, mirándolo con todo el amor que sentía por él.

Me cogió por las mejillas para darme el beso que cerraba aquel momento. No el último, porque nos esperaba una vida entera llena de ellos.

En ese beso se concentró todo: los días de miedo, las noches de desvelo, las risas compartidas, la certeza de haber encontrado, por fin, a mi lugar seguro. Y supe, sin necesidad de palabras, que ese «sí, quiero» era solo el principio.

Después vinieron las típicas felicitaciones y los posados para las fotos. Había que guardar esos momentos tan bonitos para el día de mañana, para enseñárselos a nuestros hijos.

No teníamos que movernos del lugar, la celebración se iba a hacer allí. Por eso elegimos ese hotel, porque nos gustó mucho y nos pareció un lugar maravilloso donde todos lo íbamos a pasar muy bien.

Capítulo 36

Gael

Pensaba que más enamorado no podía estar de Dakota. Me equivoqué por completo, porque en el momento en que la vi aparecer del brazo de su padre, mi corazón se paró, y le costó un poco volver a latir con normalidad.

Para mí siempre había brillado con luz propia, pero hoy sí que lo hacía más que nunca. Irradiaba luz por dondequiera que la mirara.

Era imposible apartar la vista de ella. Cada movimiento, cada gesto suyo, parecía coreografiado para dejarme sin aire. No sabía si era el vestido, su sonrisa o simplemente ella… pero en ese instante entendí lo que era tenerlo todo frente a ti.

Y siempre con esa sonrisa tan bonita que la acompañaba a todos lados; incluso en sus momentos sarcásticos, seguía ahí. Eso la hacía aún más especial de lo que ya era.

En cuanto terminamos con las fotos y el corte de la tarta, me quité la chaqueta del traje y la corbata. Vamos, que me quedé solo con la camisa y el pantalón. Con dos botones desabrochados, ya me volvía a sentir más yo mismo.

Miré a mi alrededor. Todos reían, bailaban, brindaban… y, sin embargo, para mí solo existía ella. En medio de aquel bullicio, el mundo se reducía a una mujer vestida de blanco y a la certeza absoluta de que nunca iba a soltarla.

Dakota estaba en la pista improvisada que habían montado; se movía por ella como si fuera la dueña del lugar. Estaba rodeada de todas sus amigas y compañeras del trabajo.

—¿Admirando a la mujer que te acaba de cortar las bolas? —preguntó Brian con cachondeo.

—Claro, la estoy viendo bailar junto a la que te las va a cortar a ti en breve —le respondí.

Aunque parezca mentira, ellos también se iban a casar. Les quedaba un poco todavía, pero ya tenían fecha de boda.

—Qué aguafiestas eres —dijo fingiendo estar enfadado, aunque estaba loco porque llegara ese momento.

—Todo lo que tú quieras, pero te mueres de ganas de que llegue tu día.

—A ti no te puedo mentir, tienes razón. Y no veas cómo jode que el tiempo pase tan deprisa para unas cosas y tan lento para otras.

—Ya te queda menos. Al final, es solo un papel. Vosotros ya vivís juntos, y eso es como estar casados.

—Sí, pero no me digas que no has caído rendido cuando has visto a tu mujer aparecer con el vestido de novia.

Rendido era quedarse corto. Me había llevado al cielo con solo verla. Había sido lo más bonito y maravilloso que había vivido en mi vida.

—Ha estado perfecta —admití—. Te puedo asegurar que esa imagen se me ha quedado grabada en la memoria para siempre.

—Cariño, tienes que venir conmigo un momento —Dakota tiró de mi mano hacia un extremo del hotel—. Tú también, Brian.

Estaba tan concentrado hablando con mi amigo que ni me había dado cuenta de que, donde estábamos, casi no quedaban invitados. No tenía ni idea de dónde se habían metido.

Claro, eso lo pensé antes de ver que todo el mundo estaba alrededor de una caja enorme, con un gran lazo rojo. Estaba en el extremo opuesto del jardín, donde no había pasado nada en toda la noche.

—¿Qué es esto, nena? —pregunté intrigado.

Algo dentro de mí me decía que Dakota estaba tramando algo grande. Esa mirada suya, entre nerviosa y divertida, siempre era el preludio de un momento que no olvidaría. Y acerté.

—Esto es solo una muestra de todo lo que te amo, de lo importante que eres para mí. Y, como no podía ser de otro modo, mi regalo de bodas. —Me quedé impactado: la caja era enorme—. Solo espero que te guste mucho.

—¿Tú sabes lo que hay ahí? —pregunté a uno de mis cuñados.

—Ni idea. Solo lo sabe Bera; no ha querido decirnos nada. Pero con mi hermana, todo es posible.

—Ven, y cuando te diga, tira del lazo con todas tus fuerzas. —Me arrastró hasta ponerme justo delante de la caja—. ¿Estás preparado?

—Siempre que sea contigo de la mano, voy a estar preparado. —La abracé por la cintura, puse una mano en su nuca y otra en la parte baja de su espalda, y la incliné hacia atrás para darle un beso.

Beso que hizo que todo el mundo se pusiera a gritar y a animarnos para que no terminara.

—Tira ya, pero hazlo fuerte. Espera, que se me olvidaba: cierra los ojos y no los abras hasta que yo te lo diga. —Dakota, para asegurarse de que no hacía trampa, se puso detrás de mí y me tapó los ojos con las manos—. Tira, cariño, y disfruta de tu regalo.

Tiré tal y como me había indicado. No podía ver nada, pero sí escuchar las expresiones de sorpresa y asombro de todos los invitados.

—Ya puedes abrir los ojos —susurró antes de apartar las manos, dándome un beso en la base del cuello.

Lo que tenía ante mí no podía ser real. Si lo era, no podía flipar más de lo que lo estaba haciendo.

Frente a mí había una BMW M 1000 RR 2025, el último modelo que la marca había sacado al mercado. La había visto en un anuncio en su página y me había enamorado al instante, pero, como ya tenía la mía, no pensaba gastarme ese dineral en otra.

Me quedé sin palabras. Era como si me hubiera leído el pensamiento, como si conociera cada uno de mis sueños mejor que yo. Aquella moto no era solo un regalo: era una declaración de amor con ruedas, una promesa de futuro compartido.

—Nena, es demasiado… esa moto vale un pastón. —De verdad, estaba alucinando.

—No es nada para todo lo que te mereces. Además, el regalo incluye esas cajas de allí… aunque dos de ellas son para mí. —Me guiñó un ojo.

Me lo imaginé antes de abrirlas, y no me equivoqué.

Eran dos monos iguales y dos cascos. Con eso me daba a entender que empezaba a aceptar mejor eso de ir de paquete conmigo.

Dejé todo con cuidado en el suelo, la cogí de la cintura y empecé a girar con ella entre mis brazos.

—Te amo, nena, y no es por el regalo —que me ha encantado—, sino porque eres la mujer de mi vida. La que me ha enseñado lo que es amar de verdad, la mujer con la que quiero envejecer. Lo eres todo para mí.

—Yo también te amo —me dijo sonriendo—. Y ahora… ¿qué te parece si nos montamos y la probamos?

—¿Con el vestido de novia?

—Con el vestido de novia —confirmó.

No me lo tuvo que pedir dos veces. Se sacó las llaves del escote del vestido y me las entregó.

—Joder, qué suerte tengo… encima las llaves vienen calentitas.

Nos pusimos los cascos. Me monté y luego lo hizo ella. En cuanto pulsé el botón de encendido y el motor rugió, un escalofrío me recorrió el cuerpo. Ese sonido era música para mis oídos.

—Dale, campeón. Dejemos a todos estos con la fiesta y vayamos a por la nuestra.

Del hotel salí despacio, pero en cuanto toqué la carretera, metí puño, haciendo rugir la moto con toda su potencia —y de eso tenía, y mucha.

Sabía que íbamos llamando la atención por donde pasábamos. No era para menos: una de las mejores motos del mercado y, encima, sobre ella, una mujer vestida de novia. Era para girar cabezas, como mínimo.

Tomé una carretera que llevaba a un mirador bastante solitario, desde el que se podía ver toda la ciudad.

Sentía su cuerpo pegado al mío, el latido de su corazón incluso por encima del ruido del motor. No existía el tiempo ni el miedo, solo la certeza de que la tenía conmigo, y eso era libertad. Allí, entre el cielo y la ciudad, supe que el resto de mi vida empezaba justo en ese instante.

Me metí por una carretera que nos llevaba hasta un mirador bastante solitario, desde el que se veía toda la ciudad.

Aparqué la moto a un lado y nos quitamos los cascos. El aire fresco nos rozó el rostro, trayendo olor a sal y a noche.

Era una estampa única y maravillosa. La abracé desde atrás, con su espalda apoyada en mi pecho, y allí mismo, con ella entre mis brazos, me juré a mí mismo que haría todo lo posible por hacerla feliz el resto de nuestras vidas.

Epílogo

Veinte años después…

Dakota

Ahora que soy madre, por fin entiendo a la mía cada vez que mi hermano o yo salíamos con la moto.

La preocupación me invadía y recorría cada uno de mis huesos.

Ahí, en medio de un montón de otros motoristas, estaba mi hijo mayor, con solo diecinueve años, jugándose el título de campeón del mundo de MotoGP.

Esta carrera era decisiva: estaban él y otro piloto empatados en puntos, y el que saliera vencedor hoy se proclamaría campeón del mundo.

Erick había hecho una temporada magnífica, a la vista estaba, pero yo había pasado esa misma temporada con el alma en vilo cada vez que tenía que competir. Y ya no eran solo las competiciones, también los entrenamientos o cualquier momento en que cogía la moto.

Sabía que, si esa era su felicidad, no me quedaba más remedio que aceptarlo, igual que tuvieron que hacer mis padres con todas las decisiones que tomamos mis hermanos y yo.

Costaba mucho ver a tu hijo así, sabiendo que se jugaba la vida cada vez que se subía a la moto, pero, al mismo tiempo, me sentía muy orgullosa de todo lo que había conseguido por sus propios méritos.

Creo que lo mejor será que empiece por el principio, para que no andéis muy perdidas.

Como ya sabéis, me casé con el hombre de mis sueños hace veinte años. Un año después llegó a nuestras vidas Erick. Desde bien pequeño mostró su fascinación por el mundo de las motos; no era para menos, teniendo a sus padres y tío como ejemplo.

Así que Gael y yo decidimos que, aunque tuviéramos miedo, lo ayudaríamos a cumplir su sueño. No penséis que no nos costó; todo lo contrario. En todos estos años he derramado muchas lágrimas cada vez que ha tenido una caída.

Gracias a Dios, ninguna fue grave. En perseverancia no le ganaba nadie y, lo mejor de todo, era que no había cambiado su forma de ser a pesar de todo el dinero que había ganado a lo largo de su trayectoria.

Seguía siendo igual de noble desde que nació, siempre intentando ayudar a todo el que lo necesitara. Ese era mi hijo mayor.

Ahora vamos a por mi trasto: Amelia. Tan solo un año más pequeña que su hermano y, no, no vino por error; vino porque quisimos ir a por ella.

Yo tenía a mis dos hermanos y, por cualquiera de ellos, era capaz de hacer lo que fuera necesario. Pero también sabía lo que era criarse con unos hermanos con los que me llevaba muchos años, y yo, para mis hijos, no quise eso.

Amelia tenía dieciocho años. Su temperamento era igual que el mío; vamos, que era un calco. Con ese dato ya os podéis imaginar las guerras que podía haber entre las dos.

Menos mal que teníamos a Gael. No sé cómo se las arreglaba, pero siempre lograba calmarnos y hacernos entrar en razón. También os tengo que decir que eso ocurría en contadas ocasiones.

Ella no quería saber nada del mundo de las motos. Si alguna vez tenía que montarse en una con cualquiera de nosotros, lo hacía, pero no le llamaba la atención conducirla, y yo lo agradecía en el alma, la verdad sea dicha.

Quería ser abogada, como mi padre. El pobre lo celebró por todo lo alto cuando se enteró. Decía que, por fin, tenía a quién dejarle su bufete.

Como ya sabéis, mi hermano Demian tuvo a sus gemelas hace veintiún años y, con ellas, se dio por satisfecho. A él y a mi cuñada no les quedaron ganas de ir a por más.

Dakota y Maddy: tan iguales físicamente, pero tan distintas a la vez. Dakota quería ser policía, como yo, y en ello estaba. Maddy quería dedicarse a la moda, pero no a desfilar; quería ser la que creara esos trajes que llevaban las modelos en las pasarelas. Estaba segura de que algún día lograría hacerse un nombre en ese mundo. Era difícil, pero iba por buen camino.

Adriel… uf. A este le costó un mundo sentar cabeza, quiero decir, hacerlo al lado de una pareja. Finalmente, lo consiguió cuando le cambiaron de compañera en la comisaría y le tocó ir con una novata. Y fue ella, quien no paraba de retarlo, la que logró conquistar su corazón.

Desde que estaba con Ava habían pasado doce años. ¿Veis por qué os digo que tardó en sentar cabeza? Bueno, lo importante era que había creado una bonita familia junto a ella.

Se casaron poco después de que él tuviera el valor de confesarle su amor, y ahora tenían un niño: Abel, como mi padre. El pequeño de la familia, y por lo que parecía, también le gustaban las motos. Quizás no tanto como para ser profesional, pero sí como *hobby*, como su padre.

Para eso todavía quedaba mucho por descubrir, ya que solo tenía diez años. Así que mejor lo dejábamos seguir haciendo sus trastadas; lo demás lo iríamos viendo con el paso de los años.

¿Mis padres? Mis padres estaban mejor que todos nosotros. Vamos, que por ellos no pasaban los años. Y sobre todo mi padre, que se negaba a jubilarse; decía que todavía le quedaban muchos años llevando la toga, y me lo podía creer.

Mi madre, por su parte, seguía disfrutando de las compras con sus amigas. Eso sí, desde hacía unos años iba algo menos, no porque no se encontrara bien, sino porque prefería pasar más tiempo con sus nietos.

Y, por último, pero no menos importante, llegamos a mi Bera: mi hermana, mi amiga, mi confidente, la persona en la que me apoyaba cuando lo necesitaba.

Se casó con Brian unos meses después que yo y ahí seguían, más unidos que nunca con el paso de los años.

De esa bonita unión nacieron mis estrellitas: Adara y Olivia, mellizas. Y no penséis que no veas con mi familia y los partos dobles, porque el de ellas le costó mucho.

Fueron muchos años de intentos sin conseguirlo, muchos embarazos fallidos y muchas lágrimas derramadas en mi casa mientras mi marido y yo intentábamos consolarlos.

Por eso decía que esas niñas eran mis estrellitas. Aunque no eran mías solas, eran las estrellas de toda la familia.

Cuatro años tenían; ya veis que sí les costó años de sufrimiento tenerlas, y lo consiguieron gracias a la fecundación in vitro.

Esas niñas no eran buenas, eran lo siguiente. No daban ruido, se conformaban con todo. Eso sí, en cuanto veían a su primo Erick, los demás seres vivos del mundo dejaban de existir para ellas. La palabra pasión se quedaba pequeña para lo que sentían por mi hijo.

Volviendo al momento presente, estaba rodeada por toda mi familia mientras veíamos cómo mi hijo, vuelta tras vuelta, se mantenía en primera posición.

—Nena, deja de mover la pierna que vas a terminar haciendo un boquete en el suelo —me dijo Gael. ¿No os había contado que, cuando me ponía nerviosa o estresada, me daba por mover la pierna? Pues ya lo sabéis.

Y era algo que no podía evitar.

—Qué ganas tengo de que acabe —murmuré mirando a mi marido, dejando ver lo nerviosa que estaba.

—Quedan cuatro vueltas, y si todo sigue como hasta ahora, Erick va a ser el próximo campeón de MotoGP —dijo con orgullo. A Gael se le llenaba la boca al hablar de sus hijos.

Era un padre maravilloso, entregado, cariñoso y siempre pendiente de ellos. Pero era aún mejor como marido. No podría haber tenido más suerte al compartir mi vida junto a él.

Y hablando de viejos fantasmas, algunos capítulos de mi pasado también tuvieron su propio final.

A Nolan lo condenaron a ocho años de prisión, de los cuales cumplió solo cinco. Qué le vamos a hacer, la justicia es así: mientras unos se dejan la vida para atrapar a los malos, otros los sueltan por buena conducta.

Por lo que supe en su día, cuando salió libre, se marchó a otro país. Desde entonces no he vuelto a saber nada más de él, y sinceramente, espero que siga tan lejos como parece.

De Katia supe que había conocido a otro hombre con el que rehízo su vida y tuvo otro hijo. No sé si fue niño o niña, pero me alegré por ella de corazón. Todos merecemos una segunda oportunidad, y ella, más que nadie, se la había ganado.

—Última vuelta —dijo Bera a mi lado.

Mi familia empezó a animarlo, gritando su nombre una y otra vez.

Entrelacé los dedos con los de Gael y nos pusimos de pie para ver la última vuelta de mi hijo.

—¡Vamos, hijo! —grité, dejándome llevar por la emoción.

—Es suyo, nena, ya es suyo —dijo Gael abrazándome cuando quedaban apenas unos metros para que cruzara la meta.

Lo hizo. La cruzó en primera posición, proclamándose campeón del mundo con solo diecinueve años.

Besé a Gael con todas mis ganas, dejando en ese beso todo el amor que sentía por él.

Y hasta aquí os cuento, porque tenía que ir junto a mi hijo a celebrar ese título con toda mi familia. Al fin y al cabo, de eso iba todo esto: de vivir, de luchar y de seguir amando, pase lo que pase.

¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Qué te ha parecido esta novela? Curiosidad de autora jeje.

Si te gusta cómo escribo, disfrutas con mis historias, viajas a esos lugares donde los personajes viven mil y una aventuras, y quieres estar al día de mis novedades, puedes seguirme en la página de Amazon y en mis redes.

¡¡Nos vemos por allí!!

Sarah Rusell.

Facebook: Sarah Rusell
Instagram: @sarah_rusell_autora
Página de autora: relinks.me/SarahRusell
Twitter: @ChicasTribu